

Selecta

*Nunca fue
tan perfecta*

Laimie Scott

Nunca fue tan perfecto

Navidades en la Alsacia

Laimie Scott

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Capítulo 1

Marlene llegó a la Terminal 1 del aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas con tiempo de sobra. Se detuvo frente a los monitores de información buscando su vuelo con destino a Basilea, y asintió satisfecha cuando comprobó que saldría a la hora: esto era a las 9:55. Debería pasar el control de seguridad cuanto antes, no fuera a ser que se encontrara con largas colas, pensó tirando de su maleta hacia este. No soportaba tener que esperar más de la cuenta para pasarlo. Buscó su pasaporte en el interior de su abrigo y abrió la aplicación en su móvil, donde guardaba su billete. Saludó a la empleada que había en el control de pasajeros antes de acercar su *smartphone* al lector. Escuchó un pitido antes de que las puertas se abrieran ante ella. Tenía que estar en Estrasburgo ese mismo día. Calculaba que estaría allí justo a la hora de comer, y eso que en esta ocasión había decidido volar vía Basilea en vez de coger un vuelo directo hasta allí. Ello no supondría tener que pasar al sector suizo, sino al francés. El cambio de ruta, para esta ocasión, se había debido a la insistencia de su amiga Esther. Esta le había asegurado que se ahorraría unos euros volando vía Basilea y de paso podría contemplar el paisaje nevado desde el tren.

Marlene lo había considerado como una buena idea, después de todo. Y si podía ahorrar unos euros en el billete de avión para después gastarlos en Estrasburgo, todavía mejor. Tenía tiempo, ya que, hasta el día siguiente, no tendría que presentarse en el Parlamento Europeo.

Como ya se conocía el ritual, viajaba con el equipaje justo. De manera que dejó todo en la bandeja y esta sobre la cinta transportadora para que lo escanearan al tiempo que ella caminaba en dirección al arco de detector de metales. Allí una amable empleada de seguridad le hacía gestos para que siguiera. No se había dado cuenta de cambiarse de calzado antes de pasar el arco. De manera que cuando le ordenaron que se quitara las botas, lanzó una maldición y tuvo que continuar descalza. Pocos segundos después, recogió la maleta, el abrigo, las botas, el gorro, el móvil y demás pertenencias. Era todo un coñazo viajar esos días. Nada que ver con el verano cuando iba con un vestido de tirantes y unas sandalias. Entonces no tenía que desprenderse de la ropa, claro.

Se encaminó hacia uno de los puestos de café para desayunar, por segunda vez esa mañana, antes de dirigirse a la puerta de embarque. Se sentó en una mesa y chequeó sus wasaps y sus correos para comprobar que no tenía mensajes nuevos. Nada había cambiado respecto de su urgente presencia en Estrasburgo. Marlene cogió su café y bebió sin apartar la mirada de la pantalla de su móvil. Le vino a la mente la conversación mantenida con su superior en el Departamento de Traducción. No quería fastidiarle esas fechas, ya que en tres días sería Navidad y ella estaba de vacaciones, le había dicho con voz compungida. Pero una compañera había caído con gripe y necesitaban una sustituta. Así que ella se había convertido de la noche a la mañana en una firme candidata. Claro que a eso había contribuido que ella no era muy dada a celebrar las Navidades. No le importaría trabajar durante esos días porque para ella eran como cualesquiera otros. Y era verdad, se decía a ella misma apurando su café antes de dirigirse a la puerta de embarque con paso tranquilo y relajado, y una fugaz sonrisa.

Luc comprobaba el registro de entradas en el hotel para esa semana. Lo cierto es que no podía quejarse ya que en breve el pequeño hotel familiar estaría casi

completo. Sabía que aquellas fechas eran cruciales para ellos. Ya eran tres generaciones las que habían dirigido el establecimiento, y en ese momento le tocaba hacerlo a él. Su padre todavía se dejaba caer por allí para echar una mano en ciertos aspectos. Aseguraba que le gustaba comprobar que todo marchaba, pero si veía mucho jaleo, desaparecía el primero.

El hotel contaba con cierto renombre en las redes sociales. Las opiniones de la clientela que pasaba por este no hacían sino aumentar su prestigio. Aunque también había algún que otro comentario que mostraba su desacuerdo con algunos aspectos del alojamiento.

Luc apartó la vista de la pantalla del ordenador por un segundo y la dirigió hacia Sophie, su hermana, quien no dejaba de retocar los adornos navideños esparcidos por la recepción. Se quedó contemplándola con la mirada fija a la espera de que esta le dijera algo.

—¿Por qué te quedas mirándome con cara?

—Porque no dejas de mover los adornos de un sitio a otro. Por eso. Llevas haciéndolo desde el día que empezamos a decorar el hotel con motivo de las Navidades. Por eso mismo. No dejas de sorprenderme.

—Todo tiene que estar perfecto. Los huéspedes que vienen a Colmar en estos días vienen buscando un ambiente navideño. Y todo tiene que estar acorde a este —le replicó poniendo los ojos como platos—. Dime, ¿qué tal va la ocupación para esas fechas? —Sophie hizo un gesto con sus cejas hacia el ordenador.

—No marchan mal.

—¿Colgaremos el cartel de completo este año?

Luc hizo una mueca de no saber a ciencia cierta si lo conseguirían.

—Ya me gustaría. Pero temo que a estas alturas si no lo hemos conseguido ya... —El tono de su comentario dejaba claro que no lo harían.

—No estés seguro. Ya sabes que siempre hay gente que en el último momento busca una habitación.

—Sí, pero esas posibilidades son cada vez más escasas. Además, con el

frío y la nieve caída estos días, la gente prefiere quedarse en sus casas —le pronosticó Luc con seguridad—. Mira, hablando de la nieve. Está empezando a nevar otra vez.

La muchacha se volvió hacia el gran ventanal del vestíbulo para contemplar cómo caían gruesos copos sobre el ya mullido manto blanco que ocupaba las calles.

—Míralo por el lado bueno; los huéspedes que tengamos podrán disfrutar de una Navidad blanca —le aseguró ella con un toque de ilusión en su voz.

—No te lo discuto. Bueno, esperemos a ver qué sucede hasta el último momento.

* * *

El avión aterrizó a la hora prevista en el aeropuerto de Basilea. Marlene había permanecido ocupada durante las casi dos horas de vuelo. Había repasado la información recibida días antes por su superior. Una reunión extraordinaria del Parlamento antes de las vacaciones de Navidad, nada serio pero... «Bueno», se dijo, no había ningún inconveniente en acudir y realizar el trabajo, ya que no tenía pensado hacer nada especial durante esos días. Caminó hacia la puerta del avión para descender por la escalerilla cuando vaciló sobre si hacerlo o no.

—¡Joder! —exclamó cuando una ráfaga de frío la recibió.

—Por favor, ¿sería tan amable de dejarme pasar? Tengo que coger otro avión.

—Ya voy, ya voy. Un momento —le rebatió de malhumor Marlene al hombre que pretendía pasar mientras ella trataba de abrocharse el abrigo. Le lanzó una mirada tan fría como la temperatura de aquel sitio.

El hombre sacudió la cabeza lanzándole una mirada bastante explícita.

—Vaya educación.

—Oiga, que me estaba abrigando. No me he parado con gusto para que el

frío me dé en la cara —le rebatió furiosa por ese motivo y por la gélida temperatura que la recibía.

Marlene hizo una mueca de desagrado y prosiguió su camino hacia la terminal, donde pudo terminar colocarse la ropa como debía. ¿Por qué coño no había comprobado la meteorología antes de ir? No pensaba que fuera a hacer ese frío que te calaba hasta los huesos pese a las prendas de abrigo que llevaba puestas. Y mucho menos que estuviera nevando. Claro que si echaba un vistazo a los montículos de nieve apilados en los laterales de las pistas del aeropuerto, apostaba que llevaba haciéndolo durante días. Ya podía prepararse para la nieve en Estrasburgo. Las veces que había acudido a trabajar al Parlamento, no había presenciado semejante nevada. Claro que, por otra parte, nunca antes había acudido en esas fechas, así que tampoco podía opinar respecto del resto del año.

Caminó por la terminal de llegadas hasta el sector francés. Según su amiga Esther, debía salir fuera del aeropuerto y coger el autobús con destino a la estación de trenes de Saint Louis y, una vez allí, el tren directo a Estrasburgo. Marlene resopló cuando abandonó el calor del vestíbulo del aeropuerto y no vaciló en abrir su maleta para sacar un gorro. No estaba dispuesta a pasar frío. Para su suerte, el autobús estaba aparcado justo allí mismo, y uno podía subirse para no quedarse congelado.

El trayecto era corto hasta Saint Louis. Y luego, una hora en tren hasta Estrasburgo. En ese instante, se preguntaba por qué narices había hecho caso a su amiga y no había cogido el vuelo directo. De ese modo, no pasaría tanto frío con las esperas. El tono de llamada de su móvil hizo que se olvidara de la climatología por unos instantes.

—Dime, Robert.

—¿Dónde estás, Marlene? ¿Has llegado ya?

—No. Voy en un autobús camino de Saint Louis para coger el tren a Estrasburgo. Supongo que llegaré a la hora de la comida.

—¿No has cogido un vuelo directo?

—No. Esta vez lo he hecho de otra manera.

—*Bueno, espero que no tengas ningún contratiempo dado la cantidad de nieve que ha caído y que está cayendo.*

—¿Está nevando en Estrasburgo?

—*Espera a verlo con tus propios ojos. Bueno, te espero entonces. Por cierto, ¿tienes hotel? No me comentaste nada de quedarte en mi casa.*

—Sí, he reservado una habitación en un hotel céntrico. No te preocupes. Oye, tengo que colgar que hemos llegado a la estación y tengo que sacar el billete.

Marlene guardó el móvil y se dispuso a bajar del autobús para caminar hasta la estación de trenes, la cual estaba algo apartada, la verdad. Pensó en el último comentario de Robert acerca de su alojamiento. ¡Pues claro que había reservado una habitación en un hotel! No estaba dispuesta a pasar las tres noches en su apartamento. No. Ni hablar. Si él pensaba que ella iba a acceder, lo llevaba claro. Robert era el pasado. Así se lo dejó claro la última vez que se vieron. No quería tener nada que ver con él. Esperaba que no hubiera pensado en ella como sustituta para ese trabajo como excusa para acercarse de nuevo, pensó de repente camino del vestíbulo de la estación de trenes de Saint Louis.

Minutos después, se subía al tren buscando un asiento apartado del resto de los pasajeros. Cuando estuvo acomodada, conectó los auriculares a su móvil y se arrellanó en su asiento hasta llegar a Estrasburgo. El calor del tren y la música conseguirían que se relajara.

* * *

—¿Has visto las noticias? —Sophie se acercó hasta el mostrador de recepción tras el que se encontraba su hermano.

—¿Qué sucede?

—Han cortado las carreteras debido a la nieve hasta nuevo aviso. Ah, y la

línea de tren desde aquí a Estrasburgo. Eso podría significar una avalancha de clientes para estos días hasta que el temporal pase —le refirió ella moviendo las cejas con celeridad ante esa perspectiva.

—No estés tan segura. Apuesto a que la gente se quedará en sus casas y no se atreverá a viajar. ¿Quién en su sano juicio lo haría con este tiempo? Dime la verdad —Luc señalaba hacia uno de los ventanales del hotel a través del que se podía contemplar caer la nieve a grandes copos.

—¿Y qué hacemos con aquellas personas a las que les pille el temporal a medio camino de sus destinos?

—Te veo muy convencida de que ello va a suceder.

—Espera y verás a que avance el día —le dijo Sophie muy segura mientras Luc se mostraba algo más incrédulo.

El tren llevaba parado casi diez minutos en aquella estación. Marlene se había abstraído de todo escuchando música y contemplando el paisaje nevado que se extendía paralelo a las vías del tren. Observó a algunos viajeros recoger sus maletas y caminar hacia la puerta. Echó un vistazo al móvil para ver la hora. Todavía le quedaba tiempo hasta su destino. Se fijó en el nombre de la estación en la que estaban parados: Colmar. Esther le había hablado de este lugar y de su encanto navideño. Justo de lo que ella escapaba, aunque era consciente de que cuando llegara a Estrasburgo, no podría abstraerse del espíritu navideño tanto como ella quería. Pero, en una ciudad grande, siempre había zonas a las que podía escapar para que la Navidad no la alcanzara. Ella se mantendría alejada del centro turístico de Estrasburgo. Así, se aseguraría de no ser engullida por el espíritu de la Navidad. Vio que la revisora se detenía a su altura y le hacía gesto para que se quitara los auriculares.

—Disculpe, pero tiene que bajarse del tren.

Marlene tardó unos segundos en reaccionar. Miró a la mujer con el ceño fruncido.

—Pero esto no es Estrasburgo.

—No, no lo es. Es Colmar. La vía desde aquí a Estrasburgo está cortada por la nieve caída en las últimas horas y el tren no puede continuar. El trayecto se ha cerrado de manera indefinida. La nieve acumulada en el tendido...

—¿Y cómo se supone que voy a llegar a mi destino? Voy a Estrasburgo por trabajo, tengo que estar allí hoy mismo —le explicó Marlene sintiendo un calor debido a su enfado. Parecía que estaba echando la culpa a la mujer por el clima.

—Oiga, lo entiendo, pero yo me limito a informarle de la situación. No circularán trenes hasta Estrasburgo.

—Sí, bueno, disculpe mis modales. Dígame, ¿cómo voy a ir?

—No lo sé, señorita, porque las carreteras también están cortadas hasta nuevo aviso. Si me disculpa, he de advertir al resto de los pasajeros. Que disfrute de su estancia en Colmar.

Marlene se quedó con la boca abierta y cara de gilipollas mientras la revisora se alejaba de ella. ¿Qué coño iba a hacer ella en Colmar? ¿Disfrutar de qué? Tenía que llegar a Estrasburgo. Poco a poco, el vagón se fue quedando vacío y cuando se dio cuenta, estaba ella sola. Resopló, en un primer momento, para después maldecir a su amiga Esther y a sí misma por hacerle caso.

—Esto me pasa por dejarme convencer. Si hubiera cogido un vuelo directo, a estas horas no tendría estos problemas —se decía arrastrando su maleta hasta la puerta del vagón—. Espero que, al menos, encuentre alojamiento si no se puede viajar a Estrasburgo.

Entró en el vestíbulo de la estación donde la gente se agolpaba buscando respuestas, maldiciendo al clima, lanzando improperios en diversas lenguas. Marlene se dirigió hacia la salida de la estación y, nada más hacerlo, se sintió algo aliviada al ver un hotel. Con paso veloz, se dirigió hasta allí deseando que hubiera habitaciones libres, al menos por esa noche. Ya buscaría la manera de llegar a Estrasburgo. Aunque si no se podía llegar ni por tren ni por

carretera, difícilmente lograría hacerlo.

Pero, para su decepción, el hotel estaba completo.

—Lo siento. No nos quedan habitaciones libres. Son días de muchas reservas por las fiestas de Navidad. Pruebe en los hoteles del centro. Tal vez tenga más suerte.

Marlene se armó de paciencia y emprendió su lento caminar en la dirección que le marcaba el plano de la ciudad que la recepcionista le había entregado para que se orientara. Sin embargo, tampoco tenía mucha pérdida porque, aparte de ser una ciudad pequeña, se sabía de sobra dónde quedaba el centro; solo había que seguir los letreros que conducían al Marché de Noël, los mercadillos navideños. Justo todo lo contrario a lo que ella iba buscando.

La nieve parecía caer con saña porque, a los pocos minutos de estar en la calle, ella estaba cubierta como un muñeco. Durante todo el camino, se maldijo a sí misma por estúpida, maldijo el frío, la nieve, aquellos imprevistos y, por supuesto, los adornos navideños que veía.

Cada calle que pasaba, cada rincón o esquina estaba decorado. El aroma a azúcar, a mantequilla o al vino caliente con canela y especias inundaban la atmósfera. Marlene no era muy dada a celebrar las Navidades. No encontraba un motivo para hacerlo y para fastidiarla más, si cabía, el destino la había dejado plantada en la ciudad de Papá Noel. Pero ¿a quién coño se le ocurría adornar las fachadas de las casas con gigantes osos de peluche?, se preguntaba contemplando unos pocos con temor a que alguno se desprendiera y le cayera encima.

Por un momento, Marlene se olvidó del verdadero cometido que tenía: encontrar una habitación para esa noche por lo menos. Cuando estuviera establecida, llamaría a Robert para que supiera su situación; aunque no iba a servir de mucho lo que este le dijera. Probó suerte en un segundo y en un tercer hotel que encontró camino de no sabía dónde, porque la verdad era que se estaba dedicando a deambular por la ciudad sin rumbo determinado. Comenzaba a estar cansada y a tener hambre y pensó en parar en algún puesto

a comer algo, cuando se detuvo delante de un hotel con grandes ventanales. No era muy moderno, más bien le parecía de corte familiar y acogedor. ¡Y estaba frente al mercadillo navideño! ¿Podrían sucederle más cosas que detestara? Seguro que sí. Como tener que dormir en la calle porque no quedara una sola habitación libre en Villa Noel, se dijo con mala cara mientras empujaba la puerta y arrastraba su maleta hacia el mostrador de recepción. No había nadie a la vista así que aprovechó para echar un vistazo a la recepción, toda cubierta por motivos navideños. Suspiró resignada porque quedada claro que no parecía que pudiera escapar de su destino. Ese año le tocaría vivir las Navidades en primera fila.

—¡Hola! ¿Hay alguien? —Marlene llamó con un tono alto al tiempo que tocaba el timbre de recepción con una mezcla de impaciencia y de furia a la vez.

Durante la espera a que apareciera alguien, aprovechó para sacudirse la nieve que llevaba pegada al abrigo. Lo cierto era que no había dejado de nevar desde que aterrizó en Basilea. Comenzaba a sentir la humedad y si no se cambiaba de abrigo pronto, esta acabaría por traspasarle a la ropa. Y luego...

Luc se detuvo en su camino para contemplar a la joven que no paraba de sacudirse la nieve del abrigo. No podía verle el rostro debido a la bufanda, el gorro de lana y porque, en ese momento, se había girado hacia el otro lado.

—Veo que no has podido escapar de la nevada —le dijo captando su atención al instante. Luc solo percibió unos ojos claros en un rostro enrojecido por el frío.

—Eh... Sí... Bueno, es que... no veas el rato que llevo bajo esta —le comentó fijando su atención en él.

—¿Tienes una reserva?

Luc permanecía de pie frente a ella con las manos apoyadas en el mostrador. La observaba con detenimiento y con curiosidad porque le parecía bastante graciosa con todas aquellas capas de ropa para combatir el frío e intentando desprenderse de la nieve.

—No. No la tengo —le respondió con rotundidad contemplando el gesto de sorpresa o de contrariedad de aquel hombre—. Verás, he entrado para saber si queda alguna habitación libre. La nieve tiene cortada la carretera y la línea férrea, y no puedo llegar a Estrasburgo. Así que he preguntado en otros tres hoteles hasta llegar a este, pero parece que todo está completo —le refirió con cierto fastidio.

—Pues no tendrás que seguir preguntando.

—¿Eso significa que todavía os quedan? —Marlene entornó su mirada con recelo hacia él. ¿Lo había escuchado bien? ¿Tenían habitaciones libres? No lo había imaginado, ¿verdad? Porque tal vez el cansancio y el frío le estuvieran jugando una mala pasada.

—Es lógico que te haya resultado complicado, puesto que, en estos días previos a la Navidad, la ciudad está completa por la llegada de turistas.

—Ya me he dado cuenta.

—Bien, en ese caso. Dime, ¿individual o doble? —le preguntó Luc sentándose, pero sin apartar la mirada de ella. Sus ojos claros brillaban en demasía y eran el reclamo perfecto para cualquiera que la contemplara.

—Simple. Vengo yo sola —le aseguró con cierto malestar.

—Lo preguntaba por si esperabas a alguien.

—No, no espero a nadie. —Marlene frunció el ceño quitándose el gorro.

Luc sonrió al ver el amasijo de pelo color castaño y que se asemejaba a un puñado de hojas caídas con la llegada del otoño.

Marlene se percató de su sonrisa y de la manera en la que él se le había quedado mirando.

—¿Pasa algo?

A Luc le pareció que su tono era algo frío, borde, pero lo pasó por alto. Tal vez había sido demasiado directo al mirarla.

—No, claro. Solo era... —Luc se mordió la lengua. Tal vez no fuera buena idea hacer referencia a su pelo—. ¿Por cuántas noches sería?

—Eh... Ni idea —le aseguró observando el gesto de incredulidad de él—.

Verás, yo a estas horas debía estar camino de Estrasburgo, pero tanto las vías del tren como las carreteras parecen estar cortadas por la nieve, como te he comentado antes —le aclaró gesticulando con sus manos y empleando un tono de malhumor.

—Sí, tienes razón. Lleva nevando durante los últimos dos días sin parar. Hoy es el tercero. De manera que no tienes forma de llegar a Estrasburgo.

—Exacto. Y lo peor es que mañana debo estar allí por trabajo.

—Pues me temo que no va a poder ser, ya que, como dices, las carreteras tardarán un poco en ser despejadas. Eso si encuentras a alguien dispuesto a llevarte.

—Ya. —Marlene chasqueó la lengua decepcionada por esta conclusión.

—¿Cuántas noches piensas quedarte entonces?

Ella resopló.

—Está bien. Cuatro noches. Tengo que coger el vuelo de regreso a Madrid después de Navidad.

—¿El veintiséis? —corroboró Luc arqueando sus cejas mientras ella se limitaba a asentir—. Necesito un pasaporte o un documento de identidad para completar la reserva.

Marlene rebuscó en su bolso y se lo entregó.

—Ten. —Se quedó contemplándolo en silencio al tiempo que se fijaba en su aspecto. Pelo castaño, algo alborotado, como si acabara de salir de la cama. Una mirada oscura y penetrante. Y un rostro de rasgos no muy marcados.

—Eres ítalo-francesa y vives en Madrid —comentó Luc echando un vistazo a su pasaporte antes de volverse a fijar en ella.

—Sí.

—Será un momento.

Marlene se quitó la bufanda y el abrigo, ya que parecía que no iba a necesitarlo por el momento. Echó un rápido vistazo al hotel mientras el chico de recepción completaba su registro.

—Vale. Por cierto, ¿cuánto es por noche? Ni siquiera te he preguntado.

Claro que, a estas alturas, casi pago lo que haga falta por tener una habitación.

—Echa una firma y rellena los campos que tienen una cruz. Tranquila, no tendrás que pagarme demasiado.

Marlene cogió el bolígrafo que le tendía para seguir sus indicaciones y garabatear su nombre al final de la ficha de registro.

—Esta es la llave. Déjala aquí siempre que salgas —le pidió señalando un hueco que se abría en el mostrador a través del cual la llave se deslizaba por una rampa hasta depositarse en un cajetín—. Tu habitación está en el primer piso. El precio son cien euros por noche, desayuno incluido.

Marlene cogió la llave, que ya esperaba que no fuera magnética, dado que el hotel no era muy moderno. Era más bien de tipo familiar, acogedor y todas esas cosas. Pero eso era lo de menos; lo importante era que tenía un sitio en el que alojarse.

—¿Dónde queda el comedor? —Marlene miró a su izquierda. Supuso que debía ser hacia allí, puesto que al otro lado estaba la entrada al hotel. Creyó percibir un pequeño patio a través del cristal de una puerta.

—Cruzando esa puerta que estás contemplando, sales a un patio con un pozo. A la derecha está la entrada al comedor. El horario es de siete a diez.

—Ya puestos y si eres tan amable, ¿dónde puedo comer por aquí cerca?

—Bueno, tienes los mercadillos navideños.

—Paso —lo interrumpió de manera rápida y abrupta, lo cual dejó a Luc sin habla. Marlene percibió su gesto de asombro.

—Bien, también puedes optar por una *brasserie* o incluso algunos salones de té sirven comida hasta las dos y media.

—Vale.

—El ascensor queda a tu espalda. O bien la escalera —le informó señalando una de caracol que se perdía en lo alto y cuyos escalones estaban forrados de moqueta de color rojo vino.

—Oye, ¿quieres que te pague ahora o el último día?

—Cuando entregues las llaves, el último día. Cualquier cosa que necesites,

puedes decirnos. Ah, bienvenida a Colmar y que disfrutes de tu estancia —le dijo con una sonrisa incierta, contemplándola entrar en el ascensor al tiempo que escuchaba sus protestas.

—¡Joder, si se descuidan, entra solo la maleta!

Luc sonrió de nuevo. «Una mujer peculiar», se dijo volviendo a su trabajo en el ordenador.

—¿Quién era? ¿A qué viene esa sonrisa?

La voz de Sophie captó toda la atención de Luc. Por unos segundos, él permaneció en silencio. Confundido por la inesperada llegada de Marlene, no había podido evitar esbozar una sonrisa que su hermana no había pasado por alto.

—Viene a que acaba de llegar una chica de lo más peculiar.

—¿Peculiar en qué sentido? ¿Una chica? ¿Te refieres a un huésped?

Sophie entornó la mirada hacia su hermano.

—Parece ser que el tren no puede avanzar más desde aquí debido a la nieve. De manera que Marlene...

—¿Marlene? Vaya, sí que te ha llamado la atención. Tanto que recuerdas cómo se llama.

Sophie cruzó los brazos y frunció el ceño. Su tono sarcástico no pasó desapercibido para Luc.

—No sé a qué viene tu gesto ni qué sentido tiene tu comentario. Ni creo que quiera saberlo. Pues eso, que ella iba camino a Estrasburgo por trabajo, pero al parecer no hay modo de llegar hasta allí. Así que se ha tenido que quedar aquí. Pero deberías verla, está algo cabreada porque sus planes parecen haberse torcido. Toda cubierta de nieve de los pies al gorro. Una imagen muy divertida, ya lo creo. —Luc sonrió recordándola.

—Ya. —Sophie chasqueó la lengua—. ¿Por muchos días?

—Cuatro noches.

—Te lo dije, ¿no? Esta nevada haría que muchos viajeros tuvieran que hacer noche aquí. Y más ahora que acabas de contarme que el tren a Estrasburgo se

ha quedado parado en la estación. Ella ha sido la primera, la avanzadilla de lo que está por llegar. Prepárate para más.

—Prometo no llevarte más la contraria en cuanto al tema del alojamiento. Por cierto, me marcho a comer y a dar una vuelta. He quedado con Vincent.

—Vete tranquilo y disfruta de la compañía de tu querido amigo del alma —le comentó con cierta ironía por lo que representaba Vincent para su hermano—. Además, Marc está por llegar para su turno. Me ocupo yo hasta entonces.

—De acuerdo. Te veo dentro de una hora más o menos.

Marlene se asomó por la ventana de la habitación y frunció sus labios en una mueca que parecía expresar su disgusto.

—Justo con vistas al mercadillo navideño, como a mí me gusta —bufó dándose la vuelta para no seguir contemplándolo—. Será mejor que solucione el resto de los problemas antes de instalarme en Villa Noel.

Cogió el móvil y llamó a Robert para contarle lo que sucedía.

—*Dime, Marlene, ¿ya has llegado?*

—Pues no. Ni creo que vaya a hacerlo —le respondió con cierta sorna paseando por la habitación y echando un vistazo al cuarto de baño.

—*¿Qué dices? ¿Por qué?*

—El tren se ha detenido en Colmar porque al parecer la nieve caída dificulta su avance. Ah, y lo mismo pasa con las carreteras. Al parecer, tienen trabajo por delante para despejarlas. Así que dudo de que pueda estar hoy allí...

—*Sí, ya lo he visto en las noticias. Y al parecer no eres la única que ha sufrido ese percance. Entonces, ¿me aseguras que no podrás estar aquí mañana?*

—Como no me mandes un helicóptero —ironizó ella—. Desconozco lo que pueden tardar los operarios en despejar las carreteras con las máquinas y demás.

—*El aeropuerto de Estrasburgo está teniendo problemas con la nieve también. Temo que me sea imposible, por ahora. En fin, ya veremos cómo nos arreglamos. Al menos, si la cosa mejora, podrías acercarte y vernos.*

—Resultará complicado, ya te lo he dicho —le repitió en cuanto él hizo alusión a ese tema. Era lo último que le faltaba después de ese percance. Que viniera él tocándole las narices con ese asunto. ¿Es que no le había quedado claro la última vez que ella estuvo en Estrasburgo, que no quería saber más de él?

—*Claro, claro. Bueno, espero que te diviertas en Colmar. Y siento haberte hecho viajar para nada.*

—Más lo siento yo —le dijo antes de colgar y marcar el número de teléfono del hotel que tenía reservado en Estrasburgo. Tenía que tratar de cancelar la habitación para que no se la cobraran. Ella quería ir, pero la climatología no estaba de acuerdo. Era una causa de fuerza mayor, así que cruzó los dedos para que fueran comprensivos en el hotel y se la cancelaran sin gastos de ningún tipo.

* * *

Luc salió del hotel echándose una bufanda por el cuello a la que dio un par de vueltas. Levantó la vista hacia el cielo, que en ese preciso momento parecía darse una tregua en cuanto a la nieve. La intensidad de los copos parecía remitir poco a poco. Pensar en estos le hacía volver a traer a su mente la imagen de Marlene cubierta por un manto blanco de la cabeza a los pies, le provocaba una sonrisa. ¿Qué hacía allí una chica sola en los días previos a Navidad? ¿Iba a trabajar a Estrasburgo en esas fechas, precisamente? ¿A qué se dedicaba para que su presencia fuera, al parecer, tan importante? La verdad era que a él su presencia le venía de perlas porque esos cuatro días que pasaría en el hotel le reportarían una cantidad de dinero nada desdeñable. Y, si como le había dicho Sophie, ella era la avanzadilla, pues, ¿a qué diablos

esperaba el resto para alojarse en las habitaciones que todavía estaban libres?, se preguntó deseando que al final sucediera tal cual.

Caminó entre los puestos del mercadillo navideño cercano al hotel, aspirando sus diferentes aromas que se entremezclaban entre sí. De buena gana se hubiera quedado un rato, pero decidió dejarlo para más tarde. Había quedado con su amigo de la infancia, Vincent, quien volvía a Colmar para pasar las Navidades. Él tenía su vida en París. Había preferido marcharse a una ciudad grande y cosmopolita en vez de permanecer allí. Ciertamente era que si pretendía encontrar un empleo como fotógrafo, necesitaba irse a un lugar como la capital. Bueno, tal vez si sus padres no hubieran tenido el hotel, él también hubiese tenido que marcharse con Vincent. Luc lo había pensado en numerosas ocasiones. Pero, al final, se hizo cargo del hotel junto a Sophie.

Marlene salió de la habitación después de haber desecho la maleta y abrigarse un poco más, puesto que el frío allí era helador. El típico que se filtraba de manera lenta y firme bajo las capas de ropa sin importar la cantidad que llevaras puestas; sin pasar por alto la humedad procedente de los canales que discurrían por la ciudad y la que ascendía de las aceras. Prefirió bajar por las escaleras que en el ascensor a la vista de lo estrecho que era este. No tenía la intención de quedarse atrapada. Ya tenía bastante por ese día como para que le sucedieran más cosas. Esperaba encontrarse con el chico amable de recepción, sin embargo, no era él quien estaba detrás del mostrador. La chica que la miraba con una sonrisa no estaba cuando ella llegó al hotel. Deslizó la llave por el hueco y se aseguró de que llegara a su correspondiente lugar.

—Disculpa, el chico que estaba aquí antes...

—Luc. Mi hermano.

—Ah. Bien. Me dijo dónde podía comer siempre y cuando no fuera en el mercadillo —se anticipó a decirle antes de que ella también le aconsejara salchichas, *focaccia*, o comida por el estilo. Además, no estaba por la labor

de comer en calle pelando frío.

—Sí. Pero debes darte prisa porque los salones de té dejan de servir comidas a las dos y media. Y debo decirte que son muy estrictos en ese sentido. Sirven el plato del día hasta esa hora y después luego solo café, té y dulces.

—Genial. Vaya, qué curioso. Gracias.

—De nada.

Sophie se olvidó de la llave y se quedó mirando a la chica mientras salía al frío de la calle. Se volvió hacia el casillero con una sonrisa recordando la conversación que había mantenido con su hermano antes. De manera que esa era la chica que acababa de llegar cubierta de nieve. No pudo evitar sonreír divertida ante la ocurrencia de Luc.

Capítulo 2

Marlene abandonó el hotel y se adentró, sin pretenderlo, en el mercadillo navideño. No era que quisiera hacerlo, era que en cuanto dabas dos pasos, estabas caminando entre sus puestos, una hilera de casas de madera que se extendían a lo largo de la calle ofreciendo sus productos. Desde comida rápida y vino caliente hasta los clásicos adornos navideños. Salió de inmediato de este y desembocó en una de esas calles cuyas casas estaban adornadas con guirnaldas, campanas u ositos de peluche, que reclamaban la atención de los viandantes, lo cual no arregló para nada el humor de Marlene.

A ella no le gustaba la Navidad. Así de simple. No creía en la buena voluntad y los buenos deseos de las personas en esos días. Tal vez perdió la ilusión cuando creció y se dio cuenta de que la vida no tenía nada que ver con la magia y la ilusión que ofrecían las Navidades. Tenía suficiente experiencia como para saber de qué hablaba. Caminó con paso ligero hasta que dio con otro de los mercadillos navideños. En esta ocasión, este estaba situado junto a la iglesia de los Dominicos.

Pero ¿era que, fuera donde fuera, iba a toparse con un mercado de Navidad?, se preguntó parada en mitad de la calle buscando un sitio para comer. Era más sencillo encontrar una caseta de madera decorada con motivos navideños antes que un restaurante en aquella ciudad. Sus esperanzas casi habían desaparecido cuando el cartel que anunciaba el plato del día captó su atención y le levantó el ánimo. Sin pensarlo dos veces, se dirigió hacia el

salón de té. Empujó la puerta y aguardó a que la condujeran a una mesa.

Luc charlaba con Vincent de manera animada mientras ambos comían.

—¿Piensas quedarte mucho en Colmar?

—Solo los días de Navidad. Después regreso a París. El trabajo no perdona. Ya lo sabes.

—Tal vez podrías pasarte por el hotel en Nochebuena y quedarte a cenar. E incluso a comer en Navidad. Ya sabes que siempre eres bienvenido.

—No había pensado en ello, pero ahora que lo dices... Puede ser una buena idea.

Luc asintió en silencio. Fijó su mirada por encima del hombro de Vincent en dirección a la puerta. ¿Era ella? ¿La nueva huésped?, se preguntó entrecerrando sus ojos.

—¿Qué pasa? ¿Por qué pones esa cara? ¿Has visto a alguien que conoces? —inquirió Vincent girándose hacia donde miraba Luc. Emitió una risita y asintió mientras la chica era conducida a una mesa cercana a la de ellos. Vincent frunció sus labios y guiñó un ojo a Luc, como dándole su aprobación. Pero lo que no esperaba era que él la saludara y le dedicara una sonrisa—. ¿Quién es? ¿Un nuevo ligue? —susurró Vincent para no llamar la atención de ella.

—No. Acaba de llegar al hotel esta mañana. El tren con destino Estrasburgo se ha detenido aquí porque la nieve le impide avanzar.

—¿Y dices que se aloja en tu hotel? —preguntó con un toque bastante significativo que Luc desechó.

—Acabo de decírtelo. Sí.

—Desconocía que tus huéspedes estuvieran tan... bien —asintió Vincent con ironía—. ¿Ha venido sola?

—Sí.

—En ese caso... Puedes invitarla a la cena de Nochebuena y a la comida de

Navidad.

A Luc no se le había pasado por la cabeza este hecho hasta ese momento en el que Vincent lo sugirió. Se quedó pensativo ante las posibilidades que había de que ella aceptara.

Marlene no pudo evitar una sensación de calor cuando vio al chico de la recepción del hotel comiendo en compañía de otro hombre en una mesa cercana a la suya. Lo saludó y se centró en su *smartphone* para evitar quedarse mirándolo. No podía negar que él había sido muy simpático y que había hecho lo posible por hacerla sentir bien pese al cabreo que ella traía. Le debía una disculpa porque en algún momento ella pareció echarle la culpa de lo sucedido. Tal vez, si más tarde lo pillaba a solas, con algún pretexto aprovecharía para hacerlo. Entonces sería mejor que se centrara en comer algo dada la hora que era. No fuera a ser que se lo pensara demasiado y le cerraran la cocina. Ya puestos era lo que le faltaba. Estaba muerta de hambre. «Todo aquel viaje para nada», se dijo ofuscada pasando la vista por el menú para elegir. Se había preparado el tema de la reunión para que en ese momento se quedara colgada en aquella ciudad tan navideña. Tanto que parecía ser una sucursal de la ciudad de Papá Noel.

Cerró los ojos y se pasó las manos por el rostro en un intento por despejarse y relajarse. No podía hacer nada, de manera que sería mejor que intentara disfrutar. Tampoco era plan pasarse los cuatro días encerrada en la habitación. Aunque no fuera una fan incondicional de las navidades, tendría que recorrer la ciudad y por qué no... sus mercadillos. E incluso tomarse un vaso de vino caliente.

—Piensa en lo que te he dicho —le recordó Luc cuando se disponía a levantarse de la mesa. No quería desviar su mirada hacia Marlene, pero no podía evitarlo. Este gesto no pasó desapercibido para Vincent, quien esperaría a salir del local para decirle cuatro cosas a su amigo.

—¿Lo de ir al hotel a cenar y a comer?

—Eso mismo.

—Sí, bueno, ahora hablamos —le aseguró señalando la calle con el pulgar.

Marlene levantó la mirada del plato de comida, se colocó varios mechones del pelo detrás de su oreja y, sin pretenderlo, su mirada quedó fija en la de él. Inspiró hondo sintiéndose algo estúpida porque él la hubiera pillado contemplándolo. Pero un impulso desconocido la instó a hacerlo. En ese instante, solo esperaba que no se detuviera junto a su mesa para decirle algo, solo pedía eso. Pero sus deseos no parecían que fueran a cumplirse en ese día.

—¿Mejor?

Marlene se quedó sin capacidad de reacción ante su pregunta. En parte porque había deseado que no le dijera nada, y él lo había hecho. Y, por otro lado, porque su mirada y su sonrisa le estaban provocando palpitaciones.

—¿Cómo dices?

—Que si tu cabreo ha remitido un poco.

Marlene entreabrió los labios y tomó aire antes de responderle.

—Oh, bueno, sí. No te preocupes. Ya se me ha pasado —le aseguró restándole importancia.

—Bueno, te dejo que comas. Ya nos veremos.

Marlene se limitó a asentir y lo observó caminar hacia la salida del local, pero antes de hacerlo, él se volvió para lanzarle una última mirada acompañada de una tímida sonrisa. Ella sacudió la cabeza sin entender qué coño le pasaba. ¿Por qué narices se había vuelto? ¿Para ver si ella lo estaba mirando? Por suerte, el camarero llegó para tomarle nota de algún postre o café. Y el pensamiento en torno al tío del hotel desapareció momentáneamente.

Luc y Vincent salieron a la calle mientras la imagen de ella revoloteaba en la mente del primero.

—Lo dicho, si te animas a cenar pasado mañana, dame un toque.

—Ya —Vincent chasqueó la lengua con toda intención—. No me cambies de tema, ¿quieres? Creo que deberías invitarla a ella también —asintió Vincent sonriendo con malicia por lo que había observado.

—¿A quién te refieres?

—Sí, vale, dame largas. Sabes muyyyyy bien a quién me refiero. Acabas de detenerte frente a ella para saber si estaba mejor.

Luc sonrió.

—Olvida cualquier pensamiento calenturiento que se te esté pasando por la cabeza. ¿Querrás?

—Imposible hacerlo después de haber sido testigo de las miradas que le has lanzado desde que entró en el local. Y una última cuando ibas a salir de este.

—Solo me ha llamado la atención su situación —se excusó Luc buscando algo que pudiera convencer a su amigo de que era así.

—Pues por eso mismo debes comentarle lo de la cena. Está sola. Invítala —le aseguró palmeando a Luc en el hombro.

Luc resopló.

—¿Qué pretendes?

—No sé de qué coño me hablas. Solo te estoy diciendo que vuestra familia tenéis la costumbre de hacer una cena en Nochebuena en la que los huéspedes pueden apuntarse. Y lo mismo sucede con la comida de Navidad.

—Ella está de paso. Dentro de cuatro días regresa a Madrid.

—Suficientes, ¿no crees? Una cena y una comida.

—Ya sé por dónde vas —le aseguró agitando un dedo delante de su amigo como si lo acusara de algo.

—Sí, me conozco de memoria el camino a casa. Y eso que vengo poco.

—¿Sabes que estás como una puta cabra? Deja de vacilarme.

—Es posible que lo esté, no te lo discuto. Y no te estoy vacilando. A ver, ¿qué puedes perder por intentar hacerle la estancia más agradable los días de Navidad? Ah, y por si te sirve de algo..., también la he pillado mirándote.

—Seguro. Me vuelvo al hotel. Supongo que Sophie ya se habrá largado.

—Piénsalo.

Luc se despidió de Vincent sin terminar de creerlo. Lo que su amigo le insinuaba era una gilipollez. No tenía la más mínima intención de plantearse algo con una mujer y menos con una huésped del hotel. Pretendía pasar unas

Navidades tranquilas, disfrutando de estas en el tiempo libre que le dejara el trabajo. Solo eso. De manera que las ideas de Vincent mejor que se las quedara él.

Marlene se dio una vuelta por la ciudad cuando terminó de comer. Estaba algo resignada ante aquel ambiente tan navideño. Pero no sería tan necia de no visitar los lugares más emblemáticos. Compró una guía y se encaminó al hotel. Le echaría un vistazo tranquilamente en la sala que había visto al llegar. Esperaba que Luc no estuviera en recepción. Desconocía el motivo por el que no le hacía gracia esta idea.

De repente sintió vibrar y sonar su teléfono.

—Dime, Esther.

—*Hey, ¿qué tal por Estrasburgo?*

—Más bien por Colmar —le corrigió Marlene con ironía empujando la puerta del hotel para no quedarse en la calle pelando frío. Se centró en la llamada camino del acogedor saloncito junto a la chimenea y se sentó al dejar la guía de la ciudad sobre la mesa. Cuando acabara de hablar con Esther, se pondría a hojearla.

—*¿Colmar? ¿Y qué coño haces ahí?*

—Han cerrado la línea del tren, así que no me ha quedado otra que buscar un hotel para pasar los días. Y antes de que me lo preguntes, te informo que las carreteras también lo están debido a la nieve —le aclaró sentándose en un sillón.

—*Pero entonces, ¿no puedes ir a Estrasburgo? ¿Y el trabajo de mañana?*

—Lo cubrirán con alguien que esté allí. Ya está todo solucionado. Llamé a Robert para contarle cuál era mi situación.

—*Vaya coincidencia.*

—*¿Cuál?* —preguntó Marlene sin comprender a qué se refería su amiga.

—*Que te dijera que no cogieras el vuelo directo a Estrasburgo y que*

fueras por Basilea. La próxima vez no te digo nada.

—Ya, bueno, ¿quién iba a esperarse estas nevadas? Ya da igual, no se puede hacer nada —comentó resignada, y se dejó caer hacia atrás en el sillón. Cruzó las piernas y se desabrochó el abrigo. Luego se desprendió de la bufanda que dejó sobre uno de los brazos del sillón.

—*¿No has cambiado el vuelo de regreso?*

Marlene se incorporó sacudiendo la cabeza con los ojos cerrados. El pelo ocultó su rostro por unos segundos durante los cuales Luc la contemplaba intrigado desde detrás del mostrador de recepción. La había visto entrar, pero no había dicho nada. Bueno, ni siquiera había pedido su llave.

—No, no lo he cambiado. ¿Para qué? ¿Para que me cobren por ese cambio? —le dijo desviando su atención hacia la recepción, lo que hizo que se percatara de la presencia y de la mirada de Luc. Este se dirigía al otro chico que estaba sentado frente al ordenador. Ese momento le permitió observarlo sin que él se diera cuenta—. He pensado quedarme aquí y conocer la ciudad.

—*Pero si es un lugar muy navideño. No creo que...*

—Ya me he dado cuenta de ello. No te preocupes, sobreviviré. Apuesto a que en cualquier momento me encontraré a un elfo o un duende de Papá Noel cruzando la calle. O al doblar una esquina. ¡Joder, si hasta tienen ositos de peluche colgados en las ventanas como si fueran adornos! No quiero ni pensar cuando alguno se desprenda y le caiga encima a alguien —le confesó ironizando con el sentido navideño de la ciudad.

—*Por eso mismo lo digo. Porque a ti la Navidad no te hace mucha gracia.*

Marlene emitió una especie de gemido o gruñido de aprobación apartando la mirada de Luc, no fuera a ser que la pillara.

—En fin, que pienso pasarme aquí estos días hasta que regrese.

—*En ese caso, que lo disfrutes.*

—Ja, ja, qué graciosa.

—*Cuídate. ¿Vale? Y pásatelo bien. A lo mejor descubres que la Navidad no es solo consumo y poner buena cara. Por cierto, ¿y Robert?*

—En Estrasburgo.

—*¿Qué le ha parecido que no vayas?*

—No debe de haberle supuesto mucho trastorno. Ya te he dicho que buscarán una persona que haga el trabajo.

—*¿Y en lo personal? Me refiero a que, según me comentaste el otro día, él parecía tener muchas ganas de volver a verte.*

—Pues se va a quedar con ellas porque, por lo que soy yo, ni puedo ni pienso ir.

—*Tal vez se presente él ahí.*

—Que lo intente. Si la nieve se lo permite...

—*De acuerdo. He captado el mensaje* —le aseguró con un tono cargado de ironía y con segundas—. *En serio, pásatelo lo mejor que puedas. Y ya me contarás.*

—Sí. Descuida. Nos vemos a mi regreso. —Marlene dejó el teléfono encima de la mesa y luego se puso de pie para desprenderse de su abrigo ante la expectante mirada de Luc.

Él se había quedado observándola de manera fija mientras ella se desprendía del abrigo. La conversación con Vincent volvió a su cabeza y se preguntó si no tendría razón después de todo. A lo mejor, debería comentarle lo de la cena y la comida de Navidad. Al fin y al cabo, ella era huésped del hotel y, si quería, podía optar por esa opción.

Marlene desvió la atención hacia la recepción cuando dejó el abrigo sobre la silla. Para su sorpresa e incómoda, se encontró con que Luc la estaba mirando con una expresión que no creía que fuera la más acertada para dirigirle a un huésped. Ella sintió un repentino calor sofocante invadir su cuerpo hasta acentuarse en su rostro; calor que achacó al fuego que ardía en la chimenea. Sacudió la cabeza sin comprender a qué venía aquella manera de mirarla, parecía que se la estuviera imaginando sin ropa. Le hizo un gesto con la cabeza para saber si quería algo. Y cuando esperaba que él sacudiera la cabeza o agitara su mano para descartar cualquier comentario, lo vio caminar

hacia ella.

—Disculpa, quería preguntarte si quieres cenar en Nochebuena y comer en Navidad aquí en el hotel. Verás, tenemos la tradición de celebrar esos dos días con los huéspedes que quieren. Es para reservarte un asiento en la mesa, ya que has venido sola y tal vez te apetezca pasar un rato en compañía de otros. O si prefieres cenar sola —le aclaró con sus manos en alto y la mirada entornada hacia ella—, te advierto que esa noche todos los establecimientos estarán cerrados a eso de las siete.

Marlene se quedó sin palabras cuando escuchó aquella proposición que, desde luego, no esperaba ni por asomo. Sintió que sus pulsaciones se ralentizaban como si fueran a detenerse de un momento a otro. Entrecerró los ojos y sacudió la cabeza.

Luc comprendió que había sido demasiado directo en su propuesta y que no se había explicado de la manera correcta.

Ella pensó que nada podía ir a peor después de que, por causas de la climatología, tuviera que quedarse en aquella ciudad de Navidad. Pero aquello...

—Bueno, me pillas con el pie cambiado —fue lo primero que se le ocurrió decirle. Se apartó el pelo del rostro y se sentó porque, para su gusto, él estaba demasiado cerca de ella y, en cierto modo, esa cercanía la incomodaba. Sin duda que aquel ofrecimiento la había sorprendido y no sabría decir, en ese momento, si aceptaba o no.

—Bien, si quieres pensarlo, tienes tiempo hasta pasado mañana. Cuando bajes a desayunar, deberás dejar dicho en el comedor si hay que ponerte un cubierto. No estás obligada a hacerlo si no te apetece, ya te lo he dicho. Solo quería que lo supieras. —Luc se apartó de ella para no incomodarla más y dejarla a solas.

—Lo tendré en cuenta. Gracias —se apresuró a decirle antes de que él se alejara del todo de su lado. Lo vio girarse de la misma manera que había hecho cuando se despidió de ella en el salón de té donde había comido:

lanzando una mirada y una sonrisa en su dirección. Marlene trató de recomponer sus pensamientos y sus emociones. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué, de repente, sentía una agitación desconocida para ella? Tenía la impresión de estar viviendo su particular cuento de Navidad. ¿Qué papel desempeñaría él en todo aquello? Sacudió la cabeza y decidió apartar cualquier pensamiento que tuviera que ver con él. Cogió la guía de la ciudad y se dispuso a echarle un vistazo en un intento por abstraerse. Ya que iba a quedarse allí, qué menos que visitarla.

Luc regresó tras el mostrador de recepción. No quiso ser demasiado directo y seguir mirándola. Además, tenía que echar un vistazo a las reservas para la semana siguiente. Pero a cada instante que el trabajo se lo permitía, apartaba la mirada de la pantalla solo para comprobar que ella seguía allí. La contempló fruncir el ceño, entreabrir los labios, sacudir la cabeza y hacer más gestos que le impidieron centrarse. Era atractiva, algo tímida, en ocasiones; y fría en otras. Pero creía que su comportamiento se debía a que se había quedado atrapada allí a causa de la nieve y no tenía manera de llegar a Estrasburgo. Imaginaba que, en el fondo, no era lo que aparentaba, sino más bien que las circunstancias de aquel viaje le habían afectado y de qué manera. Luc se dio cuenta de que no había dejado de pensar en ella desde que regresó al hotel. Decidió centrarse en los asuntos que tenían que ver con el trabajo. Las reservas posteriores a las Navidades descendían de manera notable, como era de esperar. Una vez que llegaban los primeros días del año, los huéspedes se marchaban porque las atracciones en Colmar tocaban a su fin y la ciudad recuperaba el aspecto habitual.

—Disculpa que te pregunte.

Luc se sorprendió al escuchar la voz de ella y, de repente, volvió a tomar conciencia de la presencia de Marlene. Bajaba la mirada hacia la guía de la ciudad.

—Tú dirás. —Él se levantó de la silla tras apoyar sus manos abiertas sobre el mostrador.

—¿Qué es la pequeña Venecia? ¿Consta de canales la ciudad?

Marlene pasó las páginas de la guía turística para centrarse en esta parte de la ciudad. Sabía de la cercanía de Luc y que, si levantaba la mirada, se encontraría con la de él escrutando su rostro.

—Sí, pero no te vayas a pensar que son como la ciudad italiana —le aclaró sonriendo divertido, fijando su mirada en el rostro de ella—. Déjame.

Marlene sintió el roce de los dedos de él sobre los suyos cuando Luc le cogió la guía para echarle un vistazo. Luego le entregó un mapa de la ciudad y, con un bolígrafo, le explicó la ubicación mientras la controlaba por el rabillo del ojo. No podía dejar de hacerlo y de imaginarse cosas que no tenían razón de ser. «¡Vincent y sus malditos comentarios!», se dijo.

—El hotel está justo aquí. Si coges esta calle...

—¿La del mercadillo navideño? —preguntó ella levantando la mirada para fijarse en él. De inmediato, se dio cuenta de que fue un error porque su cercanía seguía provocándole una sensación extraña y agradable.

—Sí, correcto. Y giras aquí caminando por el barrio de los curtidores en dirección al mercado central de Colmar. Puedes ir viendo el río y cómo pasa por debajo del puente. También se recomienda admirar la decoración de las casas que hay en ambos márgenes. Se la llama la pequeña Venecia por el estilo arquitectónico de algunas de estas.

Marlene asintió sin decir nada. Estaba más pendiente de la manera en la que él se dirigía a ella que de la historia de la ciudad. Su forma de mirarla, de sonreírle en alguna ocasión y de que sus rostros estuviesen separados por escasos centímetros, porque él se había inclinado sobre el mapa.

—Entiendo.

—Me alegra saber que mi explicación te ha servido —le aseguró incorporándose sin dejar de mirarla y hacerse infinidad de preguntas sobre ella.

—Sí, espero no perderme.

—No te perderás. La ciudad no es muy grande, y tienes letreros que te

indican el camino a seguir. Lo que no puedo asegurarte es si, en estos días, podrás dar un paseo en barca.

—Oh, no te preocupes. No tengo intención —le aseguró encogiéndose de hombros sin darle importancia—. Además, con el frío que hace no creo que sea una buena idea recorrer el río.

—En eso te doy la razón. La temperatura ha descendido bastante pese a la nieve. Pero estoy seguro de que hace menos frío que en Estrasburgo. Esta queda más al norte.

Marlene asintió en silencio. Se quedó parada en el sitio contemplándolo sin saber qué demonios estaba haciendo.

—Bueno, gracias por la explicación.

—Espero que te guste el paseo. Dentro de poco, todas las casas estarán iluminadas. Aprovecha para sacar alguna que otra foto de recuerdo —le aconsejó cogiendo la llave de una pareja mayor que salía del ascensor en ese momento.

La mujer se dirigió a Marlene con toda confianza, como si la conociera de toda la vida.

—Tiene razón. La ciudad al atardecer es una preciosidad. Las fachadas de las casas se iluminan, lo que hace resaltar toda la decoración. No deje de sacar alguna que otra fotografía, como le dice el joven.

—Sí, seguro —asintió Marlene de manera educada y vio a la pareja salir del hotel mientras ella permanecía todavía allí, como si estuviera esperando algo.

—Hazlo. No te arrepentirás. Ya me contarás que tal te ha ido —le pidió señalándola con un dedo.

Marlene no comentó nada más porque se quedó pensativa. No entendía muy bien todo aquello que le estaba sucediendo. «¿Sacar fotos a las fachadas de las casas?», se preguntó recordando el consejo de la señora. No, no creía que le diera por ahí. No le gustaban las Navidades. Pero entonces, ¿por qué permanecía en aquella ciudad sacada de una película de Disney? ¿Por qué no

había cambiado el vuelo de regreso como le preguntó Esther? ¿Qué diablos hacía allí si no le gustaba el ambiente navideño? Pues eso precisamente quería saber ella porque no comprendía por qué no se había vuelto al aeropuerto. El problema de la nieve era de Colmar hasta Estrasburgo, pero nadie le había dicho que no pudiera regresar a Saint Louis o a Mulhouse. Estaba convencida de que había acabado en Colmar por algún motivo, y eso era lo que pretendía descubrir los días que pasara allí.

Marlene se dio cuenta de que todavía seguía allí, en mitad del pequeño vestíbulo del hotel.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —La voz de Luc dirigiéndose a ella hizo que se sobresaltara, como si la hubiera pellizcado.

Ella entreabrió los labios para responderle, pero su intento quedó en un suspiro de resignación.

—No. Has sido de gran ayuda. Es mejor que vaya a ver la pequeña Venecia así como las casas iluminadas y adornadas de las que hablas —le aseguró con un toque de resignación que Luc no pasó por alto.

Luc la observó salir del hotel sin decir nada más. Pero había algo en ella que le llamaba la atención de manera poderosa.

—A esa chica no le gusta la Navidad —señaló Marc a su espalda.

—La verdad es que no parece muy contenta de estar aquí. Y no se lo discuto porque ha sido una putada que tenga que estar mañana en Estrasburgo y no pueda ir.

—Ya, el temporal parece no dar tregua. He escuchado en las noticias que han estado trabajando a pleno rendimiento para despejar algunos tramos de las carreteras. Pero teniendo en cuenta que está anocheciendo... y que ha vuelto a empezar a nevar, dudo mucho de que puedan lograrlo.

—Y, con las bajas temperaturas de esta noche, la nieve se convertirá en hielo y no podrá irse.

—Pero si no le gusta el ambiente de las navidades, ¿por qué no ha cogido un vuelo de regreso a su casa? Todos los turistas vienen a la Alsacia atraídos

por la decoración, los mercadillos navideños y demás. ¿Qué pinta ella aquí?

La pregunta de Marc hizo que Luc también se lo planteara.

—No tengo ni la menor idea.

—¿Ha venido sola? —preguntó Marc lanzando una mirada de curiosidad a su colega y jefe, quien se limitó a asentir en un primer momento.

—Tal como se acaba de marchar.

—Pues, en cierto modo, es una lástima no tener a alguien con quien recorrer esta ciudad. La verdad... —Marc chasqueó la lengua decepcionado por este caso—. Esto parece tranquilo, ¿no?

Luc apretó los labios formando una delgada línea al tiempo que asentía.

«Sí que lo es».

—Eh, sí, sí. No te preocupes. Date una vuelta por ahí si quieres. Ya me quedo yo por si llegan más huéspedes. Aunque lo cierto es que podemos admitir alguno más. Apenas si quedan un puñado de habitaciones —comentó con la esperanza de colgar en la puerta el cartel de completo.

Marlene caminó por las calles que Luc le había marcado en el plano. A cada paso que daba, el ambiente navideño la iba cercando hasta que se vio formando parte de este. No quería estar allí. No era su lugar. A esas horas, debía estar en un hotel moderno de Estrasburgo repasando el tema de la reunión del Parlamento para el día siguiente. Y aunque allí también encontraría el típico ambiente navideño en la plaza cerca de la catedral, con su tradicional mercado navideño y su gran árbol en el centro, ella no tenía la mínima intención de pisar por allí. Había llamado al hotel para cancelar la reserva, pero le habían asegurado que ya era tarde para hacerlo. Se le había pasado el plazo y tendrían que hacerle el cargo. Lo único que consiguió, después de negociar durante unos minutos, fue que le rebajaran a la mitad. El hecho de no haberse presentado en el hotel no había sido voluntario, sino debido a la climatología.

En ese momento, su teléfono vibró en el interior de su abrigo. Intentó cogerlo con los guantes puestos, pero, al ver que le resultaba imposible, tuvo que quitárselos y aguantar el frío. Resopló de mala gana cuando leyó el nombre de Robert en la pantalla. Marlene pensaba si tenía ganas de hablar con él o no. Pero, ante la insistencia del tono, decidió deslizar el dedo por la pantalla y hablar con él para dejarlo todo claro.

—Dime, Robert.

—*Hola, cielo, me preguntaba si finalmente habías tenido oportunidad de venir a Estrasburgo.*

Marlene permaneció en silencio durante unos segundos asimilando aquel comentario. ¿Cielo? ¿A qué cojones venía aquel apelativo por parte de él?

—No, no he hecho intento de ir. Ya te he dicho que el tren no circula más allá de Colmar —le repitió con un tono que denotaba ironía y cansancio por tener que repetirle las cosas. Resopló cerrando los ojos y sacudiendo la cabeza.

—*Ya, bueno, pero tengo entendido que se puede llegar por carretera. La autovía parece estar casi despejada. Por eso te llamo. Para ver si tenías opción de llegar por autocar.*

—No, no lo he hecho. Y no voy a hacerlo a estas horas. Estoy cansada y de muy mala hostia. De manera que déjalo. ¿Quieres? Además, está empezando a nevar otra vez.

—*Tal vez podrías intentarlo mañana por la mañana. La sesión del Parlamento no comienza hasta las diez.*

—He cancelado el hotel de Estrasburgo.

—*Por eso no tienes que preocuparte. Tienes mi casa.*

Marlene abrió la boca y arqueó sus cejas en un gesto bastante expresivo. Cada vez estaba más convencida de que, en realidad, lo del trabajo en el Parlamento era una excusa para verla. Seguro que, después de todo, él lo había organizado para que fuera ella quien acudiera a Estrasburgo, y de paso para que se quedara con él y acabara en su cama. Pues no. Ella no estaba por la

labor. De manera que no iba a coger ningún tren, autobús o taxi para llegar a Estrasburgo. Había decidido quedarse allí.

—Ya, y aquí he pagado las cuatro noches al registrarme y, la verdad, no creo que me lo devuelvan. No quiero seguir regalando dinero a los hoteles franceses. Ya me han cobrado la mitad del de Estrasburgo. De manera que no voy a moverme de aquí a estas alturas.

—*Venga, no me jodas, tú no tienes problemas de dinero con tu puesto de traductora en el Parlamento. ¿O vas a decirme ahora que cobras una miseria? ¿En serio no vas a poder venir?*

Robert empleó un tono algo zalamero para hacerla sentir culpable, para ver si reaccionaba.

—No. Estoy cansada por todos los acontecimientos de este día y quiero descansar. Y ahora, si me disculpas, estoy en la calle y me estoy quedando helada. De manera que voy a colgar. Adiós.

Marlene no dio opción a que él dijera algo más. E incluso silenció el móvil y lo devolvió al interior de su abrigo. Luego, resopló convencida de que había hecho lo que debía. No iba a ir a Estrasburgo para darse un revolcón con Robert. Además, ella se lo había dejado muy claro la última vez que estuvieron juntos. No iba a dejar Colmar. No tenía ganas de moverse del hotel. Ya había tenido bastante con ese día. De manera que siguió caminando en dirección a la pequeña Venecia, como le habían sugerido en el hotel.

Capítulo 3

—¿Sabemos cuánta gente se ha apuntado a la cena de Nochebuena? — preguntó Sophie a su hermano.

—No tengo ni idea. He ido informando a los huéspedes según los he ido viendo. De todas maneras, haríamos bien en colocar un cartel aquí en recepción. La gente lo verá cuando pase a dejar o a pedir la llave de la habitación.

Sophie esbozó una sonrisa de triunfo esgrimiendo el cartel en cuestión.

—¿Me has leído el pensamiento o algo parecido?

—Se me ha ocurrido esta tarde —le aseguró colocándolo en el lugar más visible posible—. Daremos de plazo hasta mañana. ¿Se lo has dicho a tu misteriosa huésped?

—Se aloja en el hotel, ¿no? Tiene todo el derecho a estar informada. Y, por cierto, no es nada mío.

Luc miró a su hermana sin comprender a qué venía aquel interés en ella.

—Con que se lo has dicho, ¿eh? —bromeó Sophie con el tema de Marlene—. ¿Qué tal se presenta el fin de año?

Luc se encogió de hombros.

—Más o menos como esta semana. Y ya te advierto que, pasado el primer día del nuevo año, las reservas descienden. —Luc entornó la mirada hacia su hermana para recordarle lo que sucedía siempre que terminaba el período navideño.

—No pienso decir nada.

Sophie levantó las manos y sacudió la cabeza.

—Te conozco y sé que siempre dices lo mismo, pero no puedes evitarlo.

—Vale, sí. Siempre digo lo mismo. Año tras año.

—En esta Navidad, la cosa marcha bien.

—Pero el resto del año flojea un poco. —Sophie hizo una mueca de fastidio

—. Me gustaría que la ocupación fuera más constante.

—Sabes que esta ciudad no tiene el mismo encanto el resto del año. Es un atractivo turístico para las fechas cercanas a la Navidad.

—Bueno, salvo en otoño con el tema de la vendimia y las jornadas del vino de Alsacia.

El sonido de la puerta hizo que ambos hermanos fijaran su atención en la pareja que entraba.

—¡Vaya frío que hace! —exclamó la mujer sin desprenderse siquiera de la bufanda.

—La temperatura ha descendido un poco, sí —apuntó Luc girándose hacia el casillero para entregarles la llave de la habitación.

—Oh, gracias. Iremos a tomar algo caliente al salón —señaló la mujer pasando de largo mientras la puerta volvía a abrirse.

Luc no prestó atención a quién llegaba porque seguía charlando con la pareja camino del saloncito. Allí podían tomar un café o un chocolate caliente para entrar en calor.

—¿Quieres la llave? —le preguntó Sophie a Marlene cuando esta se acercó al mostrador resoplando por el frío que hacía.

Le costó unos segundos reaccionar a la pregunta de la chica.

—Un momentito, por favor, necesito entrar en calor —dijo, y se desprendió de la bufanda, de los guantes y, por último, del gorro.

—Como quieras.

Luc regresaba en ese momento para contemplar cómo Marlene se despojaba de la ropa poco a poco. Su pelo volvió a asemejarse a un ovillo de hojas

caídas con la llegada del otoño. Quiso parecer desinteresado en ella y no mirarla de manera fija para no ser descarado. Y más estando su hermana por allí cerca, atenta como un halcón a ver qué hacía él. Marlene le parecía un reclamo para la vista.

«Debería dejar de pensar como Vincent», se dijo sacudiendo la cabeza.

—¿Qué tal el paseo por la pequeña Venecia?

Marlene hizo ademán de decir algo, pero prefirió no hacerlo.

—¿Le dijiste que fuera a verla? —Sophie volvió la atención a su hermano con una sonrisa bastante significativa.

—En realidad fui yo la que le preguntó cuando leí sobre esta en la guía de la ciudad —se anticipó a decir Marlene, lo que hizo que Sophie se centrara en ella.

—¿Te ha gustado?

—La verdad... Hace mucho frío para andar paseando a estas horas —se disculpó Marlene ante la pregunta de Sophie.

—Pero ver la iluminación de las casas tiene su encanto. Por el día no es lo mismo.

—Deberías haber tomado un vaso de vino caliente, o una taza de chocolate. La gente lo hace durante el tiempo que permanece en la calle. Ayuda a combatir el frío y a seguir paseando para contemplar la decoración.

—Sí, ya lo he visto. Pero yo no... Prefiero sentarme en algún sitio a tomarlo.

—En ese caso, deberías pasar al salón y servirte. Lo agradecerás para entrar en calor. Créeme.

—Claro. De ese modo, también me pondré al día con mis *e-mails*. ¿Dónde queda?

—Ven, yo te llevo y te explico —le dijo Sophie iniciando el camino hacia el salón. Sin embargo, no pudo evitar lanzar una última mirada hacia su hermano y comprobar su reacción al tener a Marlene allí. Le pareció como si en verdad él quisiera acompañarla.

Luc sacudió la cabeza y trató de centrarse en la web del hotel a la que llegaban correos de confirmación de reservas para los próximos días. Preguntas sobre disponibilidad, precios, y demás cuestiones relacionadas con la ciudad o el clima.

—¿Cómo lo ves? —Sophie estaba de vuelta en recepción.

—Aquí comprobando algunas cosas.

—Me refiero a... —Sophie hizo un gesto con la cabeza hacia el salón donde había dejado a Marlene.

—No tengo nada que decir.

—Pues no es eso lo que dicen tus miraditas —le aseguró Sophie pasando detrás del mostrador y palmeando a Luc en la espalda.

—No seas como Vincent, por favor.

—Ah, no, no me compares con él, por favor. Eso sí que no.

—Por cierto, le he pedido que venga a cenar en Nochebuena.

Sophie resopló.

—Espero que no se ponga pesadito.

—Vincent te aprecia.

—Sí, ya te digo yo el aprecio que me tiene —le aseguró echando un vistazo a las llaves que había colgadas en el casillero.

—No seas tan dura con él. Además, está de paso.

—Sigue en París, ¿verdad?

—Sí, eso me ha dicho.

—¿Qué tal la comida con él? No te he preguntado, claro que conociendo a Vincent...

—De lo más normal. —Luc recordó que esta había ido bien hasta que Marlene entró en el salón de té para hacer lo mismo que ellos dos. Fue en ese momento en el que todo pareció cambiar—. Hasta que apareció ella —murmuró sin darse cuenta de lo cerca que estaba su hermana y de que podría haberlo escuchado.

—¿Quién llegó?

—Eh, ¿qué dices?

Luc quiso parecer distraído y que no la había escuchado dirigirse a él. Era tarde para darse cuenta de que había pensado en Marlene en voz alta y de que Sophie lo había oído.

—Acabas de decir que la comida con Vincent iba de lo más normal hasta que llegó ella. ¿Quién llegó? —Sophie se cruzó de brazos y se apoyó contra la recepción mirando a su hermano con inusitado interés.

Marlene agradeció la taza de chocolate caliente. Sentada cómodamente en un sillón, se recuperaba del frío que había pasado durante el corto paseo por la pequeña Venecia. Menos mal que no había seguido hasta el final, ya que creía que se habría quedado congelada. Sonrió a la pareja que se marchaba del salón, lo que la dejó casi sola. Había un par de huéspedes más en un rincón charlando y disfrutando de una taza de algo caliente. Marlene recorrió el salón con su mirada. No era un espacio grande pero sí acogedor, con cuatro mesas, ocho sillones y una chimenea cerrada que desprendía un calor que Marlene agradecía. Por supuesto la decoración navideña no faltaba; ya estaba pensando en el comedor que hasta entonces no había visitado. Seguro que también tenía el ambiente acogedor, familiar y propio de esas fechas. Estaba claro que, en aquella ciudad, los días previos a las Navidades se vivían a tope. Solo tenía que darse un pequeño paseo por esta para comprobarlo. Cogió su móvil para corroborar si tenía algún mensaje o algún correo. Podría consultar las redes sociales mientras se tomaba el chocolate, aunque estaba segura de que la gente se dedicaría a enviarse felicitaciones y videos de esos que deseaban mucha suerte y felicidad mientras durante el año te habían puesto a parir, se dijo con una sonrisa cargada de ironía. Como era de esperar, tenía otra llamada de Robert y varios wasaps.

—Qué pesado, por favor —murmuró pasando del tema. Tenía unas cuantas notificaciones de las redes sociales a las que se negaba entrar durante esos

días. De manera que su escrutinio de mensajes y correos le llevó dos minutos. Dejó el móvil sobre la mesa y se dedicó a quedarse con la mirada perdida en el vacío y la mente en blanco. Quería relajarse, olvidarse de todo por unos días e incluso de las fiestas, aunque hubiera terminado en una sucursal de Papá Noel. Esperaba que esa noche no la visitaran los espíritus ni nada por el estilo. Solo le faltaba eso. Se sentía, en cierto modo, como Scrooge, el personaje de *Cuento de Navidad*.

Estaba tan relajada que ni siquiera se dio cuenta de que Luc entraba en el salón. La contempló sin decirle nada. Prefería robarle ese momento de intimidad del que ella parecía estar disfrutando con la mirada perdida en el vacío. Memorizó el perfil de su rostro pese a que parte de su pelo lo ocultaba. Su nariz pequeña, sus labios sonrosados que, en ese instante, ella se humedecía, sus manos sujetando la taza para calentarlas, una pierna cruzada sobre la otra... Luc no pudo volver a preguntarse cuál sería su historia. Había escuchado retazos de la misma, nada más. El motivo por el que estaba allí. Sola. Decidió que ya le había robado el tiempo suficiente a su intimidad y avanzó hacia ella.

—¿Mejor?

Marlene se sobresaltó haciendo que la taza bailara en sus manos y estuviera a punto de caerse de no ser por la rapidez de los reflejos de él. No esperaba que nadie la interrumpiera en su relajación. Y menos él. ¿Qué hacía allí? ¿No tenía otra cosa mejor que hacer que ir a verla a ella? Por unos minutos, había conseguido relajarse y olvidarse de todo hasta la repentina aparición de Luc. Su presencia hizo que el pulso se le disparara del susto.

Marlene abrió los ojos como platos cuando la caricia de los dedos de él se hizo tan palpable. En un intento por evitar que la taza se le resbalara, Luc se había precipitado para cogerla sin ser consciente de que, en ese momento, su mano cubría la de ella.

Marlene centró su atención en esta antes de levantarla y fijarse en que Luc reía por la situación.

—Lo siento, no pretendía asustarte —le confesó cuando se hizo con la taza y la dejó, a continuación, en la mesa.

—No, tranquilo. Es que por un momento me olvidé de todo. Había conseguido relajarme a pesar del día que llevo.

—Solo quería saber cómo estabas. Te escuché decir antes a mi hermana que estabas con frío. Confío que entre el chocolate caliente y la chimenea lo hayan solucionado.

—Sí, he conseguido entrar en calor un poco. Gracias.

Luc sonrió. No podía evitarlo.

—¿Cómo te fue con el paseo por la pequeña Venecia? —le preguntó viéndola echar la cabeza hacia atrás y resoplar—. ¿Te importa si te hago compañía? La tarde está tranquila y no hay mucho que hacer a estas horas en las que la gente ha salido de trabajar y se adentra en los mercadillos.

—Por favor, siéntate. Estás en tu hotel —le dijo arqueando las cejas con expectación.

—Cierto, pero no quiero interrumpirte en lo que estuvieras haciendo. Aunque sea intentar relajarte.

—Nada —le aseguró ella contemplando el gesto de incredulidad en el rostro de él—. Me refiero a que no estaba haciendo nada en particular. Solo trataba de relajarme después del día que he tenido.

—Te entiendo. ¿No has tenido posibilidad de llegar a Estrasburgo? Aseguran que las carreteras...

—No —lo interrumpió antes de que él pudiera terminar de decir lo que ella ya sabía por Robert—. No tiene sentido presentarme mañana en el Parlamento cuando ya han conseguido una sustituta —le aseguró sacudiendo su mano en el aire.

—¿Trabajas en el Parlamento Europeo? —Había un toque de expectación, sorpresa o incluso admiración en la pregunta de él, y Marlene no lo pasó por alto.

—En el servicio de traducción e interpretación *freelance*. Me llaman

cuando necesitan cubrir una sustitución, o bien cuando son necesarios más intérpretes en función de la reunión que vaya a celebrarse.

—Imagino que es una ventaja tener padres de distintas nacionalidades. — Marlene frunció el ceño ante este comentario—. Lo pone en tu pasaporte. Tu doble nacionalidad.

—Sí, es una ventaja tener un padre de cada nacionalidad.

—Entonces, ¿piensas quedarte aquí hasta que te marches?

—Sí, creo que es la opción más acertada en estos momentos. No importa que la carretera hasta Estrasburgo esté abierta a primera hora de la mañana. No me marcharé de aquí hasta que tenga que coger el vuelo de regreso a Madrid —le aseguró cruzando una pierna sobre la otra y los brazos bajo sus pechos.

—Espero que lo pases bien aquí.

—¿En la sucursal de Papá Noel? —le preguntó con una chispa de ironía moviendo sus cejas hacia arriba y abajo con rapidez.

—Tienes razón. La ciudad se parece a una sucursal de la Navidad. Pero es solo durante estas fechas.

—Imagino. Pero es que ponéis osos de peluche en las ventanas. ¿No sois un poco frikis? —le preguntó entornando la mirada hacia Luc, quien reía una vez más ante aquel calificativo.

—Veo que has contemplado las fachadas de los edificios.

—Como para no hacerlo. Y he temido que uno de ellos se me viniera encima. En serio, es un poco empalagoso, ¿no crees? Y ese olor a mantequilla y a galletas por toda la ciudad. Apuesto a que uno engorda solo con olerlo.

—Los dulces de los mercadillos navideños. Pero ¿qué te sucede con la Navidad? No parece que te haga ilusión.

Marlene se mordisqueó el labio con gesto pensativo. Por un instante, pensó que disfrutaba de aquella charla y que se estaba relajando en su compañía. No le parecía mal del todo que estuviera sucediendo, pero encontrar a Luc atractivo e interesante... eso sí que no le parecía una buena idea.

—No me apasiona. La gente dice que te quiere, que te desea lo mejor y mucha felicidad y todo ese rollito.

—Pero... —Luc entornó la mirada hacia ella esperando a que le diera una explicación.

—Venga ya, ¿no irás a decirme que crees en la Navidad? Y en que todo es maravilloso...

Se inclinó en dirección a él llevada por el impulso de sus palabras sin ser consciente de que la distancia entre sus rostros se acotaba. Pero, en ese instante, a ninguno de los dos pareció importarle.

—Me doy cuenta de que a ti no te lo parece por cómo te refieres a ella.

—Todos nos deseamos lo mejor, pero en el fondo es una hipocresía —le aclaró asintiendo de manera clara y concisa—. Nos queremos y demás, pero no es verdad. Solo tengo que recordar algunas de las putadas que me han hecho en el trabajo. Y luego me vienen enviando felicitaciones y videos de Navidad de WhatsApp —le aclaró señalando su teléfono—. Apuesto a que sabes de lo que hablo.

Luc la escuchaba desahogarse ante él. Y la verdad era que no le importaba lo más mínimo que lo hiciera porque se daba cuenta de lo atrapado que estaba en ella. Su mirada chispeaba a cada momento llevada por las emociones que sentía al contárselo. Y cuando se quedó callada contemplándolo a la espera de su respuesta, Luc sintió el repentino deseo de apartarle el pelo que le cubría parte del rostro para tener una visión más nítida de este.

—Sé de lo que hablas.

—¿Lo ves? Seguro que a ti, en algún momento, te ha sucedido —le dijo entrecerrando sus ojos para contemplarlo gesticular.

—En cierto modo. Pero esas situaciones son gajes del oficio, de un momento determinado, pero que no quita que no pueda enviarte una felicitación. O desearte un feliz año. O hacerte un regalo. En el fondo, esa gente te quiere, se acuerda de ti. Estás resentida con alguien, seguro.

Marlene desvió la mirada por un segundo y emitió un gemido de decepción.

—Por eso no quiero que ahora, en estas fechas, vengan a darme palmaditas. Ni quiero que me hagan regalos —le dejó muy claro mirando a Luc de manera fija y deslizó el nudo que se le había formado en la garganta.

—Creo que deberías ver las Navidades con otros ojos.

—¿No irás a decirme ahora que soy como el viejo avaro del cuento? —Marlene arqueó una ceja con expectación por lo que él tuviera que decirle. Pero lo que no esperaba era que Luc se limitara a sonreírle una vez más y a hacer que su interior pareciera seguir cobrando vida.

—No te veo en el papel de Scrooge. Más bien creo que deberías disfrutar de estos días. Nada más.

—¿Con este frío? ¿Paseando sola hasta la pequeña Venecia? ¿Recorriendo los puestos de los mercadillos? ¿Bebiendo vino caliente? —bromeó ella siendo consciente de que nunca lo había hecho y que, tal vez, ahí radicara su rechazo a todo aquello. Quizás porque tampoco nadie se molestó en enseñárselo.

—Y comiendo un *bretzel*, no lo olvides. Oye, sé que te va a parecer una locura o un atrevimiento de mi parte, pero...

—Entonces no lo digas.

Luc se sintió cortado por la rapidez con la que ella había intervenido y la manera en la que se lo había asegurado.

Marlene comprendió que había sido demasiado impulsiva al ver el gesto que él había puesto.

—Sí, creo que...

—Disculpa, me he dejado llevar por el malhumor de este día y te he saltado con lo primero que me ha pasado por la cabeza. En serio, ¿qué querías decirme?

Luc dudó si debía hacerlo o no después de la manera en la que ella le había cortado el rollo. Pero cuando percibió la mirada fija en él esperando a que se decidiera, Luc pensó que no pasaría nada.

—Quería proponerte que me dejaras enseñarte la ciudad y que disfrutaras

de la Navidad estos días. Verás cómo no es lo que tú crees.

—¿Hablas en serio? —Marlene frunció el ceño y sacudió la cabeza sin poder creer que él se estuviera ofreciendo a ello. Por un momento, no pensó en si sería una buena idea o no pasar tiempo juntos—. Pero tú tienes que trabajar.

—Aprovecharemos mis horas libres. Además, tampoco disponemos de mucho tiempo, puesto que en unos días tú te marchas. El resto del día puedes hacer lo que te plazca.

—¿Y por qué querrías tomarte esa molestia conmigo? —Marlene entrecerró sus ojos de nuevo y sonrió en un claro gesto de suspicacia.

—Porque has comenzado con mal pie tu estancia en Colmar y porque creo que podrías disfrutar de su ambiente navideño.

Marlene se reclinó hacia atrás en el sillón sin perderle la mirada a él y pensando en lo que aquello podría significar. No estaba convencida del todo porque tampoco tenía el ánimo para muchos paseos turísticos en su compañía. Aunque, por otra parte, podría distraerse y no pensar en el trabajo ni en Robert.

—De acuerdo.

Luc asintió con alivio.

—En ese caso, podemos empezar ahora mismo.

—¿Ya? —Marlene volvió a sobresaltarse y a sentir que el pulso se le aceleraba. No pensaba que fuera a suceder otra vez. Pensar en recorrer la ciudad con él a solas en ese preciso instante la había pillado con la guardia baja. Quiso decir algo más, pero la situación o la impresión que le había causado la propuesta de él se lo impidieron.

—Si tú quieres. Y podemos aprovechar para comer algo en los mercadillos antes de que estos cierren. Pero si no te apetece, no pasa nada. Podemos empezar mañana.

Marlene no sabía qué diablos decir ante aquella improvisada invitación.

—Sí, bueno, si me dejas que suba un momento a la habitación para cambiarme el calzado —le dijo sintiendo un miedo extraño en todo su cuerpo.

Necesitaba unos minutos a solas para recapacitar sobre lo que estaba haciendo.

—Te estaré esperando aquí abajo.

Marlene asintió sin capacidad de reacción. Acababa de aceptar la invitación de él para salir a recorrer la ciudad. ¿Tal vez se hubiera precipitado a la hora de aceptarla? Pero ¿qué podía suceder? Y, además, visto por otro lado, solo disponía de tres días para ver la ciudad, ya que ese prácticamente se había esfumado entre viajes y demás. Debería cambiar su perspectiva. Asintió convencida de que, después de todo, era una buena opción que le serviría para despejarse y dejar atrás el mal rollo de todo aquel día.

—De acuerdo.

Luc la vio caminar escaleras arriba mientras él lo hacía hacia la recepción donde, en ese momento, Sophie lo miraba con cara de incredulidad y sorpresa.

—¿Se puede saber a qué viene esa cara?

—Viene a que si no he escuchado mal, has quedado con *ella* —dijo con la mirada levantada hacia lo alto de las escaleras por donde había pasado Marlene segundos atrás.

Luc se metió las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros y comenzó a balancearse.

—Solo le he preguntado si le apetecía dar una vuelta por la ciudad. Para que compruebe que el ambiente navideño de esta no va a matarla —le aclaró sonriendo—. A ver, esta chica es la típica a la que no le hacen gracia las Navidades.

—¿Te lo ha dicho?

—Sí. Para ella son días en los que la gente se muestra amable porque le interesa.

—No va mal encaminada —apuntó Sophie enarcando sus cejas.

—Cree que esa misma gente, que te desea unas felices fiestas, antes te ha estado dando por saco todo el año. Que no entiende el sentido de enviar felicitaciones de suerte y prosperidad para el Año Nuevo. ¿Comprendes ahora

lo que quiero hacerle ver?

—Sí, pero no te compliques la vida. Recuerda que se marchará en cuanto pase el día de Navidad.

—No tengo ninguna intención de hacerlo —le dejó claro señalando el mostrador de recepción con su dedo—. Clarísimo.

Marlene permanecía con las manos apoyadas sobre el radiador situado bajo la ventana. El calor que desprendía este parecía recorrer sus brazos, lo que la reconfortaba. Tenía la mirada fija en el cristal a través del que observaba caer la tarde sobre la ciudad, la gente caminando, el gentío que se formaba en los diversos puestos del mercadillo navideño... No había hecho otra cosa desde que subió a la habitación. Se había quedado en blanco allí junto a la ventana. La verdad era que la ciudad era el marco incomparable para dar un paseo y dejar que él la llevara por los más diversos rincones de la ciudad. Pero todo esto era precisamente lo que iba evitando. La Navidad no era para ella algo especial. Eran días como otros más. Había agradecido que Robert la llamara para pedirle que acudiera a Estrasburgo a trabajar. No lo había dudado ni un segundo. Pero antes de entrever lo que él buscaba, verla y tal vez reanudarlo donde lo dejaron. Tal vez el destino había hecho que se quedara atrapada en Villa Noel, como se podría calificar a aquel lugar, por algún motivo que todavía desconocía. Suspiró resignada ante aquella situación. Quizás le convendría relajarse después de todo y tratar de disfrutar esos días. No podía hacer nada hasta el día de su regreso; eso si no volvía a sucederle algo parecido a aquello. Solo esperaba no tener que pasar el fin de año allí también.

De manera que lanzó una mirada a su imagen en el espejo del armario y, tras hacer un mohín con sus labios, decidió cambiarse. Escogió el jersey de lana que había metido pensando en el frío. Bastante había pasado hasta ese momento por ir con una camisa y una camiseta de manga corta debajo. Se

colocó el pelo lo mejor que pudo, ya que con la humedad se le quedaba algo apelmazado. No hacía falta retocar nada más, se dijo echando una última mirada a su imagen en el espejo.

Salió de la habitación y comenzó a bajar las escaleras sintiendo retumbar su corazón a cada paso. Los nervios parecían haberse apoderado de ella. Todavía estaba a tiempo de echarse atrás, se dijo. Podía poner cualquier excusa, pero... Cuando él se giró hacia ella, Marlene se dio cuenta de que las disculpas no tenían cabida. La temperatura de su cuerpo subió de inmediato, algo que ella achacó al jersey que llevaba y a que el vestíbulo estaba bastante caldeado por la calefacción. No tenía nada que ver con la manera de mirarla de él.

Luc se había vuelto hacia la escalera cuando escuchó el sonido de pasos sobre los escalones. No esperaba encontrarse con ella o, mejor dicho, con esa nueva versión de ella. Se había cambiado la camisa por un jersey de lana azul marino que le favorecía y contrastaba con su tez pálida.

Marlene se detuvo delante de él y Luc se preguntó si había sido una buena idea invitarla. Y más si pensaba en todos los comentarios que tanto Vincent como Sophie le habían hecho al respecto de Marlene. Pero ya era tarde para cancelarla.

—Veo que te has abrigado más. Sin duda que el frío y la humedad te han intimidado.

—No estoy dispuesta a regresar hecho un carámbano.

—No te preocupes, no lo permitiré. Regresaremos pronto. —Luc se volvió hacia la recepción, donde permanecía su hermana con un gesto muy significativo sobre la invitación de su hermano a Marlene—. Si necesitas algo, sabes que puedes llamarme y vendré.

—Descuida, todo está bajo control. A estas horas, la gente comienza a recogerse y no creo que se produzcan nuevas entradas.

—La llave —dijo Marlene pasando al lado de Luc, lo que hizo que sus cuerpos no solo no se encontraran, sino que permanecieran pegados el uno con

el otro. Levantó la mirada y encontró la de Luc, que parecía perdido en la de ella.

—¿Nos vamos?

—Cuando quieras —respondió Marlene metiendo las manos en los bolsillos de su anorak.

Luc se despidió de su hermana mientras Sophie sonreía y le guiñaba un ojo en complicidad. Pero este sacudió la cabeza para desechar cualquier interpretación que tuviera que ver con algo que no fuera un paseo con Marlene, sin dobles intenciones.

—Espero no hacerte pasar más frío del que traías esta tarde. No obstante, cuando desees, podemos volvernos al hotel.

—De momento se aguanta bien. He tomado mis precauciones.

—Te lo digo porque para ver la Navidad en la ciudad hay que pasar algunas horas en la calle.

—Y contemplar los edificios iluminados, ¿no?

—Dime, ¿sacaste muchas fotos a la pequeña Venecia o no te dio tiempo debido al frío?

Luc caminaba a su lado y dejaba el espacio justo para que Marlene pudiera moverse con naturalidad. No quería pegarse a ella ni atosigarla para que no pensara que él buscaba algo de ella.

Marlene frunció los labios y sacudió la cabeza.

—Hacía demasiado frío y había mucha gente, como os dije a ti y a la pareja que llegó cuando yo —se excusó ella para que él no insistiera.

—Si quieres, podemos pasarnos ahora.

—No, no importa. Puedo hacerme una idea de lo que me espera —le aseguró arqueando sus cejas y abriendo los ojos con expectación.

—¿Por qué ese rechazo a la Navidad? ¿De verdad todo esto te parece empalagoso? Bueno, tal vez el olor a galletas lo sea.

—No es una época del año que me apasione, ya te lo dije.

—Pero supongo que cuando eras una niña, esperarías con ansia estos días.

Las vacaciones escolares, la expectación por los regalos la mañana de Navidad, los villancicos... —Luc entornó la mirada hacia ella esperando que, al menos, en ese punto le diera la razón.

—La verdad es que podría decirte que así era.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

—Tal vez descubrir que todo ese mundo no era real. Que Papá Noel no existía, salvo en la ilusión de los niños, hasta que crecen.

—¿Perdiste la ilusión por la Navidad cuando descubriste la verdad de lo que era? Pero ¿qué me dices de todo esto? —le preguntó señalando los puestos del mercadillo por el que caminaban.

—Puestos de venta. Algo material. Consumo.

—Oh, por favor. ¿Cómo puedo hacerte cambiar de opinión? —Luc se plantó delante de ella con los brazos cruzados y mirándola en busca de una respuesta. ¿Qué le sucedía a ella? ¿Por qué había perdido la ilusión?

—¿En serio pretendes demostrarme lo contrario? —le preguntó arqueando su ceja con suspicacia mientras lo contemplaba asentir.

—¿Qué puedo perder? Ven, anda, tomemos una taza de vino caliente con especias para empezar. —Luc se acercó al puesto mientras Marlene permanecía callada a su lado, observándolo—. Ten. No sé si lo has probado en alguna ocasión.

—He oído hablar de él. Pero, como comprenderás, no he sentido la tentación de probarlo. Que conste que lo hago por no hacerte un feo —le aseguró levantando un dedo en señal de advertencia.

—Si eso te hace sentir mejor... —Luc se encogió de hombros mirándola llevarse el vaso a los labios y mojarlos con el vino.

Marlene no supo explicar a qué se debía aquella repentina ola de calor; si al sorbito de vino caliente con sabor a especias y canela, o la mirada y la cercanía de Luc. Pero, fuera lo que fuera, su cuerpo se lo agradeció.

—No está mal. Un sabor dulce.

—Me alegro que te guste. Por un momento, temí que lo dejaras.

—Ni hablar. Ya te he dicho que lo tomaría por la molestia que te estás tomando.

Luc no pudo evitar sonreír una vez más.

—Deberíamos comer algo. ¿Dulce o salado?

—Soy más de salado.

—Ahora entiendo que no te haga gracia el olor a mantequilla, a galletas y a azúcar.

—Admite que acaba siendo empalagoso si todos los días estás rodeado por esos olores. Se te acaba pegando a la ropa —razonó Marlene volviendo el rostro hacia él por un momento. No sabría explicar qué había sucedido con sus temores, sus nervios a estar ellos solos. De una manera imperceptible, todos esos se habían esfumado. Y solo podía encontrar una explicación para ello: la naturalidad de Luc. La sencillez y la calidez que desprendía en cada uno de sus gestos con ella.

—Te acostumbras. ¿Qué prefieres comer? —Luc se detuvo ante otra caseta de madera para que fuera ella la que escogiera lo que más le gustaba.

—Un *panini* de queso, atún y tomate.

—Dos.

—Debería pagar algo —le dijo apoyando su mano en el antebrazo de él antes de que sacara su cartera del bolsillo.

—Ha sido idea mía salir para que vieras la Navidad en la ciudad. De manera que estás invitada. Ya me pagarás el día que te marches —le recordó entregándole su *panini* recién salido del *grill* en el que la mujer del puesto lo había calentado.

Marlene se vio abrumada de repente. No contaba con aquel gesto de Luc de pagarle todo lo que tomara o comiera. Se vio con un vaso de vino caliente en una mano y un *panini* en la otra, y Luc mirándola con aquella calidez que ella empezaba a sentir cada vez de manera más acusada.

—Deja que te coja el vaso para que puedas comerlo a gusto —le dijo apoyando el suyo sobre el saliente de la caseta y que servía de barra

improvisada. La observó en silencio mientras ella daba bocados a su porción de *panini*.

Marlene se sintió el centro de atención en ese momento. Luc se limitaba a contemplarla solamente. No comía ni bebía. Tan solo tenía ojos para ella. Y esto la ponía nerviosa.

—¿No tienes hambre? Lo pregunto porque llevas mirándome un buen rato sin dar un bocado.

—Oh, disculpa. Estaba pensando que tal vez logre que veas las Navidades con otros ojos.

—Vale, pero no me gusta ser el centro de atención mientras como.

—¿Te pones nerviosa?

—No exactamente, pero me no me siento a gusto —aclaró entrecerrando sus ojos y sacudiendo la cabeza.

Luc se dio cuenta de que tal vez había sido demasiado directo al quedarse contemplándola.

—Y, por cierto, no estés tan seguro de que mi perspectiva de la Navidad pueda cambiar porque me compraste un vaso de vino caliente y un *panini* —le dejó claro empleando un tono sarcástico acompañado de un movimiento de cejas muy expresivo.

—Lo tendré en cuenta. Creo que cada uno debe tener su propia perspectiva. Tú prefieres trabajar a descansar y celebrarlas. Cosa que no comparto, pero respeto.

—Para mí son días como otros cualesquiera. No cambia nada.

—La atmósfera que se respira. El ambiente que te rodea.

—Olor a galletas de mantequilla y azúcar, ya te lo he dicho —sonrió ella mientras se sentía cada vez más relajada en compañía de él, pero no se lo diría. Le parecía un tipo legal, que no pretendía ser alguien que no era—. Por cierto, no soy la única que prefiere trabajar. —Marlene lo miró con toda intención y, al hacerlo, se preguntó si no estaba siendo muy directa también.

—Es lo que tiene llevar un hotel. Y más en estos días.

—Luego ya somos dos de las muchas personas que trabajan en estos días.

—Oh, pero yo celebro la Navidad. Me gustan estos días.

—Ya lo noto.

—Intentaré contagiarte algo de esa ilusión los días que estés aquí.

—No creo que lo consigas. Soy dura de pelar. —Sin darse cuenta, ella se había acercado a él rozando su brazo mientras levantaba la mirada hacia su rostro. Por un instante, sintió el vuelco en el pecho, algo con lo que no contaba. Pero la complicidad entre ellos comenzaba a surgir sin pretenderlo. Y cuando sintió el pulgar de él rozarle la comisura de los labios, el temblor se adueñó de ella. Por un momento, ambos se quedaron mirándose de manera fija sin saber qué decir o qué hacer. Marlene se humedeció los labios de manera imperceptible temiendo que él cometiera la tremenda estupidez de besarla.

—Tenías tomate —le dijo para aclarar el motivo de su leve caricia.

Luc hubiera preferido rozarle los labios, pero esa idea quedó desechada de inmediato.

Marlene sintió arder su rostro. No habría imaginado aquel gesto por parte de él. Apretó los labios y desvió la mirada de la suya.

—Dime, ¿por qué un hotel?

Marlene cambió el tema de la conversación con el fin de distraerse. Comenzó a caminar con Luc a su lado, observando los distintos puestos del mercadillo un poco para disimular y no mirarlo a él.

—Pertenece a mi familia desde hace muchos años. Así que fue sencillo decantarme por ello.

—¿Toda tu familia trabajáis en este? Ya sé que la otra chica es tu hermana —le comentó y vio cómo él fruncía el ceño—. Me lo dijo ella misma.

—Sophie se ocupa de la recepción más tiempo que yo. Mi padre pasa de vez en cuando a echar un vistazo, pese a que lo dejó hace dos años ya. Y mi madre se encarga del comedor junto con un par de empleados.

—De manera que celebráis la Navidad en plan familiar.

—Sí. Bueno, tampoco es nada del otro mundo. Nos reunimos a cenar en

Nochebuena y a comer en Navidad. Invitamos a todos los huéspedes que quieran unirse por si están solos y se animan. Por ese motivo, te hice la invitación. —Luc se inclinó de más hacia el rostro de ella y hubo de frenar en el último momento porque llegó a creer que acabaría echándose encima de ella.

Marlene se mordisqueó el labio. La cercanía de Luc le parecía agradable. Hacía un instante creía que la besaría, pero al final no había sido así. ¿Sería conveniente pasar la Nochebuena y el día de Navidad cenando con él y su familia? Era cierto que ella estaba sola y todo lo demás, y que no le haría daño pasar esa noche en compañía. Hacía demasiado tiempo que no disfrutaba de una Nochebuena. Sus padres casi nunca estaban debido a sus trabajos. Siempre viajando para reunirse con clientes, incluidas las Navidades. Hasta que, en uno de esos viajes, esos días dejaron de tener valor para ella. Ese era el otro motivo por el que ella no quería saber nada de esos días.

—Bueno, no quiero ser pesado ni nada por el estilo si tienes otros planes. No sé. ¿Tu familia tal vez?

Marlene se quedó callada al escucharlo preguntar por esta. Inspiró hondo con todas sus fuerzas, reteniendo las lágrimas, y sonrió.

—Creo que aceptaré para que no insistas más.

Luc se detuvo frente a ella y su boca se fue curvando de manera lenta hasta que la sonrisa bailó en esta. Sin embargo, no se le pasó por alto que ella no hubiera hecho referencia a su propia familia. Y que su mirada se hubiera vuelto más brillante de repente. Este gesto le hizo pensar a Luc que tal vez ella no tuviera una, o que no quisiera saber de esta. Pero no insistió para no ponerla en un aprieto.

—Es otro paso.

—Solo para que no insistas. Que quede claro.

—Como tú digas —Luc asintió riendo por lo bajo. Podría llegar a convencerla de que esos días eran especiales aun a costa de acabar sintiendo algo especial por ella.

Marlene ahogó la sonrisa en sus labios porque no quería mostrarse efusiva. Ni quería que él pensara que la estaba convenciendo. Se tomaría aquellos días como unas minivacaciones. Nada más.

Siguieron caminando por las más diversas calles de la ciudad. Recorrieron el resto de mercadillos navideños en los que Marlene terminaba por detenerse y observar los detalles en estos. Luc la contemplaba desde cierta distancia en esas ocasiones porque le gustaba espiarla en silencio, cuando ella no se percataba de este hecho. Por momentos, creyó ver cómo se le iluminaba el rostro contemplando las bolas de cristal pintadas a mano, las coronas hechas con ramas de pino y demás adornos. En una ocasión, se situó detrás de ella sin que lo supiera. Permaneció en silencio tratando de centrarse en algo que no fuera el aroma que desprendía su pelo, el perfume impregnado en su ropa. El mero hecho de tenerla tan cerca de él. Introdujo sus manos en los bolsillos del abrigo sujetando en estos el deseo de volverla hacia él solo para poderla contemplar durante un breve momento.

Marlene permanecía ensimismada observando los diversos adornos navideños que se exhibían en las casetas. Sintió fascinación por algunos de ellos y dejó escapar una tímida sonrisa que borró de inmediato. Experimentaba una agradable sensación con la presencia de Luc a su lado en todo momento, su calidez en la mirada y en cada uno de sus gestos que convertían aquella situación en algo de lo que después se arrepentiría.

—¿Vives también en el hotel? —le preguntó camino del mismo después de haber pasado unas horas juntos, hasta que todos los puestos comenzaron a cerrar y la gente desfilaba a sus casas. Por algún extraño motivo, ambos habían reducido sus pasos como si no quisieran llegar a su destino.

—No. Solo trabajo, aunque hay una habitación que nunca se alquila. No, yo vivo en otra parte de la ciudad.

—¿Y adornas la fachada? —Marlene entornó la mirada con expectación por escuchar su respuesta.

—Te noto algo irónica.

—A las pruebas me remito. Aquí las casas se adornan por fuera. No quiero ni pensar lo que será pasar al interior —ironizó ella arqueando sus cejas con sorpresa y girando sobre ella misma para justificar su respuesta.

—Vale, ya lo capto. No, no mucho. Lo justo. Aquí es costumbre. Supongo que tú ni siquiera tendrás un árbol en la tuya.

—Supones bien. Ocupan demasiado sitio y lleva su tiempo adornarlo. Total, para después tenerlo que guardar... Es una pérdida de tiempo. Créeme. Tengo que estar cada dos por tres con la maleta en la puerta por mi trabajo.

—Entiendo. ¿Vas mucho a Estrasburgo?

—No. Solo unas pocas veces al año. Casi todo el tiempo lo paso en Madrid. Solo vengo cuando me necesitan. Soy una traductora externa, no de plantilla, como te comenté antes.

—Sí, me dijiste que eras una *freelance*.

—Sí. Por ese motivo, me llamaron para venir estos días. Ser *freelance* te permite disponer de más tiempo y de elegir los trabajos.

—Pero también es un poco coñazo porque tal día, como hoy... Ah, bueno, olvidaba que no te importa trabajar en estos días —ironizó Luc sonriendo con malicia y se detuvo frente a ella una última vez. Sabía que en cuanto llegaran al hotel, no la volvería a tener tan cerca como para que el vaho de su aliento se mezclara con el de ella. Tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

—Te gusta recordármelo, ¿eh? Piensa que, de esta manera, no tienes que pensar en regalos, felicitaciones y todo ese trajín de estos días. No celebrando la Navidad, porque estás fuera por trabajo, te ahorra tiempo y disgustos. No hay nada malo por trabajar estos días, ya lo hemos hablado.

—Eres muy práctica, ¿eh? Lo digo por lo que acabas de decir sobre el tiempo que empleamos en comprar regalos.

Marlene se encogió de hombros sin darle la mayor importancia.

—Reconoce que estos días son días de consumo. Comprar y comprar y más comprar. La gente engorda estos días a la misma velocidad que adelgaza su cuenta corriente —le resumió palmeándolo en el brazo, lo que hizo que su

mano quedara sobre este más tiempo del que ella hubiera pensado.

Se quedaron en silencio mirándose de manera fija. Marlene no tenía más que decir y creía que él estaba recapacitando sobre su último comentario y que la rebatiría en cualquier momento. Pero lo que no podía imaginar era que Luc deseaba que ella no apartara la mano de su brazo; que no se alejara esa noche porque sin duda que estaba siendo especial. Hacía tiempo que no se lo pasaba tan bien. La estupidez de quererla besar volvió a asaltarlo. De acuerdo que era atractiva, tenía una chispa irónica que le gustaba, pero también poseía una calidez en su mirada que lo traía de cabeza. Durante la noche, la había percibido y se había preguntado cuál era el motivo de que en ella existieran dos mujeres completamente diferentes. La que todos veían era fría, despegada y odiaba las Navidades. Pero la que él había percibido esa tarde, en ciertos momentos, le decía lo contrario.

—Bien, es tarde y no quiero robarte más tiempo. De manera que entremos.

—Luc empujó la puerta del hotel.

Marlene asintió con una mezcla de agradecimiento por su gesto, pero de cierta desilusión en su interior.

—Buenas noches, Marc —saludó Luc al quedar frente a la recepción—. Ya le doy yo la llave.

Marlene lo contempló pasar por detrás del mostrador para cogerla del casillero. Se la entregó y permitió que sus dedos volvieran a rozarse, solo que, esta vez, Luc sí buscó el contacto. Una última caricia antes de despedirse.

—Gracias por el paseo —le dijo ella contrariada en su interior por lo que estaba sucediendo.

—A ti por haberme aguantado. Te apunto entonces para la cena de Nochebuena y la comida de Navidad —le recordó él queriendo asegurarse de que ella asistiría a ambas.

—Sí.

—Bien, pues quedas anotada —le dijo garabateando el número de su habitación en la lista de comensales. Luc no quería que ella se fuera todavía,

quería seguir charlando, pero entendía que aquello no podía ir más lejos—. Si necesitas algo...

Marlene sacudió la cabeza.

—No, buenas noches. —Se volvió hacia las escaleras y desapareció mientras Luc apretaba los labios y sacudía la cabeza pensando en ella.

Era mejor que subiera a su habitación antes de que él dijera una estupidez.

Para tratar de no pensar en ella, se volvió hacia Marc, quien leía sentado tras el mostrador de recepción.

—¿Alguna novedad?

—Todo tranquilo, Luc. Y tú, ¿qué tal? No sabía que habías quedado con ella.

—Me ofrecí a enseñarle la ciudad. —Luc se encogió de hombros sin darle la mayor importancia.

—Voy a por un café. ¿Te traigo algo?

—No.

Luc le daba vueltas en su cabeza a que acababan de conocerse, pero entre ellos parecía estar surgiendo cierta afinidad. Nada importante, porque no tenía razón de ser pensar en ello.

Marlene cerró despacio la puerta de la habitación. Se quedó apoyada con la espalda contra esta, tratando de comprender qué le había sucedido. ¿Por qué no le hubiera importado lo más mínimo pasar más tiempo en compañía de Luc? Tal vez porque él había conseguido que se olvidara del cabreo que había experimentado durante gran parte del día. Porque había creado un ambiente relajado y casual que la había envuelto sin que ella lo evitara. La mujer fría, dedicada al trabajo y que aborrecía estas fechas del calendario, había escuchado un pequeño crujido semejante al hielo al partirse en su interior en algún momento. Se dirigió a la ventana para correr las cortinas no sin antes percatarse de que la calle estaba casi desierta, salvo por algunos rezagados que procedían del mercadillo. Permaneció quieta junto a esta mientras su respiración y su aliento empañaban el cristal y ella contemplaba a Luc caminar

en la misma dirección de la que habían venido. Se iría a casa, dedujo siguiéndolo con su mirada hasta que desapareció de su campo de visión. Entonces cerró los ojos y apoyó la frente sobre el cristal durante unos segundos en los que, a pesar del frío que este desprendía, el rostro de Luc desfiló por su mente y no la abandonó ni siquiera cuando consiguió dormirse entrada la madrugada.

Capítulo 4

Marlene se levantó como si fuera una zombi. No había conseguido pegar ojo y eso que el día anterior había sido intenso con el viaje y todo lo demás. Pero, a pesar del cansancio que arrastraba, no había sido capaz de dormir de manera profunda, sino más a bien a cabezadas. Y, cada vez que despertaba, se quedaba con la mirada fija en el techo de la habitación. Esperaba que un café y un buen desayuno le bastaran para sentirse como nueva.

Después de una ducha que esperó que la terminara de despejar, se vistió y dejó la habitación en busca de una buena dosis de cafeína. Descendió las escaleras y, tras lanzar una mirada hacia la recepción para ver si Luc estaba allí, se sintió algo decepcionada cuando descubrió que no era él quien atendía el teléfono. De manera que abrió la puerta que conducía al pequeño patio y una corriente de aire gélido la obligó a poco menos que correr a refugiarse en el interior del comedor. Este era pequeño pero acogedor. Por supuesto contaba con una batería de adornos navideños por todas partes, pero que no le afectaron. Y menos a esas alturas. Eran algo a lo que ella ya se estaba más que acostumbrando. Se quedó pensativa buscando una mesa libre en la que sentarse cuando al volverse, chocó con alguien.

—Disculpa... —Marlene levantó la mirada encontrando el rostro de Luc; su mirada de desconcierto, tal vez por haberse chocado con ella, y su inmediata sonrisa. Esa que a Marlene parecía hacerla entrar en un calor relajante.

—Buenos días. Iba pensando en recoger cuanto antes esa mesa para que

estuviera disponible. No te he visto. Ven, siéntate —le indicó descendiendo junto a él un pequeño tramo de escaleras. El comedor tenía dos pisos: el superior contenía, aparte de varias mesas, todo lo necesario para desayunar. Y el inferior daba a la parte trasera del hotel, a una calle por la que la gente transitaba desde temprano.

Ella se quedó de pie contemplando a Luc retirar los restos del desayuno de otros huéspedes. Se sentía algo cohibida observándolo de manera detenida, sin echarle una mano. Por eso mismo, desvió su atención hacia la ventana.

Luc desplegó al momento un mantel y colocó una taza con su plato y cubiertos.

—Tienes todo lo que necesitas en la alacena. Si no encuentras algo, me lo dices. O si prefieres alguna otra cosa. ¿Eres alérgica a algo?

—No, que yo sepa.

—¿Qué tal dormiste?

—Creo que, de lo cansada que estaba ayer, no he logrado descansar como merecía —le respondió esbozando una media sonrisa llena de ironía.

En ese momento fue él quien se quedó contemplándola como si sintiera deseos de quedarse a su lado. Marlene acusó en su estómago su manera de mirarla, sonrió y se colocó el pelo tras la oreja antes de ir en busca de un café que la despejara.

Durante el tiempo que ella pasó en el comedor, ninguno de los dos pudo abstraerse al juego de miradas directas e indirectas. Daba la impresión de que ambos se buscaban entre las idas y venidas de los huéspedes y cuando coincidían se limitaban a sonreír o a intercambiar algún gesto que Marlene comenzaba a interpretar como de mucha confianza. Vale que el día anterior él se hubiera mostrado atento ante su situación; que él se ofreciera a enseñarle Colmar de noche y que pasaran tiempo en los mercadillos navideños, pero... Se quedó pensativa mirando a la calle con la taza en las manos.

—¿Necesitas algo más?

Marlene se sobresaltó al escuchar la voz de él tan cerca. Estaba tan

ensimismada en sus pensamientos y en su intento por no pensar en él que escucharlo hizo que estuviera a punto de dejar caer su taza. Sintió su corazón latir más y más deprisa tratando de controlarse.

—Te he asustado.

—Estaba pensando en que, a estas horas, debería estar en el Parlamento Europeo disponiéndome a entrar en mi cabina. Y, sin embargo, estoy tomándome mi desayuno con calma en un pequeño hotel en Colmar —le resumió mirándolo por un instante.

—¿Desearías estar allí en este momento? —la pregunta de él vino precedida de una mirada interrogante.

Marlene pareció tener dificultades para responderle. Por primera vez no sentía la necesidad de hacerlo de manera rápida y aludir a su trabajo. Se quedó callada con la mirada perdida en el vacío durante unos segundos.

—La verdad, no sabría qué decirte. Aunque ayer te debí parecer una loca por la manera en la que me comporté —comenzó diciendo mientras observaba a Luc sacudir la cabeza y fruncir sus labios—, hoy lo cierto es que tal vez hasta haya agradecido que la nieve no permitiera al tren llegar a Estrasburgo.

—Vaya cambio, ¿no? Te dije que probablemente todo estaría solucionado y que podrías llegar a Estrasburgo esta mañana.

—Sí, pero no he sentido la necesidad de salir corriendo para hacerlo. Además, no estaba segura de querer ir. —Marlene arqueó las cejas y se mordisqueó el labio.

—¿Era muy importante para ti estar hoy en el Parlamento?

Marlene cogió aire y lo soltó de manera lenta y calculada.

—Ayer lo era. Pero a medida que pasaban las horas, me fui dando cuenta de que no se podía hacer nada y que lo mejor era tomarse las cosas como venían. Tampoco era cuestión de alquilar un coche y largarme tal y como estaban las carreteras. Tal vez el destino quería que me detuviera aquí.

—No te lo hubiera permitido —le aseguró él con determinación, lo que dejó a Marlene con el esperado gesto de asombro e incompreensión—. No era

una noche para viajar. Y sí, tienes razón en lo del destino.

Luc se apartó de la mesa para proseguir recogiendo las demás. Marlene lo siguió con la mirada por unos segundos hasta que su móvil comenzó a vibrar. Se había quedado sin capacidad de respuesta cuando le escuchó decirle que no le habría permitido irse en un coche la noche pasada. El tono de su móvil siguió sonando y ella reaccionó antes de que todo el comedor se la quedara mirando. Era Robert. ¿Qué narices quería entonces?, se preguntó malhumorada. ¿No le había quedado claro que no iba a ir? Y menos a esas horas. A ella le había sentado mal que la llamara en ese preciso momento.

—¿Qué quieres, Robert? —El malhumor quedó impreso en el tono de su pregunta.

—*Vaya, te noto algo irascible. ¿Has dormido mal?*

—Lo cierto es que casi no he descansado. Ayer tuve demasiados sobresaltos. Dime. —Marlene descansó la frente sobre la palma de su mano.

—*Saber si te habías decidido a venir a Estrasburgo. He escuchado a la gente hablar sobre el estado de las carreteras, y de que ayer, a la noche, ya se podía circular. Y lo mismo para los trenes esta mañana.*

—No, no he ido.

—*¿Sigues en Colmar, entonces?*

—Sí, ya te lo dije ayer. No es de recibo que vaya a Estrasburgo si ya no me necesitáis en el Parlamento.

—*Ya, pero esperaba verte. Creía que ahora, que ya se puede viajar, vendrías después de todo.*

—No, no voy a moverme de aquí. No me gustaría que me volviera a suceder lo de ayer y que perdiera el vuelo a Madrid.

—*Te podría acercar yo. ¿Pasarás la Nochebuena y la Navidad sola?*

En ese momento, Marlene desvió la mirada hacia el centro del comedor. Descubrió que Luc la estaba contemplando una vez más. Ella se mordisqueó el labio y sacudió la cabeza antes de responder a Robert.

—No te preocupes. La pasaré con la gente del hotel.

—*¿Con la gente del hotel?* —repitió Robert alarmado por esa decisión—. *Pero si ni siquiera la conoces. Y, además, ¿cómo va a...?*

—Me he apuntado a la cena de Nochebuena que organizan para los huéspedes que quieran. Ah, y a la comida de Navidad —se apresuró a decir antes de que Robert emitiera alguna protesta.

—*Pensaba que pasaríamos juntos esos dos días. Si no puedes desplazarte aquí, iré yo al hotel.*

—No hace falta, así que no andes viniendo.

—*Oye, tengo que dejarte. Ya hablamos más tarde.*

—Como quieras, pero no voy a cambiar de opinión. —Marlene cortó la llamada y dejó el teléfono sobre la mesa. Siguió desayunando en silencio dándole vuelta en su cabeza a la conversación con Robert. Decidió que no merecía la pena dedicarle más tiempo, de manera que terminó su café y se levantó de la mesa con la sola idea de hablar con Luc.

—¿Te marchas?

—Sí. ¿Me apuntaste para la cena de Nochebuena y la comida de Navidad? —le preguntó, para asegurarse de este hecho, contemplando cómo el rostro de él parecía iluminarse con una sonrisa que alarmó a Marlene.

—Sí, lo dejamos hecho anoche cuando llegamos. Quédate tranquila que no te dejaría sin un asiento. Por cierto, ¿qué vas a hacer esta mañana? —le preguntó, lo que la pilló desprevenida una vez más.

Ella no supo qué decirle. Todavía pensaba en la cena de Nochebuena y en Navidad.

—Pues recorrer la ciudad de día. ¿Hay algo más que pueda hacerse? Supongo que visitar algún museo... Tomarme un café a media mañana... Comprar algo...

—Te propongo algo mejor.

Marlene entrecerró los ojos mirando a Luc con inusitado interés. Podía esperarse cualquier cosa de él.

—Me estás dando miedo.

—No es esa mi intención. De verdad —le aseguró contemplándola abrir los ojos como platos y haciendo un gesto de no estar segura de ello.

—Está bien. ¿Qué me propones?

—Pasar el día lejos de Colmar. Tomar un autobús que nos lleve a uno de los pueblos más pintorescos que hay cerca de aquí.

Marlene abrió la boca para darle su opinión, pero al momento se quedó sin palabras. Sacudió la cabeza y logró controlar sus, ya de por sí, excitadas pulsaciones.

—¿Has dicho que *nos* lleve? ¿Te refieres a que vayamos juntos? ¿Tú y yo?
—Marlene entornó la mirada hacia Luc porque no terminaba de creer que él estuviera hablando en serio. Que ayer se hubiera ofrecido a echarle una mano pase. Pero que esa mañana pretendiera que se largaran los dos por ahí comenzaba a ser algo peligroso.

—Si estás de acuerdo en aceptarme como tu guía particular. También puedes irte sola. Te diré dónde puedes coger el autobús. Es justo frente a la estación de trenes.

Marlene tenía dificultad para respirar porque sin duda alguna que aquella situación era cada vez más irreal. De verdad. Debía decirle que no la acompañara, que si le apetecía iría ella sola más tarde, o que prefería quedarse en Colmar pasando el día. Pero entonces una extraña sensación se asentó en su pecho. Una sensación agradable. ¡Joder, Luc comenzaba a gustarle, pero no quería seguir con aquella locura porque sabía lo que terminaría por pasar! Pero ¿por qué no lo paraba a tiempo?

—¿No será una de tus artimañas para que siga considerando la Navidad como un tiempo de paz, de buenos deseos y todo ese rollito? —Marlene sonrió con picardía presuponiendo que así sería.

—No. Es más bien una excusa para estar contigo —le dijo acercándose a ella hasta que sus palabras fueron un susurro que confundió a Marlene.

Lo contempló atónita por su declaración que fue acompañada por un guiño y una sonrisa cínica.

—Yo...

Marlene tuvo la sensación de que se ahogaba porque aquella afirmación de él era lo que menos podía esperarse. Era un buen momento para salir huyendo solo que su cuerpo parecía que no coordinaba de la manera que debería. Y permaneció allí, quieta, delante de él.

—¿Pensabas que te lo decía en serio? —le preguntó él al ver la cara de confusión que se le había quedado—. Tranquila. Estaba bromeando. Tienes razón en lo de seguir mostrándote la Navidad en la Alsacia, pero que sepas que no estás obligada a ir ni nada por el estilo.

—No, claro. Pero ¿y el hotel?

Luc asintió sin decir nada más. Prefería que ella pensara que era una broma por parte de él, pero lo cierto era que había algo de verdad en las palabras de él. Le apetecía estar con ella.

—¿Qué le sucede? Estoy seguro de que seguirá aquí a nuestra vuelta.

—¿No tienes que quedarte a trabajar?

Marlene no pudo evitar sentir una mezcla de nervios, excitación y temor a partes iguales. Le gustaba la idea de pasar el día con él sabiendo el riesgo que estaba corriendo. Le atraía. Era un tipo simpático, agradable y atento con ella. Eso era lo que le estaba afectando. Con el que podía hablar de diferentes temas y con quien se reía. Alguien por el que si no lo detenía en ese momento, podía acabar sintiendo algo más que una simple atracción.

—Eso está todo controlado. No te preocupes. Bueno, ¿qué me dices?

—Que te tomas demasiadas atenciones conmigo. —Marlene se quedó en silencio mirándolo de manera fija sin saber qué más decir o hacer. Solo era consciente de que, por alguna extraña razón, la noche pasada había deseado que él la besara, igual que le estaba sucediendo en ese instante.

—No puedo permitir que pases sola las Navidades.

—Sigues con las mismas, ¿eh? Bueno, si es por eso... Aunque imagino que el lugar al que vayamos será otra sucursal de Papá Noel —ironizó en un intento por parecerle fría y esquiva, mientras en su interior la calidez que él le

estaba regalando amenazaba con incendiarlo todo de un momento a otro. Solo tenía que estar preparada para cuando llegara. Pero ¿cómo lo haría?

—Esa es mi única intención.

Marlene asintió pensando que ojalá fuera cierto y que sus propósitos no fueran más allá de su propósito navideño.

—Subo a la habitación un momento y quedamos.

—Te espero en recepción.

La vio salir por la puerta del comedor, ajeno a las miradas de su madre y de su hermana. Y cuando Luc se volvió y las encontró a ambas cruzadas de brazos moviendo la cabeza comprendió a qué venían aquellas miradas. Supo lo que ambas pensaban.

Marlene no sabía cómo parar aquello. Agradecía las atenciones de Luc con ella, pero no pretendía que él entendiera que podía tener algún interés en él. Bastante había pasado con dar por concluida su relación con Robert como para lanzarse de cabeza a algo que no tenía visos de futuro. No. De manera que se mantendría alerta ante cualquier señal de que la cosa se estaba saliendo del guion.

—¿Hacia dónde vamos? —le preguntó ella minutos después de abandonar el hotel y caminando al lado de él por las calles de Colmar.

—Vamos a la estación del tren. Justo frente a esta, podremos tomar un autobús de uno de los dos circuitos que hay para recorrer los pueblos de esta región. No tardaremos más de quince minutos en llegar a Kaysersberg, por ejemplo. Te gustará —le aseguró desviando la mirada hacia ella y sonriendo—. Te vendrá bien salir de Colmar, ya que esta no es una ciudad al estilo de Estrasburgo.

—Es más pequeña pero, en cuanto al ambiente navideño, no sabría qué decirte. ¿Qué pasa en esta región que toda la gente vive la Navidad como si fuera a acabarse el mundo?

—Es una tradición tan arraigada como la vendimia. Esta región es rica en vinos. Son los dos acontecimientos de más popularidad. Venga, vamos —le dijo señalando el autobús que estaba parado mientras el chófer charlaba de manera afable con algunos pasajeros—. Quédate aquí mientras compro los billetes.

—Eh, espera. —Marlene lo retuvo por el brazo, lo que lo obligó a volverse. Ninguno de los dos fue tal vez consciente de que sus cuerpos se habían quedado tan cerca el uno del otro que apenas si pasaba el aire entre estos.

—¿Por qué? ¿Qué sucede? —Luc la contempló contrariado por su repentino gesto.

—Porque no voy a dejarte pagar los billetes después de que anoche me invitaras a todo. Es mi turno o no iré contigo —le aseguró con las cejas formando un arco de expectación y una sonrisa deliciosa que Luc sintió ganas de borrarle con un beso.

Se vio incapaz de reaccionar ante aquella imagen de ella. No dijo nada. No podía, ya que se preguntaba por qué no la había besado de una maldita vez si era lo que le despertaba cada vez que estaban tan cerca. Sintió la mano de Marlene apartarlo de su camino hacia la taquilla, que no era sino otra caseta de madera como la de los mercadillos.

Él se acercó a ella con la necesidad de volverla a sentir cerca.

—A Kaysersberg, ¿verdad? —le preguntó contemplándolo asentir mientras le devolvía la mirada con los ojos entrecerrados. Marlene se volvió con los billetes en su mano preguntándose qué narices estaría pensando él por su manera de mirarla—. ¿Por qué me miras de esa manera, como si me estuvieras estudiando?

—Nada más lejos de la realidad. Anda, vamos al autobús. Está a punto de irse.

Durante el corto trayecto que los llevó de un lugar al otro, Luc le comentó que aquella región era muy rica en vinos. Marlene solo tenía que fijarse en las

extensiones de viñedos cubiertos por la nieve que encontraban en ambos márgenes de la carretera. Luc pretendía mantenerse distraído en todo momento, ya que, de ese modo, dejaría de pensar en ella como en una mujer atractiva y deseable. En ocasiones podía aspirar su perfume, sentir en leve roce de su pelo en su propio rostro, contemplar su perfil o cómo se mordisqueaba los labios.

Marlene apenas si se atrevía a moverse cuando sentía que Luc se acercaba un poco más para señalarle algo en el camino. Ella permanecía con la mirada fija en el paisaje nevado porque si la volvía hacia él, no sabía lo que se encontraría. Dio gracias a que llegaron enseguida a Kaysersberg.

—Prepárate. Quedas advertida.

Lo cierto era que ella prefería enfrentarse a la decoración navideña de aquella zona que a la mirada y a la cercanía de Luc. ¿Qué narices le pasaba con él? ¿A qué coño venía aquella sensación de creer que podía perder los papeles? Más le valdría templar los nervios y mantenerse fría como la nieve que cubría los tejados de las emblemáticas casas de aquella localidad.

—Como puedes ver, el pueblo se extiende entre montañas y al pie del castillo.

—Gracias a Dios que no está decorado con ositos de peluche —ironizó ella resoplando, lo que provocó en Luc una mirada de diversión.

—Espera y verás.

Las calles estrechas y adoquinadas se extendían a ambos lados de la vía principal. Numerosos grupos de turistas las recorrían para contemplar tanto la típica arquitectura de la zona como los adornos navideños con los que sus inquilinos las adornaban.

—¿No crees que es demasiado? —preguntó Marlene alzando la mirada hacia Luc con el convencimiento de que así era—. Demasiado empalagoso para mi gusto. ¿Un árbol de Navidad en el balcón mientras un Papá Noel trepa por este? Por favor, creo que voy morir de un ataque de azúcar —le aseguró Marlene poniendo los ojos en blanco.

—Es la tradición.

—Es gastar el dinero y el tiempo. Estoy segura de que muchos adornan sus casas para que la gente las vea o porque es la tradición y no porque en verdad les importen estos días —precisó Marlene muy segura de lo que decía.

—Apuesto a que tú sí lo harías.

—Ni de coña. Ya te he comentado que no tengo ni un solo adorno en mi apartamento. Y, después de estos días, menos todavía —le aseguró señalando los diferentes adornos en las calles, ventanas y balcones de las casas.

—A cada minuto que pasamos juntos, me convences más y más para tratar de hacerte cambiar de opinión.

—Pues lo tienes claro —le aseguró acercándose tanto a Luc que ella le permitió rozarle la cintura con su mano de una manera involuntaria. Tuvo la impresión de que él la sujetaría y la retendría contra él. Pero finalmente la dejó marchar.

—¡Fíjate en ese carrito de mimbre adornado! —Luc se apresuró a desviar su atención de ella, de tenerla tan cerca que podía sentir su respiración agitada —. Podrías ponerte y hacerte una foto.

—Me estás vacilando, ¿verdad?

Luc estalló en una sonora carcajada al ver la cara que Marlene había puesto. Pero sobre todo por el tono que había empleado: algo frío y cortante.

—Entremos en la calle principal.

Marlene lo siguió sin decir nada más. Le registraron el bolso a la entrada de esta, puesto que entraban en un área restringida. No circulaban ni los coches ni las motos. Y la policía estaba bastante presente. Sin duda que el miedo a un atentado, después de lo de Niza, había elevado el nivel de seguridad en acontecimientos como aquel.

Ella se quedó inmóvil en la entrada con una sonrisa de «lo sabía». Miró a Luc sacudiendo la cabeza mientras él se acercaba a ella, le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia él de una manera casual, natural, entre risas.

—Me lo temía. Más ositos y peluches en las fachadas —dijo frunciendo sus

labios y poniendo los ojos en blanco.

—No todas están adornadas como dices.

—¡Pero si hasta los salones de té y los restaurantes lo están!

—Tal vez deberíamos entrar en uno de estos a tomar algo.

—Creo que si entro en uno de ellos, acabaré cantando villancicos.

—Dime la verdad, Marlene. —Luc detuvo sus pasos y se situó frente a ella. Esta percibió el gesto serio en su rostro. Temía que fuera a decir o a hacer algo que estuviera fuera de lugar—. ¿Preferirías estar a estas horas trabajando en el Parlamento?

Ella no esperaba la pregunta. Y se debía a que no había vuelto a pensar en ello, y una buena parte de culpa la tenía él. Había conseguido hacer que se olvidara del motivo por el que había ido hasta allí. Sonrió de manera tímida bajando la mirada al suelo y sacudiendo la cabeza. No, no creía que pudiera cambiar aquello por estar en su cabina de interpretación. Pero confesárselo a él no creía que fuera lo más apropiado. Levantó su mirada e inspiró hondo.

—Da igual lo que piense porque ya no se puede hacer nada. El tiempo para ir al Parlamento ha pasado. El trabajo es trabajo, todos los sabemos. En cambio, estar aquí contigo es algo que no podría haber imaginado. ¿Y tú? Bueno, qué pregunta acabo de hacerte —le dijo de inmediato cerrando los ojos y apoyó la frente contra él de una manera inconsciente que dejó a Luc helado.

Luc apretó los labios y asintió contemplando el pelo de ella. Marlene levantó la mirada hacia él y cuando intentó reaccionar, se dio cuenta de que él enmarcaba su rostro entre sus manos pasándole los pulgares por las mejillas.

Marlene sintió el temblor en todo el cuerpo porque estaba convencida de que él la besaría en ese momento. Y todo saltaría por los aires sin que ella pudiera evitarlo. Tal vez, después de todo, aquel ambiente la estaba atrapando sin que ella lo remediara. O la personalidad de Luc era la culpable de que estuviera deseando que la besara. Sintió la caricia de los pulgares de él sobre su rostro mientras el de Luc se acercaba más y más hasta que ella cerró los

ojos como si no quisiera ser testigo de aquel encuentro. Sus labios se entreabrieron de manera lenta, perezosa, y sintieron la caricia tímida de Luc. Este jugueteó con la boca de Marlene sin apartar sus dedos de las mejillas de ella. Fue un momento breve pero que reveló algo que comenzó el día anterior sin que ninguno de los dos lo supiera ni se opusiera a ello. Una atracción, un deseo y una locura. Luc se recreó en demasía en la suavidad de la boca de Marlene, absorbiendo su aliento, e hizo suyo su gemido de aceptación del beso.

Ella se apartó de Luc. Bajó la mirada al suelo apretando los labios en una especie de culpabilidad. No debió haber sucedido y lo sabía, pero...

—Creo que sería mejor dejarlo estar y continuar viendo el pueblo —le pidió en un arranque de genio por parte de ella.

—Yo... —Luc intentó decir algo, pero la mano en alto de Marlene y su gesto con la cabeza le pidieron que no siguiera. Él se sintió extraño, contrariado por la reacción que había tenido. Se dijo que tal vez se había precipitado, pero entonces ya no tenía sentido. Había sucedido y no cabían reproches a algo que había deseado hacer cuando la vio. Marlene le parecía una mujer atractiva y deseable, y él no iba a negárselo.

Caminaron por la calle principal en la que se concentraban la mayoría de los negocios: tiendas de recuerdos, de alimentación, salones de té y un mercadillo de casetas de madera en un rincón idílico alrededor de una fuente. Para sorpresa de Luc, Marlene se adentró en este recorriendo los puestos. Absorta en sus pensamientos en torno a lo que había sucedido hacía unos minutos. ¿Por qué lo había permitido?, se preguntaba en ese instante que ya no tenía remedio. Ya no podía volver atrás para evitarlo. Ni tampoco estaba segura de que, aunque volviera a encontrarse en esa situación, ella cambiara de parecer. Luc se estaba filtrando en su interior de una manera que no lograba comprender por el momento. Pero estaba ahí, ganándose su confianza hasta el punto de que había permitido que la besara, y ella había correspondido al beso. Se volvió buscándolo y cuando lo vio, se dio cuenta de que estaba

sonriéndole, lo que le hizo sentir en su interior un calor y un regocijo desconocidos.

—¿Te apetece comer una tarta *flambée*? Es una especie de pizza pero con la masa más fina.

—Sí, ¿por qué no? —Marlene caminó hacia él, segura de que ya no tenía sentido lamentarse y que era mejor aprovechar ese día. Además, él se estaba esforzando por hacer que, en aquellos días, a ella no le quedara la sensación de haberlos perdido.

Disfrutaron de la comida en una especie de patio del que salía el humo de los hornos que trabajan a pleno rendimiento. Permanecieron juntos, charlaron, rieron e intercambiaron miradas llenas de complicidad y de curiosidad. Pero no hablaron del beso ni, mucho menos, lo repitieron.

La mayor parte del camino de regreso transcurrió en un silencio casi total. Y, aunque ambos parecían querer entablar una conversación, lo sucedido parecía pesar más que el mero hecho de conversar. Luc lanzaba alguna que otra mirada a Marlene, quien permanecía observando el paisaje a través de la ventanilla del autocar. Prefería no volver la mirada hacia Luc porque en verdad que no sabía qué decir. O incluso pensaba que ella podría inclinarse sobre él y devolverle el beso. No comprendía qué le estaba sucediendo. Le gustaba su compañía, su personalidad, el hecho de que le hubiera arrancado alguna que otra carcajada, pero ambos sabían que ella se acabaría marchando de allí el día después de Navidad. Y que, por el momento, no tenía pensado regresar a la Alsacia.

Cuando el autobús llegó de vuelta a Colmar y ambos se apearon de este, fue Luc quien hizo la sugerencia.

—¿Qué te parece si comemos por aquí por el centro? Conozco un buen sitio frente a la iglesia de los Dominicos. No en el mercadillo que hay justo en frente, por hoy creo que ya has tenido suficiente —le aclaró antes de que ella pudiera pensar en esta posibilidad.

Marlene frunció el ceño y se mordisqueó el labio en un gesto de estar

pensándolo. ¿Era buena idea seguir disfrutando de la compañía de Luc?

—¿Y el trabajo? Insisto en que no pretendo quitarte tiempo de este. Y, además..., yo puedo comer sola en cualquier lugar.

—Me sabe mal que lo hagas. Y en cuanto al trabajo en el hotel, ya te dije que no tienes de qué preocuparte. Pero si prefieres quedarte sola, te dejaré y regresaré a este.

—Creo que me quedaré por aquí dando una vuelta.

Luc asintió comprendiendo la postura de ella.

—Sin duda que lo sucedido en Kaysersberg te ha afectado.

—No entiendo el motivo por el que lo hiciste, la verdad. Pero menos me entiendo a mí misma por haberte correspondido.

—¿Tal vez porque ambos nos sentimos a gusto con la compañía del otro? — se aventuró a preguntarle arqueando las cejas en busca de una aclaración.

—¿Y qué? Vale, existe una atracción que ha desembocado en un beso. No te lo discuto, pero es mejor pararlo ahí. —Marlene extendió el brazo con la mano abierta, como si lo estuviera deteniendo—. No tiene sentido proseguir con algo que ambos sabemos que no tendrá continuación cuando regrese a España.

—Está bien. Si es lo que quieres... —Luc se encogió de hombros mirándola entre la fascinación y la sorpresa.

Marlene se quedó contemplándolo, como si acabara de insultarlo por rechazar su invitación. Con los ojos como platos mientras dejaba escapar una sonrisa por entre sus labios.

—¿Qué pretendes? ¿Tener algo conmigo? Déjame decirte que estás como una puta cabra si está considerando esa posibilidad. En serio.

Marlene se acercó a hasta que su dedo se posó en el pecho de él recalcando su postura. Luego, se volvió y comenzó a caminar lejos de él sin importarle dónde iba o qué pretendía hacer. Ella lo tenía muy claro en ese momento; alejarse de él lo más lejos posible antes de que sintiera el cosquilleo por todo su cuerpo cada vez que él la miraba.

Luc inspiró hondo contemplándola marcharse. Lo cierto era que ella tenía razón. Dentro de dos días ella se marcharía y, con toda probabilidad, no la volvería a ver. Y todo indicaba que ella no quería complicarse la vida. La había observado y escuchado hablar. Marlene le parecía la clase de mujer que no buscaba atarse de por vida en una relación. Él había deducido que no tenía pareja, que estaba sola. Se debatía entre salir en busca de ella o regresar al hotel. No había pensado que ese día terminaría tan pronto, pero los acontecimientos lo habían precipitado todo. Solo esperaba que ella no se echara atrás y que al final decidiera no asistir a la cena de Nochebuena en el hotel.

Marlene estaba furiosa con ella misma por haber dado pie a aquella situación. Sentada en una *brasserie*, esperaba a que le trajeran la comida mientras le daba vueltas en su cabeza a lo sucedido. Si había conseguido superar lo de Robert, no era precisamente para meterse en otro lío como el que llamaba a su puerta. El sonido de su móvil hizo que se sobresaltara. Lo miró como si fuera a morderla pensando que podría ser Luc, pero al momento desechó esa idea porque él no tenía su número. Por suerte, era su querida Esther.

—Dime, ¿qué tal? —Marlene trató de parecer cordial en todo momento, pero aun así no consiguió evitar que su pregunta sonara algo borde.

—Uhhh, vaya. Como estamos, ¿eh? ¿No se te ha pasado el cabreo todavía por no haber podido ir a currar o qué?

—En parte, pero no se trata del todo de eso —le dijo más calmada cuando se dio cuenta de la manera que había respondido a su amiga—. Disculpa, todo este viaje me está pudiendo.

—Ya lo percibo por el tono de tu voz. Bueno, ya te queda poco para volverte. Dos días y te subirás al avión de regreso a casa. Entiendo que estar atrapada en una sucursal de la Navidad es duro para alguien que no cree en esta, pero...

—Ese ya no es el problema. Después de casi dos días que llevo aquí...

Bueno, lo cierto es que por el tiempo que llevo aquí ya me he acostumbrado a la decoración de los lugares, el olor a galletas de mantequilla, al vino caliente con especias y demás.

—*Es comprensible. Entonces, ¿a qué viene ese tono de desgana?*

Marlene apretó los labios pensando en contarle lo sucedido esa mañana con Luc. Y, antes de que tomara una decisión, ya se lo estaba relatando.

—Me he besado con el chico de la recepción del hotel.

Marlene se apartó de la mesa cuando el camarero depositó su plato de comida y le sonrió en agradecimiento. Al otro lado de la línea, no se escuchaba nada.

—*Joder.*

Marlene ni siquiera había tocado la comida esperando a que Esther le diera su opinión. Al darse cuenta de que esta tardaba en hacerlo, Marlene decidió preguntarle.

—*¿Qué te sucede? Te has quedado sin palabras.*

—*Pero ¿se puede saber qué hacías tú con el chico de la recepción? Eso para empezar.*

—Me sugirió pasar la mañana en un pueblecito turístico cerca de aquí.

—*¿De esos que tienen osos de peluche adornando las fachadas?*

—Esos mismos.

—*¿Sabes? Para no gustarte la Navidad, te estás dejando envolver por esta. Bien, al lío, niña. ¿Cómo que te has besado? A ver, explícamelo.*

—Ni yo misma sé por dónde coño empezar, pero ha sucedido y ahora mismo estoy algo jodida, ¿sabes?

—*No, no lo sé, cariño. Pero podrías ilustrarme un poco más. ¿Por qué te has ido a otro pueblo con el recepcionista?*

—Me lo sugirió al ver que yo no tenía adónde ir.

—*De acuerdo, la gente que trabaja en la recepción de un hotel conoce la ciudad como nadie, y los alrededores, hasta ahí bien. Pero ¿por qué te has ido con él?*

—Porque no tenía nada que hacer. Porque no me apetecía estar sola. Porque Luc me atrae. ¿Qué más quieres que te diga?

—*Luc... te... atrae* —repitió Esther en modo lento.

—Si me he besado con él, ¿por qué narices va a ser? —Marlene apretó con fuerza su *smartphone* y bajó la voz debido al cabreo que le había producido el comentario de su amiga.

—*Supongo que ahora mismo no estás con él.*

—Te estoy llamando desde su cama. Acabo de echar un polvo maravilloso y él me está haciendo ojitos —le comentó en modo irónico sin poder creer que su amiga estuviera hablando en serio.

—*Vale, lo capto. ¿Qué vas a hacer estos dos días? ¿Te lo vas a tirar de verdad? Como regalo de Navidad, por ejemplo. Si el tío está bien.*

—Lo que me faltaba para que este desastroso viajecito terminara de ser perfecto. ¡No te jode!

—*Me encanta cuando sale tu vena italiana, esa que te hace parecer a un personaje de las novelas de Mario Puzzo.*

—No tengo pensado irme a la cama con él.

—*Ya, claro. Y supongo que tampoco esperabas enrollarte con él. No deberías comerte tanto la cabeza. Ha pasado y punto. Dentro de dos días, estarás aquí en Madrid otra vez, y el tío de la recepción será un recuerdo que olvidarás antes de que te des cuenta.*

Marlene sonrió.

—Sin duda que así será.

—*¿Y de Robert? ¿Sabes algo?*

—No. Ni hace falta. Ya tengo bastante follón con Luc.

—*Ya te digo. En fin, te dejo que tengo que currar y la factura del teléfono sube. Ya me contarás cómo acaba lo tuyo con el recepcionista* —le comentó con un tono irónico y burlón.

—Él quedándose aquí, y yo de regreso a Madrid.

—*De acuerdo. Como tú quieras. Pero no te estreses, ¿vale? Es Navidad.*

Nos vemos a tu vuelta.

—¡Ciao!

Marlene cortó la comunicación y siguió comiendo. ¿Cómo coño iba a terminar algo que ni siquiera había empezado?, se preguntó sin dar crédito a las palabras de Esther. Que se hubieran besado no significaba nada. De hecho, en ese momento, cada uno estaba en un sitio diferente: ella en un salón de té y él habría vuelto a la recepción del hotel. No habría nada más. Esta conclusión la llevó a pensar en la cena del día siguiente y en que tendría que verlo y compartir el tiempo con él. Y con más personas, claro estaba. Siempre podría echarse atrás en el último momento. Decir que estaba cansada, mala o que no le gustaba la cena de Nochebuena. Pero entonces sonaría a disculpa barata propiciada por el beso. Quedaría algo infantil de su parte. Y esa etapa de su vida la había dejado años atrás. Entrecerró los ojos asintiendo y diciéndose a sí misma que asistiría a la cena. No iba a huir. Además, no era la primera vez que se liaba con un tío. Ni que fuera una quinceañera. Pero ¿y si en el transcurso de la noche sucedía de nuevo? Esa posibilidad la dejó algo tocada. No podía saber lo que sucedería ni cómo reaccionaría ella misma si, llegado el caso, se encontraba frente a Luc, a solas.

Capítulo 5

Luc estaba algo callado y taciturno pese a ser la víspera de Navidad. Sophie lo había notado algo más reservado y distinto desde que el día anterior; ella supo que su hermano se había ido a Kaysersberg con Marlene. Y, en ese momento, se preguntaba si su comportamiento tenía que ver con ese viaje. Lo cierto era que Luc siempre había sido algo receloso con el tema de sus relaciones y de sus ligues. Pero Sophie presentía que algo había sucedido entre ellos dos. Además, la había visto a ella ir y venir sola las últimas horas, cosa que le había llamado la atención dado que Luc se había mostrado muy atento con ella.

—¿Tienes todo controlado para la cena de esta noche? —le preguntó Sophie contemplándolo revisar las reservas de esos días.

—Que yo sepa, todo está bajo control. ¿Por qué? ¿Hay algún contratiempo de última hora? —Luc le devolvió la mirada a su hermana esperando enterarse de algo que hubiera sucedido en el último momento.

—No, no. Solo preguntaba.

—Pues ya te digo...

—¿Qué tal en Kaysersberg? No te he preguntado si le gustó el lugar a Marlene.

—Supongo que no, porque ella no es muy aficionada a estas fiestas.

—Pero está apuntada a cenar esta noche. —Sophie entornó la mirada hacia su hermano confirmando que Marlene estaría.

—Eso me dijo.

—Te noto algo raro.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Por qué?

—No sé. Has cambiado de ayer a hoy.

Luc frunció el ceño fingiendo no comprender lo que quería decir su hermana. Esperaba que esta no hubiera percibido que su cambio de carácter se debía precisamente a Marlene. A que desde que se separaron a la llegada de Kaysersberg no habían vuelto a quedar. Luc tenía la sensación de que ella lo evitaba. Esa misma mañana, había bajado a desayunar y, sin decirle nada, se había marchado. Lo sabía porque su llave estaba en el casillero. Ni siquiera la había visto bajar de la habitación y dejarla.

—Será por el trabajo. Estos días estamos a tope y con la cena de esta noche y la comida de mañana. Ya sabes... —se excusó él sin darle más explicaciones. No iba a contarle que había besado a Marlene. No sería algo muy profesional, le diría. Por ese motivo, se lo guardaba—. Por cierto, he de confirmar que Vincent viene. —Luc se levantó de la silla y cogió el móvil para llamar a su amigo—. ¿Te importa? —le hizo un gesto a su hermana para que se ocupara de la recepción mientras él hablaba con su amigo. Necesitaba un momento lejos de su hermana o, de lo contrario, acabaría sabiendo que él besó a Marlene, y que ella lo correspondió.

—¿Diga?

—Vincent, soy Luc.

—*Precisamente estaba pensando en llamarte para lo de esta noche.*

—Supongo que vendrás —le dijo con un toque de expectación. Necesitaba de su mejor amigo esa noche, ya que no quería estar pendiente de Marlene en todo momento. Y la presencia de Vincent le vendría de perlas.

—*Sí, sí. Por eso mismo te iba a llamar. Quería saber a qué hora debía estar.*

—Las ocho es buena hora. Podemos tomarnos una copa de vino antes.

—*Sí, y de paso me pones al día de tus avances con tu querida huésped.*

Luc escuchó las carcajadas de su amigo al otro lado de la línea y se tensó. No le había hecho gracia la manera en la que Vincent se había referido a esta.

—Ya, tú procura ser puntual, que te conozco.

—*Lo seré. Tranquilo.*

Luc cortó la llamada, pero permaneció unos minutos con la mirada perdida en el vacío. ¿Ponerlo al día respecto de Marlene?, se preguntó con una media sonrisa. No había mucho que decir después de que se hubieran besado. Sacudió la cabeza y regresó a la recepción.

* * *

Marlene se había escabullido de manera rápida y sigilosa entre algunos de los huéspedes que desayunaban en el comedor aquella mañana. Había percibido la presencia de Luc de reojo en una ocasión que fijó su atención en la recepción. Aprovechó un momento en el que él estaba centrado en la pantalla del ordenador para subir las escaleras a su habitación y, luego, bajarlas justo cuando él no estaba. La verdad era que tenía la impresión de que la casualidad estaba de su parte porque, minutos antes, él había estado sentado tras el mostrador de recepción y, justo en ese momento en el que ella bajaba para salir del hotel, él había desaparecido. Dejó la llave con rapidez y salió a la calle para recibir la ya consabida bofetada de frío en pleno rostro. Pero casi lo agradecía.

Había pasado todo el día sola recorriendo la ciudad para dejar de pensar en Luc. En un arranque de locura, la pasada tarde había estado navegando por la web de la compañía aérea para ver lo que le costaría cambiar su vuelo y regresar ese mismo día o al siguiente. Pero lo malo de hacerlo era que no había vuelos el día de Navidad y el anterior estaba ya cerrado. No quedaba ni un solo asiento libre. Total, que tendría que quedarse hasta el día después de Navidad. No entendía muy bien a qué había venido quererlo cambiar todo de repente si ya tenía decidido que asistiría a la cena de Nochebuena y a la

comida de Navidad en el propio hotel. Era como si hubiera querido gastar un último cartucho antes de comprender cuál era la realidad. Y esta parecía estar clara. El destino parecía estar diciéndole que tendría que quedarse allí hasta el día de su marcha. No se podía cambiar. Pero ella no estaba tan segura de ello. Tal vez no pudiera cambiar de vuelo, pero ¿y de hotel y ciudad justo la víspera del día de Navidad?

El sonido de su móvil la detuvo. Era un mensaje de WhatsApp. Lo leyó sin poder creer que aquello le estuviera pasando a ella. ¡No! Alguien le estaba tocando las narices y a base de bien. Sacudió la cabeza en repetidas ocasiones al leer el mensaje de Robert. ¡Este acababa de llegar a la estación de trenes de Colmar! Pero ¿qué clase de broma era aquella? ¿Cómo que él estaba allí? ¿Por qué? Marlene deseó que el suelo se abriera bajo ella y la tragara. No podía ser cierto. ¿Es que no le había quedado claro que no quería pasar esos días con él? Robert le pedía que fuera a buscarlo porque él no conocía la ciudad. Marlene resopló muy cabreada por todo lo que estaba sucediéndole. No tenía bastante con Luc que entonces Robert se presentaba allí. Bien, ¿dónde estaba la cámara oculta?, se preguntó. Ya estaba bien de tanta broma.

El teléfono comenzó a vibrar en la palma de su mano reflejando el nombre de Robert en su pantalla. Marlene movió el dedo por encima de esta, pensando en aceptar o rechazar la llamada. Sabía que si no contestaba, Robert insistiría hasta que ella respondiera, y tampoco podía apagar el móvil o bloquearlo. Después de todo, era quien contaba con ella para los trabajos eventuales en el Parlamento.

—Dime, Robert, ¿qué sucede?

—*¿No has visto mis mensajes? Acabo de llegar a la estación de tren de Colmar.*

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Marlene de forma desinteresada, queriendo demostrarle que no le importaba que estuviera allí.

—*He venido a verte. A pasar estos dos días contigo. Necesito que vengas a la estación porque no tengo ni idea de dónde queda el centro de la ciudad.*

Y está oscureciendo. Y de paso podríamos tomarnos un café y charlar, ¿no crees?

¿Qué otra opción le quedaba? Tal vez, después de todo, aquella charla que él quería mantener con ella le vendría bien para dejarle las cosas claras de una vez. Permaneció en silencio durante unos segundos antes de suspirar resignada.

—Estaré allí en diez minutos, más o menos.

—*De acuerdo.*

Marlene devolvió el móvil al interior de su bolsillo y siguió caminando en dirección a la estación del tren. Al parecer la tranquilidad de ese día tocaba a su fin. Al menos había conseguido salir de puntillas del hotel evitando a Luc esa mañana. Había tenido la suerte de no verlo para no tener que enfrentarse él. Tenía pensando hacerlo esa noche en la cena y porque no le quedaría otra. Además, no tenía nada que esconder ni le tenía miedo, solo que... solo que Luc le gustaba y creía que lo mejor era pararlo antes de que le hiciera daño. Pero el destino parecía burlarse de ella una vez más. Y, no contento con eso, añadía a su ex a la partida. ¡Genial! «Si monto un circo, me crecen los enanos», se dijo de malhumor.

—O los elfos de Papá Noel, ya puestos.

Robert la recibió con una amplia sonrisa y un leve encogimiento de hombros queriendo hacerle ver que no le quedaba otra que contar con ella. Con su abrigo de color oscuro hasta los pies y su traje bajo este, no dejaba de tener el aspecto de un ejecutivo. Esta imagen le gustó a Marlene en un principio, cuando empezaron a salir, pero después comenzó a aburrirse un poco. Robert era demasiado recto y estricto incluso fuera del trabajo. Era como si nunca se desprendiera de esa imagen que le aportaba la vestimenta. Parecía que vivía con la corbata apretándole el cuello todo el día. Ella no necesitaba tanto control ni tanta rectitud en su vida. Y él no parecía una persona que pudiera encajar en su vida. Por ese motivo, ella había decidido poner tierra de por medio y regresar a Madrid.

Marlene se mantuvo a cierta distancia de él, y Robert no vaciló en acercarse e inclinarse sobre los labios de ella para rozarlos de manera casual. Pero se encontró con cierta frialdad por parte de ella. Marlene no le devolvió el beso, lo que provocó que Robert la contemplara extrañado. ¿Acaso hablaba en serio cuando le dijo que no quería seguir adelante con aquello?

—¿A qué ha venido el beso? —Marlene arqueó su ceja manteniendo el rictus serio. No le había hecho ni pizca de gracia que él la besara.

—He creído que era la mejor manera de saludarnos.

—Para ti, pero no para mí. ¿Qué haces aquí? —lo miró con los ojos entrecerrados preguntándose qué pretendía con su presencia en Colmar.

—Lo del Parlamento terminó y, ya que las carreteras están despejadas así como las vías, comí, cerré todos los asuntos pendientes y cogí el tren de la tarde. Decidí venir a verte y a pasar juntos el tiempo que te queda hasta que te vuelvas a Madrid. ¿Hice mal? —Robert la contempló con los ojos como platos y las cejas formando un arco de expectación.

Marlene sacudió la cabeza sin comprender todavía qué era lo que estaba sucediendo con su vida. Desde que llegó a Colmar, todo estaba saliendo del revés. Y entonces allí estaba Robert dispuesto a pasar las navidades con ella. Pero, mientras tanto, ella pensaba en Luc y en el beso que compartieron y en que nada había tenido que ver con el que acababa de recibir.

—No hacía falta que vinieras, ya te lo dije. ¿Dónde piensas quedarte? ¿Tienes hotel aquí?

—Pensaba alojarme en el mismo en el que estás tú.

—¿A estas horas? La verdad no creo que queden habitaciones para estos días —le cortó de inmediato para dejarle claro que no era bienvenido. ¿Qué le pasaba? ¿Que no se enteraba de nada o qué?

—Bueno, tal vez podemos compartirla. —Había un toque de esperanza en la voz de él que no gustó nada a Marlene.

—Imposible. Es una habitación individual con el espacio justo para una sola persona. De manera que olvídalo —le dejó claro mirándolo de manera

fija y contundente antes de emprender el camino hacia la salida de la estación —. Ahí delante tienes un hotel.

—¿En serio no vas a compartir tu habitación conmigo?

—¿En qué idioma quieres que te lo diga? —Marlene estaba cabreada por todo lo que sucedía a su alrededor y entonces parecía pagarlo con Robert.

—De acuerdo, probaré suerte en el hotel donde te alojas. Al menos podrías llevarme hasta este, ¿no? ¿Qué te sucede, Marlene? Entiendo que ha sido una putada hacerte venir para nada, pero no ha sido culpa mía. Yo no he programado la nieve —le dijo algo molesto por el trato que estaba recibiendo de ella.

—No te culpo de nada de lo que ha sucedido. De manera que no te montes historias, ¿quieres?

—Venga, no te lo tomes así. Es Nochebuena. ¿Sigues pensando pasar la noche en el hotel?

—Creo que fui muy explícita cuando te lo comenté. Me he apuntado a una cena con los demás huéspedes y los dueños.

—Creo recordarlo... Bien, en ese caso, si tengo habitación, también me apuntaré a esa cena, ya que estoy convencido de que no querrás cenar fuera, tú y yo solos.

La mirada que Marlene le dedicó le dejó claro a Robert que lo que pretendía no era para nada una buena idea.

—Dudo de que encuentres un sitio abierto a estas horas. Pero allá tú...

Si nada lo evitaba, esa noche iba a ser de lo más divertido que Marlene había pasado en mucho tiempo. Resopló y su aliento formó nubes de vapor debido al frío. Trató de dejarlo estar y caminar de regreso al hotel para ver si Robert podía alojarse en este.

Luc la vio aparecer acompañada de aquel hombre vestido de manera elegante. Esa mañana no habían coincidido en el comedor durante el desayuno. Ni en recepción. ¿Cuándo demonios había salido? Y, en ese instante, regresaba acompañada. ¿Qué capítulo se había perdido?, pensó adoptando un rictus serio

y profesional.

Marlene se sintió algo cohibida por la escena. Podía imaginar lo que Luc estaría pensando al verla aparecer en compañía de Robert. Pero, en ese momento, él se mostró atento y cordial como era de esperar pese a que en su interior se sintiera de una manera distinta.

—Hola. Robert acaba de llegar de Estrasburgo y quería saber si os quedan habitaciones libres. Una individual, por favor —le dijo Marlene manteniendo su atención fija en Luc para luego volver a Robert cuando se refirió a este.

—Deja que mire —le pidió volviendo su atención al portátil.

Marlene lo contempló tecleando y moviendo el ratón mientras fruncía el ceño y asentía. No quería parecer que tenía un especial interés en él, por eso desviaba su atención. Hasta que Luc se dirigió a ella y no le quedó otra que mirarlo de manera detenida mientras le explicaba.

—Queda una habitación individual en el último piso.

Marlene apretó los labios sintiendo una mezcla de sensaciones en su interior. Por un lado, habría querido que no quedara sitio y que, de ese modo, Robert se viera obligado a marcharse a otro hotel, si es que encontraba una habitación libre en Colmar ese día. También le habría gustado estar a solas con Luc para charlar sobre lo sucedido entre ellos, pero con Robert allí sabía que lo tendría difícil.

—Me la quedo —intervino este acercándose a la recepción, ya que hasta ese momento había permanecido en segundo plano, por lo que había dejado que Marlene se ocupara del asunto por ser huésped del hotel y conocer al chico de la recepción.

—Perfecto. Déjeme la documentación para hacer la reserva. ¿Cuántas noches serían? —Luc levantó la mirada hacia Robert. No quería fijarse en Marlene por el momento.

—Dos. Hoy y mañana. De ese modo, podré acompañarte al aeropuerto el día que te marches —comentó lanzando una mirada a Marlene en busca de su aprobación.

Pero ella ni se molestó en devolvérsela. Se apartó de manera casi imperceptible de Robert sin darle importancia a la gilipollez que acababa de decir.

Marlene pensó que más le valdría dejar las cosas claras entre ellos, porque si Robert creía que aquellos dos días iba a suponer algo entre ellos, era que no la conocía. Se fijó en Luc mientras este formalizaba el registro. Deseaba acostarse y levantarse en su piso compartido con su amiga Esther en Madrid. Olvidarse de todo aquello de una vez por todas.

—De acuerdo, pues si es tan amable de echar una firma —le señaló Luc en el papel. Marlene lo contempló girarse hacia el casillero de las llaves y coger la que sería la habitación de Robert—. Esta es la llave. En el cuarto piso. Ahí tiene el ascensor. El desayuno se sirve entre las siete y las diez, y el comedor está cruzando esa puerta que conduce a un pequeño patio interior.

—Marlene puede explicarme todos los pormenores —lo interrumpió lanzándole una mirada como si en verdad fueran pareja. Se pegó a ella y sonrió mientras Marlene deseaba, por todos los medios, que el suelo se abriera bajo los pies de él y lo engullera.

Luc desvió su atención hacia esta y, por una fracción de tiempo, sus miradas se encontraron.

—Sí, claro. Ella puede explicarte todo.

—Me ha comentado que esta noche hay una cena...

Luc pareció reaccionar tarde, ya que en un principio no supo de qué le hablaba. La aparición de ella en el vestíbulo del hotel acompañada de aquel hombre lo había dejado sin palabras. Por suerte había capeado el temporal de la mejor manera posible. Ante todo estaba el negocio.

—Sí, esta noche celebraremos una cena de Nochebuena para los huéspedes, nada del otro mundo —se excusó Luc con una sonrisa—. ¿Estás interesado en asistir?

—Sí, sí.

Luc tomó nota.

—Pues está todo. A las nueve, en el comedor, se servirá la cena. No hace falta arreglarse mucho, ya le digo que es algo sencillo.

—De acuerdo. Voy a instalarme —dijo mirando una vez más a Marlene, como si esperara que ella fuera con él—. ¿Subes?

—No. Voy a sentarme en el salón —le dijo esperando que se marchara y la dejara a solas con Luc.

—Entonces nos vemos luego.

Luc estaba de espaldas a ella, preparando el cartel de «Completo» para colgarlo de la puerta. Por un instante, se centró en su trabajo olvidando que Marlene permanecía allí. Y, al volverse hacia ella, Luc no pudo evitar sentir un vacío en su interior.

—Por fin vamos a colgar el cartel de «Completo» gracias a tu amigo. —La miró de manera fija esperando que lo corrigiera y le aclarara si entre ellos había algo. Le parecía extraño, ya que, de lo contrario, ella no se habría entregado en el beso de la manera en la que había hecho. Luc había tenido la impresión de que Marlene misma lo había deseado.

Pasó a su lado rozándola y percibió el ligero sobresalto de ella. Se volvió de nuevo hacia Marlene. La encontraba preciosa, todo había que decirlo, pero no sabía si ello se debía a la presencia de su amigo.

—¿Hay algo más que necesitéis?

Marlene permaneció con la boca abierta durante unos segundos en los que reaccionaba.

—No... no... yo estoy bien. No tengo ni idea de lo que Robert pueda necesitar.

—De haberme avisado con tiempo, habría reservado la habitación para él. De ese modo, no habría corrido el riesgo de no tenerla ahora.

—No lo hice porque ni siquiera sabía que iba a presentarse aquí —le rebatió Marlene cabreada por la manera en la que se estaba desarrollando todo. Se había acercado a Luc dispuesta a dejarle claro que ella no tenía nada que ver con la aparición de Robert. ¿Por qué diablos se tomaba tantas

molestias con él? En dos días, ella partiría de regreso a Madrid y no volvería a verlo—. Me envió un mensaje y después me llamó para confirmarme que estaba en la estación del tren. Me comentó lo de buscar un hotel y que tal vez, en el que me alojaba yo, hubiera una habitación.

—Siento no poderos dar una doble.

Marlene entrecerró sus ojos mirando a Luc con expectación. ¡Pensaba que ellos eran pareja! Lo había supuesto desde que entraron juntos, ella estaba segura.

—No tienes que hacerlo porque entre nosotros no hay nada. Robert trabaja en el servicio de traducciones del Parlamento. Fue él quien me pidió que viniera a realizar una interpretación porque una compañera estaba enferma.

Luc sonrió complacido en parte por la aclaración de Marlene. Pero, por otra parte, la presencia del tal Robert quería significar otra cosa muy diferente.

—Bien, si necesitas algo..., dímelo. Ahora tengo que ir al salón a preparar la cena de esta noche —le dijo sacando el timbre que colocó en el mostrador por si alguien llamaba—. ¿Tú no ibas hacía allí?

Marlene sacudió la cabeza sin poder creer que estuviera manteniendo aquella conversación.

—Sí, creo que necesito una tila porque sin duda que todo esto va a acabar conmigo.

—Deberías disfrutar. Es víspera de Navidad —le recordó con una amplia sonrisa que complicó todavía más el estado emocional de ella—. Por cierto, ¿qué tal se te da cantar villancicos?

—Eh... —Marlene sintió como si acabaran de echarle una soga al cuello porque no era capaz de articular una sola palabra. Frunció el ceño y sacudió la cabeza mientras sus labios formaban un «No». O mucho se equivocaba o Luc estaba dispuesto a hacerla cantar villancicos.

—Es una tradición.

—Ni de coña. Pase que me hayas enseñado la ciudad con su maravillosa y

empalagosa decoración —comenzó a recordarle acercándose de manera peligrosa e inconsciente a él—. Que hayamos visitado ese pueblecito al que me llevaste ayer, que haya bebido vino caliente con especias y comido en su mercadillo navideño, pero de ahí a cantar un villancico...

Luc la contempló ensimismado. Sonriente y dichoso porque, sin duda, le encantaba cuando adoptaba esa postura tan arrogante y llena de ira con lo que representaba la Navidad. La besaría en ese momento para acallarla, pero se arriesgaba a que bien apareciera alguien conocido o algún huésped. Ni qué decir del compañero de trabajo de ella.

—¿Ni siquiera una estrofa? —insistió él disfrutando del momento en el que ella retrocedía hacia la pared. Luc experimentó el deseo de apoyar sus manos por encima de la cabeza de ella. De ese modo, evitaría que se escapara y podría besarla de manera lenta, disfrutando de la textura suave de sus labios. Ella tenía las mejillas encendidas por la energía que derrochaba en ese momento de enfado, lo que le hizo ver que no cantaría un villancico. Divertida y atractiva, con algunos mechones de pelo que sobresalían por debajo de su gorro, del que por cierto no se había dado cuenta de desprenderse hasta que él lo hizo.

Marlene se quedó clavada con la mirada fija por encima de su cabeza, más en concreto, donde estaba su gorro en ese instante.

—Dámelo —le exigió con voz serena y tono autoritario mirando a los ojos a Luc.

—Te lo cambio por uno de Navidad.

—No hay trato.

—¿Qué más te da a estas alturas? Acabas de contarme todo lo que hemos hecho estos dos días pasados. ¿Qué importa que esta noche y mañana dejes salir a la niña que llevas en tu interior? Vamos, Marlene, disfruta de la Navidad por un solo momento. Pasado mañana volverás a tu vida, a tu rutina y todo esto habrá pasado. Será solo un recuerdo si tú lo quieres así.

Marlene cambió el gesto cuando percibió el tono pausado y cálido de la voz

de él. Pero sobre todo su forma de mirarla, que parecía estar diciéndole adiós e incluso echarla de menos. Sintió un escalofrío recorrer su espalda hasta erizarle el vello de la nuca. No había sentido nada parecido en mucho tiempo y esta sensación la asustaba. No quería sentir por Luc algo parecido a lo que ella había percibido en la mirada de él. Allí estaba él, con el brazo extendido en cuya mano descansaba el gorro de ella, mirándola como si aquella noche fuera la última que iban a compartir.

Marlene sintió la extraña palpitación en su pecho. El ahogo en su garganta y la necesidad de acortar la distancia entre ellos para fundirse en un abrazo con él. Dio un paso, lento y medido, como si fuera a asomarse al precipicio. Extendió su mano y sus dedos encontraron los de Luc, por un segundo, el tiempo que tardó en arrebatarse el gorro. Lo vio apretar los labios como si sintiera que habían dejado pasar un momento para mostrar, una vez más, lo que sentían. En cambio, ambos se habían retirado.

—Ah, estás aquí. —La voz de Robert hizo que los dos se sobresaltaran.

Luc se volvió hacia las mesas que debía juntar para dentro de unas horas. Lanzó una última mirada a Marlene, quien lo correspondió. Luc sonrió. Pero en esta ocasión la sonrisa no era de alegría, sino que se correspondía con el estado de ánimo que sentía en ese momento.

Marlene trató de sacudirse los pensamientos relativos a Luc y a lo que había visto en su mirada. No tenía sentido que se sintiera de esa manera. Era una locura. Y era mejor dejarlo estar.

—Sería mejor dejar a este chico trabajar e irnos a dar una vuelta. O a tomar una taza de chocolate en los mercadillos. Y, de paso, nos ponemos al día.

A Marlene aquella sugerencia la pilló desprevenida. Robert tenía razón. Iba siendo la hora de aclarar su situación. Sin duda que ella iba a hacerlo.

Luc desapareció tras la puerta que daba al patio en cuyo centro había un pozo de piedra cerrado para que ningún niño tuviera la ocurrencia de asomarse a este. Empujó la puerta del pequeño comedor, donde se servían los desayunos, y se topó de bruces con Sophie.

—¿Dónde vas tan acelerado?

—Oh, disculpa. No te había visto.

—¿Se puede saber a qué viene esa cara? —Sophie se apartó de su hermano para observarlo desde la distancia y calibrar qué era lo que le sucedía.

—Iba pensando en la cena de esta noche.

—Ummm. Bueno, todo está controlado... o eso creo. Dime, ¿Marlene...?

—Se ha ido con su amigo.

—¿Amigo? —Sophie tuvo la sensación de que acababan de pincharla porque reaccionó mirando a su hermano sin creerlo—. Pero ¿no había venido sola?

—Sí. Su amigo acaba de llegar a Colmar, le ha pedido que fuera a buscarlo y han venido juntos hasta el hotel.

—¿Se va a alojar él también? —la pregunta parecía obvia, por ese motivo Sophie la hizo.

—Sí. La última habitación que quedaba libre. Estamos completos —le informó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya. —Sophie chasqueó la lengua y contempló a su hermano con inusitada expectación por si decía algo más. Pero cuando se dio cuenta de que no iba a ser así, decidió proseguir—. ¿Se ha apuntado a la cena de esta noche?

—Sí, a eso venía. Hay que poner un cubierto más —Luc le informó con naturalidad, con la intención de ocultar el *shock* que le había producido ver a Marlene en compañía de su jefe en el Parlamento. Que hubiera venido desde Estrasburgo para estar con ella era más que un detalle. Y la manera en la que él la contemplaba le hacía pensar a Luc.

—Soy yo o te noto algo... ¿tocado? —le advirtió Sophie con un toque burlón.

—¿Tocado? ¿Qué quieres decir?

—Me refiero a que no parece que te haya hecho mucha gracia que el amigo de Marlene se haya presentado sin avisar.

—¿Por qué debería importarme?

—Dímelo tú.

—No hay nada de lo que hablar.

—Bien, lo que tú digas.

—Y ahora, me vuelvo a recepción.

—Pero si acabas de decirme que estamos completos —le recordó Sophie, extrañada por aquella repentina prisa de su hermano.

—Pero hay que pensar en la semana que viene. Es fin de año y todavía quedan habitaciones por cubrir. Había pensado rebajar un poco el precio si a mitad de semana no hemos cubierto la mitad del alojamiento. ¿Qué te parece?

—Por mí, bien. Pregúntaselo al gran jefe, a ver qué te dice. Ya sabes... — Sophie arqueó las cejas y sonrió por la referencia a su padre que, a la postre, era el que tenía la última palabra.

—Descuida. Lo haré.

Luc regresó a la recepción para no tener que aguantar el interrogatorio de su hermana respecto de Marlene y su amigo. No le apetecía lo más mínimo hacerlo.

—Te repito que no tendrías que haber venido. —Marlene trataba de mostrarse convincente en todo momento. No llegaba a comprender por qué Robert era tan corto. O, más bien, sí lo entendía, pero no quería aceptarlo.

—Tenía ganas de verte. Me sabía mal haberte hecho venir para luego nada.

—Primero: si he venido, ha sido porque yo he querido. Me ofreciste cubrir la baja de una compañera. Segundo: yo decidí tomar otra ruta en esta ocasión. Y tercero y último, debí informarme acerca de la climatología antes de venir. De ese modo, me habría evitado estar aquí. Lo cual nos lleva a dejar claro que tú no tienes la culpa de que, al final, me haya quedado en Colmar.

—Ya, tienes razón, pero no deja de ser una putada hacerte gastar dinero para nada. Y encima quedándote en esta ciudad que parece sacada de la obra de Charles Dickens.

—No importa. En dos días, me habré largado de regreso a Madrid —le recordó de pasada agitando la mano delante de él y cogiendo su vaso de vino caliente con la otra. Robert había insistido en que tomaran algo juntos en un mercadillo mientras charlaban de cómo les iban las cosas, algo que Marlene había tenido que aceptar a regañadientes para que dejara de darle la tabarra.

Por un momento, Marlene se acordó de la tarde en la que ella llegó. Luc la había llevado a ese mercadillo donde entonces, con el vaso de vino caliente en la mano, la asaltaban los recuerdos. Sintió una ola de calidez invadirla y no pudo evitar esbozar una media sonrisa tierna mientras dejaba su mirada fija en el contenido de su vaso.

—¿Cuándo piensas volver a Estrasburgo?

Marlene fijó su atención en Robert y sacudió la cabeza.

—No voy a regresar. He estado considerando dejar la bolsa de trabajo del Parlamento.

—¿Lo dices en serio? —Robert no podía creer que ella estuviera pensando en cometer semejante locura.

—Sí. Lo cierto es que con el trabajo que tengo en Madrid me basta.

—Pero cerrarte la puerta de Estrasburgo... —Robert entornó la mirada hacia ella, tratando de averiguar a qué se debía ese cambio.

—Se debe a que ha llegado el momento en el que necesito un cambio, renunciar a ciertas cosas, situaciones —le dijo antes de llevarse el vaso a los labios para beber un sorbito con la mirada ausente y el espíritu en otro lugar.

—No puedo creer que después de...

—Pues vete haciendo a la idea. Esta ha sido la última vez que acepto un encargo del Parlamento. Puedes sacarme de la lista de intérpretes *freelance* cuando gustes. No voy a volver.

Robert resopló.

—¿Esto tiene algo que ver con que lo nuestro esté atravesando un bache?

Marlene permaneció callada durante unos segundos. Daba la impresión de que no había escuchado lo que él había dicho. Pero, de repente, ahogó la risa y

dejó el vaso sobre la repisa de la caseta de madera.

—¿Bache? —repitió arqueando las cejas, sin duda, sorprendida por aquel calificativo—. Lo nuestro, como tú lo has calificado, no ha pasado por un bache, porque en verdad que nunca hubo nada.

—Vamos, Marlene. ¿Vas a decirme ahora que no has sentido nada por mí? ¿En estos dos años?

—Que nos hayamos divertido juntos, en algunos momentos, no ha significado que yo estuviera buscando *algo*. Somos mayorcitos, Robert —le recalcó con ironía.

—Moví los hilos para que contaran contigo en la mayoría de las veces que se necesitaron intérpretes externos.

—¡Oooh! ¿Vas a soltarme ahora que todo lo que he hecho y conseguido ha sido gracias a ti? —Marlene comenzaba a sentir la rabia crecer en su interior por la suposición que Robert acababa de hacerle.

—Pues en parte... sí. Ha sido así.

—¿Debo sentirme halagada entonces?

—No lo sé. Es algo que debes decidir tú.

—Si lo hiciste, fue porque tú también sacabas ventaja de ello. Esos casi dos años que compartimos, ¿no te parecen suficientes a estas alturas? —Marlene entrecerró los ojos dirigiéndole una mirada que pretendía hacerle ver lo furiosa que estaba con toda aquella historia.

—Te largaste a Madrid de la noche a la mañana sin casi despedirte. ¿Qué querías que hiciera? ¿Cómo pretendías que me lo tomara? No respondías a mis mensajes ni cogías el teléfono cuando te llamaba. Al menos pudiste haber dado una explicación. Y luego apareces, de repente, en el Parlamento para decirme que lo nuestro se acabó el día que te fuiste de Estrasburgo —le reprochó Robert cabreado con todo aquello.

—No pensé que tuviera que darte una razón para largarme. Acabé las jornadas de trabajo en el Parlamento y regresé a Madrid. Eso fue todo.

—¿Y lo que teníamos?

—¿Insistes con ello? No creo que follar de vez en cuando sea tener algo, como tú parece dar a entender —le recalcó cabreada consigo misma por haber aceptado ir con él a tomar algo y no quedarse con Luc, aunque fuera cantando un villancico con un gorro de Papá Noel puesto en su cabeza.

Robert dio un paso atrás sin perderla de vista. Dejaba claro lo que para ella habían sido aquellos casi dos años que se habían visto. Bien era cierto que no había sido algo continuo pero era lo que había por entonces. Asintió con los labios apretados.

—Creo que he venido para nada. —Robert le entregó un billete de veinte euros al dueño de la caseta para que se cobrara.

—Te pedí que no lo hicieras. Que no hacía falta, pero te has empeñado.

Robert sacudió la cabeza cuando el hombre le entregó el cambio.

—Está bien. Si es tu decisión... Pasaré por el hotel a recoger la maleta. Me marcharé de vuelta a Estrasburgo en el primer tren que salga.

Marlene no dijo nada. Prefirió permanecer en silencio para dejar que fuera él quien se diera cuenta de que entre ellos no había nada, que ella estaba dispuesta a cambiar su vida, a dejar atrás el pasado y empezar desde cero.

Cuando llegaron al hotel, Marlene esperó a que Luc estuviera en recepción. Sin embargo, quien acudió a la llamada del timbre fue su hermana. Se dirigió a ellos con una sonrisa.

—¿Qué sucede?

—Venía a comunicaros que tengo que marcharme de regreso a Estrasburgo esta misma noche. Y, por lo tanto, debo dejar el hotel. Por supuesto que abonaré el coste de la habitación por las molestias causadas.

—No hace falta. No ha dormido ni ha hecho uso de esta.

—Solo pasaría a por mi equipaje que, por otra parte, no está desecho. Tampoco asistiré a la cena de esta noche.

Sophie le entregó la llave para que Robert subiera a la habitación a recogerlo. Luego se sentó a anular la reserva, lo que dejó la posibilidad de volver a poner la habitación libre. Caminó hasta la puerta y descolgó el cartel

de «Completo». Sonrió al pensar en Luc y en que había deseado colgarlo durante días. Y cuando lo había conseguido, el huésped tenía que marcharse. Claro que, tras lanzar una mirada a Marlene, no estaba segura de si a su hermano le molestaría del todo que ya no estuviera aquel cartel en la puerta.

Marlene se quedó sentada en uno de los sillones del vestíbulo sin decir nada. No tenía más que decir de su parte. Desde el primer momento, era consciente de que la presencia de él era un completo error; pero él prefirió seguir adelante y arriesgarse.

—¿Deseas alguna cosa más? —le preguntó Sophie incorporándose de su silla para mirar a Marlene.

—Ah..., no. No. Yo seguiré hasta pasado mañana. Gracias.

Robert apareció en el vestíbulo con el equipaje en su mano. Devolvió la llave a Sophie, con una leve inclinación de cabeza, y se volvió hacia Marlene. Se sintió fuera de lugar en ese momento. Y, por ese motivo, no iba a demorarse demasiado con ella. No merecía la pena.

—Me marcho. Hay un tren en media hora según he comprobado por el móvil. Debería decirte que lo pases bien y que todo te marche bien, pero me es difícil hacerlo después de nuestra conversación. —Robert apretó los labios y asintió.

Marlene lo vio abandonar el hotel mientras ella se quedaba en el sitio bajo la atenta mirada de Sophie. Esta tenía el ceño fruncido como si intentara averiguar qué había sucedido entre ellos dos. ¿Una pelea de pareja? Por lo que había escuchado decirle a él, estaba molesto o incluso dolido con ella. Esta se había quedado quieta en el sitio sin capacidad de reacción por ese instante.

Marlene inspiró hondo sintiéndose algo más liviana después de todo. Por supuesto que la decisión que había tomado durante la charla con Robert sería la decisión más acertada. Pero ya tendría tiempo de averiguarlo cuando regresara a Madrid. Tendría que replantearse su vida porque acababa de cerrar una puerta que tal vez en el futuro necesitaría abrir. Sabía que Robert no

le echaría una mano. Y sonrió con ironía al recordar sus palabras acerca de los favores que había pedido para que ella hubiera gozado de una posición de ventaja respecto de los demás.

—¿Todo bien? Ya sé que no me compete meterme en tu vida, pero es que...

—Sí, sí. Todo bien. Nunca mejor. Créeme. Acabo de dar una patada a la puerta para cerrar el pasado. Creo que tomaré una taza de chocolate caliente.

—Bien... Creo que Brigitte está en el salón. Pídesela a ella.

Marlene se sintió decepcionada de nuevo. Esperaba que Luc estuviera por allí. Una parte de ella tenía ganas de verlo y de charlar con él. Lo que necesitaba, en ese momento, era distraerse, y Luc había conseguido que ella lo lograra desde que salieron por la ciudad el día que ella llegó. Eso y algo que hacía mucho tiempo que había olvidado plantearse.

Capítulo 6

Luc se reunió con Vincent para tomar algo antes de la cena. Necesitaba ponerlo al tanto de algunos aspectos, no fuera a ser que metiera la pata. Conocía a Vincent desde hacía muchos años, y este era muy dado a liarlas. Los preparativos para la cena iban a buen ritmo de manera que Luc se tomaría su tiempo antes de volver al hotel.

Vincent encontró a este en una de las casetas del mercadillo navideño junto a la iglesia de los Dominicos. No sabía si estaba comprando algo o solo mirando.

—¿Pensando en regalar algo a alguien en especial?

—Ya lo he comprado. Soy previsor, tío. ¿Tomamos algo antes de ir al hotel para cenar?

—Hemos quedado para eso, ¿no? Aunque imagino que hay algo más. Algo que tiene que ver con la chica que se aloja en tu hotel —le comentó dándole un codazo a Luc en sentido de camarería.

—¿Por qué estás tan seguro de que hemos quedado para eso?

—Porque si no se tratara de algo que tiene que ver con ella, no habríamos quedado. Quieres ponerme al tanto antes de la cena —le aseguró palmeando a Luc en la espalda mientras le sonreía triunfante.

Luc resopló y se detuvo en medio de la calle. Vincent lo miró extrañado por aquel gesto.

—Vale, sí. Tienes razón. Tiene que ver con ella —sentenció Luc, y Vincent

arqueó sus cejas y sonrió complacido por escuchar a su amigo confesar—. La he besado.

—¿A quién? ¿A tu huésped?

—¿A quién coño puede ser? —Luc pareció exasperarse ante la falta de entendimiento de Vincent.

Este miró a Luc con los ojos abiertos como platos y una expresión de incredulidad en su rostro. Sacudió la cabeza en repetidas ocasiones sin terminar de creerlo.

—No, no. No estás hablando en serio. Me estás vacilando por lo que te comenté el otro día, ¿cierto? —le preguntó apuntándolo con su dedo, como si lo acusara. Pero cuando contempló el rostro de su amigo y vio que este no lo negaba, Vincent comprendió que lo había hecho—. ¡Joder! No pensé que fueras a hacerlo. Entonces es verdad.

Vincent se pasó la mano por el rostro mientras contemplaba a Luc sin terminar de creerlo.

—Ya, pues bien que me animaste —le recordó haciendo un gesto a la chica de la caseta para que le sirviera dos vasos de vino caliente.

—¿Y ella? ¿Qué te dijo?

—Nada. Aunque tengo la impresión de que no le hizo mucha gracia.

—¿Por qué? —Vincent observó a su amigo asentir mientras bebía.

—Está de paso y lo último que se habrá planteado es algo así.

—Ya. —Vincent chasqueó la lengua—. Ella se marcha el día después de Navidad, según me contaste.

—Sí. Ni siquiera tendría que haber venido aquí. Ni haber acabado en el hotel.

—Ahora no es momento para lamentarse ni nada por el estilo. ¿Acaso te preocupa que se marche? ¡Si ni siquiera la conoces! —le comentó Vincent cada vez más sorprendido por todo aquello.

—No estoy diciendo que ella sea la mujer de mi vida. No. Pero sí me siento a gusto con ella.

—Bueno, como con cualquier otra. Se te pasará en cuanto ella regrese a su casa. Ya lo verás. Por cierto, ¿y esta noche?

—¿Qué? —Luc estaba confuso por aquella pregunta—. ¿Qué insinúas?

—¿Qué va a suceder entre vosotros?

—Nada.

—¿Nada?

—Esta mañana se marchó temprano sin decirme una palabra. Lo cual interpreto como que estaba poco menos que evitándome.

—Por si volvía a suceder, ¿no?

—Esta tarde ha regresado con un compañero de trabajo del Parlamento. Ha venido desde Estrasburgo para verla. Para pasar con ella hoy y mañana. ¿Comprendes?

Vincent se quedó callado meditando aquella información.

—¿Se aloja en el hotel con ella? —quiso saber mirando a Luc con una ceja elevada y este asentía. Luego resopló—. Bueno podría ser un amigo, un rollo o su pareja. Pero vamos, si se ha liado contigo...

—Ya.

—Y te molesta que ese compañero esté cerca, ¿no? Pues, ¿qué quieres que te diga? A lo mejor te conviene. De ese modo, no pensarás en ella durante estos dos días. ¿O acaso tenías planeado seguir adelante con el rollo hasta que se marche? —Vincent lo miró sorprendido ante esa posibilidad—. ¿Te acuerdas lo que sucedió con Christine?

—Oh, vamos. Eso no tiene nada que ver ahora —protestó Luc mirando a Vincent con cara de pocos amigos.

—Tú dirás lo que quieras, pero tu querida Christine te dejó tirado cuando menos lo esperabas. De igual manera que va a hacer Marlene. Métetelo en la cabeza —le recordó dándole pequeños toques con su dedo en el brazo a Luc.

—Lo de Christine fue una putada y lo sabes. Se largó a París con aquel...

—La he visto.

—¿A ella?

—Sí, a Christine. La última vez no le marchaban muy bien las cosas.

Luc apretó los labios con fuerza. Una parte de él parecía no haberla podido olvidar y le jodía que lo estuviera pasando mal.

—Lo lamento.

—¡Y un cuerno, tío! —le rebatió Vincent golpeándolo con el puño en su hombro—. Te dejó tirado cuando se dio cuenta de que tú no ibas a salir de aquí y mucho menos dejar el negocio familiar. Y entonces cogió su maleta y se largó a París con nuestro querido amigo en común, Pierre. ¿Ya lo has olvidado? Yo no.

—No, no lo he olvidado. Y ya veo que tú tampoco. Pero solo digo que siento que las cosas no le marcharan bien. Puedo hacerlo, ¿no?

—Se piró de aquí de la misma manera que hará Marlene dentro de dos días —le dijo mirando con preocupación a Luc—. ¡Joder, es tu huésped! Tiene su vida en España. Deja el romanticismo para Sophie. Le pega más que a ti.

Luc dejó la mirada perdida en el vacío, escuchando a su amigo contarle cómo estaban las cosas. Sonrió cuando Vincent hizo referencia a su hermana.

—En eso tienes razón.

—Pues entonces déjalo estar, ¿quieres? Vamos a tomarnos otro.

—¿Pretendes que llegemos contentos a la cena?

—Yo siempre lo estoy. No necesito vino para ello. Y a ti no te vendría mal un poco. Eso sí, no demasiado. No vaya a ser que hagas alguna gilipollez.

Luc sacudió la cabeza, sonrió y palmeó a Vincent en la espalda.

—Ya puestos, ¿qué hay entre Sophie y tú?

Vincent frunció el ceño.

—¿De qué cojones estás hablando? Entre tu hermana y yo no hay ni habido nunca nada. Y menos ahora que vivo en París. No sé si dejarte beber más —le advirtió mirando a Luc con una sonrisa mientras hacía un intento por quitarle el vaso.

—Cierto, no eres el tipo de mi hermana. Por tu manera de ser.

—Gracias por decírmelo —se burló él formando un arco con sus cejas.

Este asintió sin poder dejar de pensar en Marlene. En que su vida estaba en España y en que no volvería. ¿Y Christine? Se marchó con Pierre, lo que le rompió el corazón. Y en ese momento, por lo que Vincent le contaba, a ella no le iban bien las cosas. Tal vez debió quedarse allí y no marcharse a París.

—Oye, quedamos en el hotel. He de hacer unas cosas antes, unas llamadas —le dijo Vincent cuando hubieron terminado en el mercadillo.

—Vale, pero no tardes —le pidió Luc con gesto de súplica. Conocía a Vincent y sabía que, en cuestiones de puntualidad, era un poco desastre.

Luc emprendió el camino de regreso al hotel mientras el nombre de Marlene flotaba en su mente. Y más después de la conversación mantenida con Vincent. Era cierto. Pasado mañana ella se marcharía de regreso a Madrid y tal vez no volvieran a verse. Esa era la realidad.

Marlene estaba algo nerviosa a medida que la hora de la cena de Nochebuena se acercaba. Veía a la gente ir de un sitio a otro preparando todo para que estuviera perfecto. En más de una ocasión, su mirada se cruzó con la de Luc. Percibió su intento por sonreírle, pero al final no sucedió. Había estado toda la tarde fuera del hotel, hasta que apareció a tiempo para preparar todo para la cena. No habían intercambiado más de dos palabras, pero en cierto modo era algo que ella quería. Esa mañana se había escabullido como una delincuente sin darle tiempo a él a reaccionar, a salir tras ella, a preguntarle si quería que la acompañara. Luego, ¿qué esperaba entonces de él?

—¿Tú también vas a cenar?

La pregunta sobresaltó a Marlene. Se volvió hacia su derecha para encontrarse de nuevo con el matrimonio que le había aconsejado que visitara la pequeña Venecia el día anterior.

—Oh, sí.

—Sin duda que es un acontecimiento entrañable. Nosotros ya llevamos tres años con este viniendo en estas fechas aquí. ¿Es tu primera vez? Porque no

creo recordarte de otros años.

—Sí, es la primera vez que vengo.

—¿Sola? —La mujer entornó la mirada hacia Marlene que se sintió algo descolocada con aquella pregunta. ¿Qué problema había por que viajara sola?

—Sí, claro. He venido sola.

—Deja a la muchacha, mujer. La estás poniendo en un aprieto —intervino el marido echando un capote a Marlene para que no le siguiera la charla a su esposa.

—Solo trato de entablar una conversación, Fred. La he visto sola y...

Marlene sonrió ante aquella escena. La mujer solo trataba de ser agradable y, aunque podía parecerle algo cotilla preguntarle si había venido sola, en cierto modo era algo de esperar al verla sin acompañante.

—Disculpa a mi mujer.

—Te repito que solo estoy tratando de entablar una conversación con ella.

—No se preocupe. No me molesta —dijo por fin Marlene al ver que podrían acabar enzarzándose en una pequeña discusión.

Este incidente hizo que Marlene se olvidara de Luc, quien entonces se dirigía hacia ellos.

—Cuando queráis, podéis ir pasando al salón. Ya está todo casi terminado.

Marlene sintió su repentina presencia y cómo esta la ponía algo más nerviosa. Lo achacó a la situación vivida con Robert y también al hecho de que nunca había considerado la cena de Nochebuena como algo tan especial.

—Un momento, un momento —dijo a voces alguien a su espalda.

Marlene se volvió para fijar su mirada en el recién llegado y cuya cara le parecía conocida. ¿El mismo con el que había comido Luc en el salón de té en el que ella había entrado el día que llegó?

—Si te descuidas, llegas al postre —le aseguró Luc estrechándole la mano con efusividad.

—Exagerado. Si hace un par de horas que te he dejado para hacer unas llamadas y de paso acercarme al piso a ver cómo estaba. ¿Cómo puedes tener

un hermano así, Sophie? Vaya, no me había fijado que te has puesto guapa. ¿Para mí? —bromeó Vincent esgrimiendo una sonrisa irónica.

—En cambio, tú... Mírate —le dijo ella lanzándole una mirada de pies a cabeza.

—¿Qué tienes que decir? ¿No estoy presentable? Me rompes el corazón — le aseguró cogiéndola de la mano para besarla de manera efusiva.

Sophie sonrió, pero se guardó para ella lo atractivo que le parecía Vincent esa noche. Joder, siempre le había atraído y mucho. Y no podía olvidar la manera en la que este le había roto el corazón. Vincent era algo descuidado en sus relaciones y, además, vivía en París. Estaba segura de que esas bromas y comentarios que le lanzaba solo eran para vacilarla. Sophie no pensaba que Vincent pudiera decirle algo serio a una mujer. Por ese motivo, siempre que podía evitaba hacer referencia a él. Y cuando lo hacía, era para decir que no era el tipo de hombre en el que ella se fijaría. Pero entonces sucedía lo de esa noche y ella solo podía contemplarlo.

—Bien, en ese caso, id pasando —comentó Luc quedándose algo apartado junto a Marlene. Se volvió hacia ella para quedarse contemplándola en silencio. Le pareció que algo en su interior pugnaba por salir a la superficie; que luchaba con todas sus fuerzas. Pero al momento él pensó en ella y en su acompañante y entonces nada tenía sentido—. Por cierto, ¿dónde está tu compañero de trabajo? Dijo que lo apuntáramos.

Marlene cogió aire primero y después frunció el ceño.

—Se ha marchado del hotel esta misma tarde. ¿No lo sabías?

Luc acusó el golpe de aquellas palabras. Por un instante, pensó que le faltaba la respiración y que podría caerse al suelo de un momento a otro. ¿Que se había ido? Miró a Marlene con otros ojos porque sin suda que aquella era una noticia que no esperaba. Se relajó y sonrió complacido.

—No lo sabía. Lo siento. He estado fuera casi toda la tarde.

—No tienes por qué sentirlo. ¿Vamos?

Luc se sintió torpe y algo cohibido. De repente se dio cuenta de que todos

los contemplaban a ellos dos. Y que les habían dejado dos asientos libres: uno al lado del otro.

—Creo que sí. Nos están esperando.

—Vamos, Luc, déjalo para más tarde. Ella no se va a ir —le aseguró Vincent señalándolos, lo que provocó en Marlene una sensación de agobio inmediato.

Fue entonces que ella pareció dudar y sentirse algo mareada. Y cuando la mano de Luc se posó sobre la espalda instándola a dirigirse a la mesa, Marlene se vio obligada a retener el aire en su pecho y a controlar su pulso. Todo aquello estaba siendo algo tan inesperado como increíble. En ese momento, era el centro de atención de las personas sentadas a la mesa y no sabía si salir corriendo escaleras arriba y encerrarse en su habitación hasta el día que tuviera que irse, o pedir que el suelo se abriera bajo sus pies.

Y cuando quiso calmarse, se dio cuenta de la disposición de las sillas. ¿Por qué narices habían hecho algo así? ¿Qué estaba pasando con ella desde que llegó a ese hotel? No era capaz de tomar sus propias decisiones, como haber ido a ocupar un asiento por propia iniciativa. No, sino que estaba dejando todo en manos del destino para que este decidiera por ella. Lanzó una mirada a Luc, quien hizo lo propio con ella. Marlene pensó que el corazón se le saldría del pecho por la manera de latirle. No podía creerlo. Pero estaba sucediendo algo con lo que no contaba. Algo que no entraba en sus planes. Decidió abstraerse de cualquier pensamiento que tuviera que ver con Luc y con lo que experimentaba sentada a su lado.

—Brindemos —dijo el padre de Luc alzando su copa para que los demás lo siguieran.

Marlene cogió la suya y la alzó en medio de la algarabía que se había formado en la mesa. La gente le parecía contenta, feliz, sonriendo y brindando. Entrechocó su copa con la de la señora que antes le había preguntado por su vida, con la de la hermana de Luc, con la del amigo de este, con la de sus padres y, por último, se volvió hacia él. Ella entornó su mirada deseando

conocer lo que él estaría pensando.

Luc brindó con Marlene esperando que aquella noche ella disfrutara y que su perspectiva de las Navidades cambiara aunque ello significara que se acabaría marchando dentro de dos días.

Ella, por su parte, solo pensaba en pasar un rato agradable en compañía de aquella gente. Las vueltas que daba la vida, pensó. Nunca había creído en la Navidad desde que perdió la ilusión en esta. Pensaba que la gente ponía su mejor cara para esos días y se acabó. Pero allí, en aquella mesa, donde la mayoría de los que estaban sentados no se conocían ni compartían nada en común, se habían reunido como si nada. Y se lo pasaban bien.

—Espero y deseo que tus pensamientos negativos de las Navidades cambien del todo esta noche. —Luc se había inclinado sobre ella para susurrarle aquel deseo. Percibió la mirada de inquietud y curiosidad de ella cuando lo vio tan cerca. Luc se dejó atrapar, una vez más, por su atractivo, por su naturalidad y por sus ojos violáceos que brillaban de más en ese momento.

Ella se limitó a esbozar una sonrisa irónica ante aquel comentario.

—¿Quién ha cocinado todo esto? —preguntó señalando la comida que había sobre la mesa.

—Mi madre, mi hermana, los empleados del hotel...

—¿Tú?

—No. A mí no se me da bien la cocina. Yo soy más de organizar y colocar la mesa. También te confieso que no necesito una comida succulenta ni muy preparada. Me conformo con cualquier cosa. Lo que cuenta esta noche es la compañía.

—Pero el otro día estabas comiendo en un salón de té con tu amigo. Eso no es comer cualquier cosa. Lo fue la tarde que recorrimos la ciudad. Eso sí fue picar aquí y allá —le recordó sonriendo de una manera relajada y divertida. Más de lo que ella había esperado en un primer momento.

—Si lo estás diciendo porque te llevé a un mercadillo navideño a cenar en vez de a una *brasserie*, prometo enmendarlo.

—Lo siento, pero ya es tarde. Olvidas que me marcho pasado mañana.

Marlene apartó la mirada de él nada más terminar de decirlo. No creía que pudiera afectarle de aquella manera. Juraría que cuando llegó a aquel lugar, echaba pestes por todo lo ocurrido. Y que deseaba que llegara cuanto antes el día de regresar a su casa.

—En ese caso... tal vez si vuelves...

—Pero no en Navidad —añadió ella poniendo los ojos en blanco.

—Te tomo la palabra —asintió Luc sabiendo que, una vez que ella se marchara, no volverían a verse. Aunque fuera una mentira, él la creería. Esa noche la creería.

Por un momento, el silencio se impuso entre los dos. Ambos se dedicaron a conversar con otras de las personas allí reunidas mientras cenaban. Marlene había percibido un cambio en el semblante de él cuando se enteró de que ella se quedaba sola para cenar. Pero no quiso pensarlo demasiado. Y entonces, cuando ella le aseguró que se marcharía, el gesto de Luc volvía a cambiar. Por raro que le pareciera, estaba disfrutando de la cena, de la compañía, del ambiente, algo que no hubiera podido creer en un principio.

La cena avanzaba y la gente se movía de sus sitios para hablar con otros de los asistentes. Para conocerse, intercambiar ideas, comentarios. El ambiente era relajado y las risas se dejaban escuchar en el comedor. La gente disfrutaba.

Luc se levantó de su silla, lo que la obligó a seguirlo con la mirada. Este momento lo aprovechó Vincent para acercarse a ella.

—De manera que te has quedado atrapada en este sitio.

Marlene volvió el rostro hacia el amigo de Luc cuando se dio cuenta de que se estaba dirigiendo a ella.

—Algo así.

—Un pajarito me ha contado que no te gusta la Navidad —le dijo mirando a Luc cómo charlaba con sus padres.

Marlene solo pudo sonreír. Cerró los ojos una fracción de segundo y

sacudió la cabeza.

—Más o menos.

—¿Por qué? Estas fechas la gente se reúne y disfruta de la compañía de los demás, a los que, por cierto, es difícil ver en el resto del año. Estamos demasiado metidos en nuestros respectivos mundos como para darnos cuenta de lo que nos perdemos fuera de estos.

—Prefiero mi particular mundo.

—Oh, venga ya. No todo en Navidad es malo. Esta noche, por ejemplo, muchos no nos conocemos de nada. Y, sin embargo, parece que fuéramos un grupo de viejos amigos que se han reunido después de mucho tiempo sin verse. Nos reímos, charlamos, bebemos y contamos confidencias.

—De acuerdo. Tal vez, por ese motivo no nos estemos tirando de los pelos. Porque precisamente no nos conocemos.

—¿Insinúas que de ser viejos amigos estaríamos tirándonos de los pelos?
—La mirada de ella hizo que Vincent recapitulara—. Bien, admito que, en alguna que otra ocasión, he tenido roces con compañeros y amigos, pero no siempre. Además, si vas predispuesto a liarla, lo conseguirás. Está en el ADN de esas personas.

—Cierto.

—¿No te gustan los regalos? Apuesto a que cuando eras niña, deseabas ser la primera en levantarse el día de Navidad. ¿No te gusta que te regalen aquello que desees?

—No necesito los regalos para sentirme bien. Ni para sentirme querida. La gente compra obsequios para todos pensando que es lo que necesitan. ¿Qué me dices del derroche de dinero de esos días? ¿Comida? ¿Regalos?

—Entiendo que no te gusta nada de eso. Eres como Scrooge, el viejo avaro de *Cuento de Navidad*. Odias la Navidad —le aseguró agitando la mano delante de ella.

—No soy como él —protestó Marlene molesta con que siempre le aplicaran ese calificativo cada vez que decía que odiaba las Navidades.

—Pero vas camino de serlo. De verdad. Todavía tienes tiempo de cambiar —le aseguró guiñándole un ojo, lo que dejó a Marlene algo tocada con aquel último comentario.

—¿Y tú? Has venido solo. ¿No tienes familia?

—Mis padres están, ahora mismo, tumbados al sol en alguna playa del Caribe. De manera que he venido desde París a ver a mis viejos amigos.

—Apoyo a tus padres. Creo que el año que viene me marcharé a un lugar recóndito donde no se celebre la Navidad.

—Lo tendrás complicado. ¿No piensas volver aquí?

—¿Me tomas el pelo? —le preguntó arqueando una ceja en clara señal de incredulidad que provocó las carcajadas en Vincent.

Este se quedó pensativo. Había hecho la pregunta con segundas para saber qué pensaba ella no de Colmar, sino de Luc. Por el momento, no parecía que Marlene tuviera intenciones de volver. No iba a confesarle que sabía que Luc y ella se habían besado. No, por supuesto. Solo pretendía averiguar si su amigo iba a perder la cabeza para nada. Lástima que el inesperado acompañante de ella se hubiera largado en el último momento. De haberse quedado, Luc se hubiese contenido. Pero teniendo vía libre hacia ella...

—¿Qué te parece nuestro anfitrión? —le preguntó haciendo un gesto con el mentón hacia Luc.

Marlene apretó los labios. Contó hasta diez antes de responder, ya que ni esperaba ni entendía aquella pregunta.

—Le gusta su trabajo.

—Sí, eso es cierto. ¿Y como persona?

—Lo he tratado más bien poco. Tú debes conocerlo mejor que yo.

—Desde niños. Puedo asegurártelo. Es un tío majo, responsable, educado, atento...

—No tengo interés en comprarlo —le interrumpió Marlene—. La verdad: no me interesa —le dejó claro ella dando por zanjado el tema. No pretendía ni adentrarse en la personalidad de Luc ni que su amigo pensara lo que no era.

Ella esperaba que Luc no le hubiera contado nada a Vincent de lo sucedido en Kaysersberg. Aunque, por otra parte, eran amigos.

Vincent se limitó a asentir esbozando una sonrisa bastante significativa. Por suerte para ella, la conversación quedó en un segundo plano.

La noche avanzaba sin que pareciera que el reloj se moviera y cuando quisieron darse cuenta, era casi la media noche. Momento que aprovechó el padre de Luc para dirigirse a todos.

—Un momento. Un momento de atención. Quiero agradecerlos que hayáis querido compartir esta noche con nosotros. Gracias. También deciros que mañana repetiremos reunión con la tradicional comida de Navidad a la que todos estáis invitados. Yo ahora creo que ha llegado mi momento de retirarme. El día ha sido largo y duro, y algunos nos merecemos un descanso. De modo que buenas noches a todos y que descanséis. Los que quieran pueden quedarse en el salón —apuntó antes de salir por la puerta que daba al patio y perderse por uno de los pasillos del otro edificio.

Marlene permaneció sentada en su asiento, expectante en cierto modo por lo que pudiera suceder. La gente comenzó a despedirse antes de abandonar el salón y subir a sus respectivas habitaciones.

—Buenas noches —le deseó la mujer a Marlene antes de dirigirse hacia el ascensor. Por suerte, durante la cena, se había mantenido algo apartada de ella para que no la acosara con preguntas.

—Que descansen.

Marlene se encontró sola en unos minutos. Inspiró profundamente pensando en iniciar el camino hacia la habitación cuando escuchó la voz de Luc detrás de ella.

—¿Te subes ya?

Marlene se sintió cohibida. No sabía muy bien qué pretendía él ni qué era lo que quería ella. ¿Quedarse con él charlando? ¿Subirse a su habitación y olvidarse de Luc de una vez? Aquello no tenía sentido, y lo sabía, pero no quería admitirlo.

—Yo...

—Si no estás cansada o no tienes sueño, tal vez podríamos quedarnos un rato charlando.

—¿Y todo eso? —preguntó señalando a la mesa que todavía tenía restos de la cena.

—Mañana lo recogeremos temprano. Ahora no, desde luego. ¿Qué me dices?

Lo deseaba. No podía negarlo. Quería quedarse con él y olvidarse de todo lo demás porque Luc parecía poseer un don especial para hacerla sentir diferente. Ni tampoco podía reprimir el deseo que la quemaba por dentro. Quería que él atrapara su boca una vez más esa noche. ¿Se había vuelto loca?, se preguntó antes de aceptar la invitación.

—De acuerdo. —Contempló la sonrisa de él cambiando su rictus. Por un momento, Luc le había parecido temeroso a que ella le dijera que no.

—Bien —murmuró consciente de que acababa de dar un paso más hacia lo desconocido. Se había adentrado en un túnel oscuro por el que avanzaba sin saber si habría una salida siquiera.

Vincent y Sophie se habían alejado del resto de invitados. En ese instante, junto a la recepción, se miraban en completo silencio.

—Tu hermano va a cometer una estupidez —anunció Vincent desviando la mirada hacia este.

—No es una estupidez cuando en realidad lo deseas.

—Lo desea, pero no lo necesita, Sophie. Ya le hicieron daño antes. Ella se marchará pasado mañana y estoy seguro de que no volverá a pisar este sitio. Se olvidará de él y de lo vivido con tu hermano en estos días.

—No si es como yo —le confesó Sophie mirando a Vincent de manera fija —. No he olvidado que me partiste el corazón en dos en la boda de Michelle.

Vincent suspiró cerrando los ojos. Sacudió la cabeza y trató de mirar a Sophie de una manera que no fuera con cariño, ternura y deseo. Nadie sabía lo sucedido aquel día. Ni siquiera Luc.

—Fue una tontería.

—Tontería o no, sucedió. Los dos lo buscamos y yo salí perdiendo, Vince —le dijo empleando el apelativo cariñoso para referirse a él.

—No voy a negarlo porque así fue. Pero también sabíamos que no nos llevaría a nada.

—Porque tú te marchaste a París sin preguntarme cómo estaba.

—Lo lamento si te fallé. No era mi intención. Ya sabes la clase de tío que soy. —Vincent bajó la mirada al suelo, en cierto modo, avergonzado por su comportamiento con ella. La conocía desde hacía muchos años. Era la hermana pequeña de su amigo. No era plan de joderla. Pero así fue al parecer.

—Eso es lo que más me dolió. Que lo hiciste sin pensar en las consecuencias. —Sophie cogió aire y trató de que su mirada no se volviera borrosa—. Es hora de irme.

—Ya sé que suena a tópico, pero ¿quieres que te acompañe?

Sophie quiso retener el latido de su corazón en ese momento para que él no intuyera lo que deseaba. Pero Vincent leyó el anhelo en su mirada brillante.

Cuando todos se hubieron marchado, Luc estaba de pie en un extremo de la mesa observando de reojo a Marlene. Esta no había dicho nada desde que él le propuso quedarse un rato más.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un copa de champán? —le preguntó mirándola por primera vez de manera fija y cogiendo una de las botellas que quedaban sobre la mesa.

Marlene se humedeció los labios pensando en lo que le convenía. Si estaba allí a solas con él en aquel salón, era porque lo deseaba. Ya era demasiado tarde para plantearse la situación, más aún cuando asentía contemplándolo verter champán en una copa y tendérsela para que la cogiera.

Él se acercó de manera lenta, controlando sus ansias por pasarle los brazos por la cintura y atraerla hacia él para besarla. Llevaba toda la noche deseando hacerlo, fijándose en sus labios, en su manera de sonreír, en la manera en la que ella se los humedecía en algunas ocasiones o se los mordisqueaba en

otras. La deseaba y no le importaba lo más mínimo que ella se marchara en dos días. No quería pasar el resto del tiempo arrepintiéndose de no haber dado el paso que iba a dar. Prefería echarla de menos a maldecirse por no haber actuado.

—Te han dejado sola esta noche —le comentó mirándola con interés en lo que ella tuviera que decir.

—Bueno, no he estado sola del todo —le recordó haciendo un gesto con el mentón hacia la mesa a la que se habían sentado casi veinte personas para cenar.

—Sí, debo admitir que has estado muy bien acompañada. Y eso que no te gustan las Navidades. Solo te ha faltado cantar algún villancico —le recordó arqueando las cejas, lo que provocó las risas en ella.

—Ni de coña. Ya te lo dije.

—No insistiré en ello. Prometido.

Marlene asintió.

—¿Por qué lo hacéis?

—Es una tradición. Es un detalle con nuestros huéspedes por estar aquí. Ten en cuenta que muchos de ellos pasan estos días aquí porque están solos.

—Pero si están aquí, es porque no tienen intención de pasarlo con sus familias.

—O tal vez porque no las tienen.

—A lo mejor escapan de esa cena —le sugirió tras dejar la copa para hacer comillas con sus dedos.

—Siempre sacas el lado malo de estos días, ¿eh? —ironizó él dándole un pequeño empujón con su hombro.

—Es lo que yo he hecho. Acepté la sustitución de la compañera para venir a trabajar porque no quería celebrar la Navidad.

—Pero no estás trabajando. Apuesto a que eres de comer un sándwich y pasar de todo lo demás.

—Apuestas bien, sí. Además, mi compañera de piso se marcha a ver a su

familia —le confesó en un momento en el que la confianza entre ambos parecía total.

—Ese es el otro motivo por el que no te gustan estos días. Porque estás sola. —Luc se sentó el sofá tras dejar la copa de champán en la mesa—. Eso y porque llegaste a la edad en la que descubriste que Papá Noel no existe.

—Sí.

—Yo también lo descubrí, pero no por eso aborrecí estos días.

—Tú eres distinto a mí. Eres más soñador. Seguro que todavía dejas un calcetín en la chimenea para que Papá Noel te deje los regalos —se burló sentándose a su lado y observando cómo Luc cambiaba el gesto.

De repente él se levantó y se dirigió al calcetín que colgaba de la chimenea del salón. Marlene lo siguió con la mirada sintiendo cómo su pecho retumbaba más y más deprisa porque temía que él fuera a hacer lo que acababa de pasársele por la cabeza.

Luc regresó con algo en la mano que le tendió a ella inclinando la cabeza para que lo cogiera.

—No... —susurró Marlene, cuya mirada parecía empañarse. Rozó los dedos de él al coger el pequeño envoltorio y cerró los ojos.

—Es un detalle que me gustaría que tuvieras.

—¿Por qué lo has hecho?

Marlene levantó la mirada hacia el rostro de él. Luc sonreía de manera tímida esperando la reacción de ella.

Ella lo desenvolvió, lo que reveló una pequeña bola de nieve. Suspiró sin saber qué decirle. Le dio la vuelta para que los copos de nieve cayeran sobre la casita y los pinos.

—Te vi con ella en la mano la otra tarde que estuvimos en uno de los mercadillos navideños. Pero la dejaste como si te quemara. La rechazaste porque tal vez no iba acorde a tu idea de estos días.

Marlene cerró los ojos y asintió. La había pillado con la bola de nieve en la mano mientras ella la agitaba para ver el efecto de la nieve sobre la figura.

¿Cómo no se dio cuenta de eso?

—No tendrías que haberlo hecho. Ahora yo no tengo nada para ti. Y eso porque no creo que haya que regalar algo a una persona una vez al año porque sea costumbre, ¿no?

—Te gusta ir contra corriente, ¿eh?

—Me gusta ser espontánea y hacer aquello que me apetece en el momento. No quiero que el calendario me marque cuándo debo o no regalar algo a alguien. Haces que me sienta fatal —le aseguró mirando la bola de nieve que descansaba en su mano. Levantó la mirada hacia Luc y, sin pensarlo ni un solo segundo, cerró los ojos y lo besó rodeándolo con los brazos por el cuello, lo que lo obligó a dejarse caer hacia atrás, hasta quedar apoyado contra el sofá.

Luc extendió sus brazos para hacer lo mismo, solo que la sujetó por la cintura mientras los labios de ella se volvían juguetones y su lengua buscaba la de él con efusividad. La escuchó emitir un gemido que se ahogó en las bocas de ambos y que encendió más el deseo en los dos. Marlene enmarcó el rostro de él entre sus manos sin poder dejar de mirarlo de manera fija. Apoyó su frente contra la de él entre risas ahogadas.

Luc la contemplaba atónito. Le parecía que estaba sensual e irresistible; con un toque de lascivia. Los labios entreabiertos brillaban con la humedad de los besos. Algunos mechones caían sobre su rostro y él los situó en su sitio de inmediato. Su respiración era agitada, al mismo ritmo que el deseo por quitarle la ropa lo poseía, como si del mismo diablo se tratara.

—Esto es una locura —le susurró Marlene en su propia boca antes de rozarla con sus labios una vez más.

—¿Y te preocupa?

—No. —Ella no quería pensar en nada más que en ese momento en el que estaba atrapada.

—Deberíamos continuar esto en alguna otra parte.

—¿En mi habitación?

—No, en la tuya no. La que tengo yo aquí para cuando no me apetece volver

a casa.

—¿A qué esperamos?

La ropa comenzó a caer sobre el suelo en el mismo instante en el que Luc entraba en su habitación mientras ella se aferraba a su cuello y sus labios no dejaban de besarlo. Luc la volvió para dejarla apoyada contra la propia puerta mientras la desvestía. La respiración de ambos se entremezcló en una sola y el deseo por acariciar la piel del otro los obligó a parar. Luc estuvo a un paso de arrancársela de manera literal a ella. Estaba poseído por un deseo irrefrenable. Se contuvo cuando se dio cuenta de este gesto, y ambos se miraron por un instante en el que rieron.

—Lo siento.

—Espera, déjame a mí o me quedaré sin ropa —le sugirió ella con una sonrisa llena de picardía.

Luc se quitó los vaqueros si apartar su mirada del cuerpo de ella cubierto tan solo por las dos piezas de ropa interior. Sus pechos asomaban por encima del sujetador como si lo estuvieran llamando a cubrirlos con sus besos y caricias. Luc se acercó y apoyó sus manos contra la pared por encima de la cabeza de ella besándola despacio. El irrefrenable deseo por quitarle la ropa había pasado y entonces ella quedaba expuesta ante él. Ya no había prisas porque quería disfrutar con Marlene hasta el último segundo de esa noche. Quería sentirla, escucharla jadear, suspirar y disfrutar cuando él la besara y la acariciara.

Marlene recibió el beso dulce y lento de él, pero que consiguió hacerla estremecerse. El escalofrío le recorrió la espina dorsal hasta erizarle la nuca y toda su piel. Introdujo una mano por dentro de la goma del *boxer* de él con picardía, sin dejar de besarlo y gemir. Las manos de Luc le cubrieron sus pechos, y sintió cómo el pulgar jugueteaba con los pezones hasta endurecerlos. La cogió de la mano y la fue llevando hasta la cama sin dejar de besarla. La atrajo hacia él y cayeron juntos sobre esta. Sintió cómo deslizaba sus manos por el interior de sus braguitas para acariciarle el trasero. Y gimió para dar su

aprobación cuando él la comenzó a besar por el cuello en dirección a sus pechos.

Luc sintió palpar su entrepierna y cómo esta se acomodaba entre los muslos de Marlene.

—Espera.

La apartó un instante en el que se despojaron de las dos últimas piezas de tela y Luc cogió un preservativo de la mesilla. Marlene sentía la excitación palpitando entre sus muslos. Se acopló de nuevo sobre Luc sintiendo cómo su miembro la llenaba y cómo él la sujetaba por las caderas para mecerla de manera lenta en un principio. Se besaron, se acariciaron, gimieron y respiraron como uno solo, mirándose a los ojos, compartiendo caricias, besos y momentos irrepetibles. Marlene ahogó sus gritos de pasión en la boca de él, le mordisqueó el labio inferior y cerró los ojos cuando el orgasmo la invadió junto a él y se asomó al precipicio, pero sin llegar a caer. Se quedaron contemplándose con la mente en blanco, sin pensar en nada más que en aquel momento.

Luc le pasó la mano por el rostro. Recorrió el perfil del mismo con su dedo mientras trataba de aferrarse a la poca cordura que le restaba. ¿Una locura? No, aquello no era una locura. Era algo que tenía que suceder. La atrajo hacia él para besarla una vez más y dejó que el cuerpo de ella cubriera el suyo por unos minutos.

Luc se levantó para ir al cuarto de baño, y Marlene se acomodó boca arriba y se cubrió con la sábana. Contemplaba el techo, pero no veía nada. No pensaba en nada. Lo único que sentía era su corazón recuperar los latidos normales después de creer que le explotaría. Vio a Luc acercarse a la cama y recostarse junto a ella. Se quedó mirándolo sin decir nada. En ese instante, ella creía que las palabras sobraban. Luc se inclinó sobre el rostro de ella para rozarle los labios de manera tierna, deslizando el pulgar por la mejilla.

—Mi reino por tus pensamientos.

Marlene sonrió.

—Ahora mismo no estaba pensando en nada. Tengo la mente en blanco. Si me pusiera a pensar en algo, saldría corriendo de esta habitación.

—Entonces no lo hagas. Es mejor dejarlo estar hasta mañana.

—Mañana no habrá cambiado nada. Y lo sabes tan bien como yo.

—Soy consciente de lo que ha sucedido. Y de lo que sucederá.

—Mejor.

—No serviría de nada que te pidiera que te quedaras unos días más, ¿verdad?

Marlene cogió aire. No esperaba que él se lo fuera a pedir. Ni ella se lo había planteado, siquiera.

—¿De qué serviría prolongar lo inevitable? Además, tengo mi vida en Madrid —le dijo de manera directa, sin contemplaciones—. Pero ¿por qué querrías que me quedara aquí? Es absurdo. Si por casualidad se te ha pasado por la cabeza que entre tú y yo puede haber algo, es mejor que lo olvides.

—Según lo planteas.

—No irás a pedirme que, porque nos conocemos desde hace dos días y hayamos pasado buenos ratos y estamos donde estamos ahora, me quede. —Marlene sonaba algo irónica ante esa perspectiva—. No me conoces.

—Por ese motivo, te pido que te quedes.

—¿Y qué haría yo en la sucursal de la Navidad? —le preguntó incorporándose hasta quedar con la espalda apoyada en el cabecero de la cama. Se cubrió con la sábana y contempló a Luc con incredulidad.

—Por un momento, olvidé tu aversión a la Navidad —le dijo con un toque irónico.

Marlene comenzó a sentirse algo cabreada. Empezaba a cansarse de las bromas de Luc. Inspiró hondo y apretó los labios.

—Déjalo estar. Además, debería marcharme a mi propia habitación. —Marlene salió de la cama ante la mirada de estupefacción de Luc.

—¿Por qué? ¿No estás bien aquí? Nadie viene a esta habitación si estás pensando en que alguien puede vernos. Cosa que, por otra parte, no le incumbe

a nadie, salvo a ti y a mí.

Pero ella ya se había vuelto a poner los pantalones y entonces le tocaba el turno al sujetador. No miró a Luc en ningún momento. Ni siquiera le rebatió su último comentario. Estaba centrada en vestirse y salir de allí de inmediato. No había sido buena idea después de todo.

—¿Qué te sucede? ¿Por qué has decidido salir de la cama como si yo te hubiera echado de esta?

—No ha sido una buena idea —le soltó en su propia cara sin pararse a pensar en las consecuencias de sus palabras.

—¿Cómo?

—Lo que has escuchado. No debí acceder a venir a tu habitación. — Marlene recogió el bolso, pero al hacerlo la bola de nieve rodó por el suelo. Se quedó mirándola durante un segundo antes de recogerla y devolverla al interior del mismo. Extendió el brazo hacia el picaporte de la puerta y sintió la sacudida en todo su cuerpo cuando Luc la sujetó para volverla hacia él.

—Ha sido una buena idea.

—Sí, seguro que para ti lo ha sido —le comentó con ironía—. Te has tirado a una huésped.

—Pero ¿qué tiene que ver eso ahora?

—Todo. Es mejor que me marche a mi habitación. De verdad.

Marlene sentía decirle aquello porque no se lo merecía. Pero adoptar aquella pose de mujer fría y borde creía que era la mejor opción después de todo. La única manera para salir huyendo de allí. Huir antes de perderlo todo. ¡Maldita fuera!

—No te entiendo, pero espero que, después de dormir unas horas, lo veas todo con otra perspectiva.

Luc la soltó para que saliera de su habitación mientras ella volvía el rostro y lo miraba con los ojos empañados. Cerró la puerta al salir y caminó con paso ligero hacia las escaleras. Las subió de dos en dos y cuando llegó a su habitación, abrió la puerta y la cerró tras ella con rabia. Se quedó parada con

los labios apretados y la mirada perdida en el vacío. Ya le habían hecho daño una vez: cuando Robert le aseguró lo mismo que Luc, que se quedara con él en Estrasburgo. En un principio, lo creyó porque estaba entusiasmada con aquella idea, porque estaba enamorada de él y haría y diría cualquier cosa con tal de no perderlo. Pero con el paso del tiempo comprendió que él nunca se comprometería con ella de una manera seria y formal. Que solo la quería para la cama o para presumir delante de sus amistades. Las promesas que le había hecho se quedaron en papel mojado. Se esfumaron como el humo. Y ella decidió romper con todo y volver a Madrid y empezar de cero. Y, en ese momento, no iba a caer en lo mismo con Luc por mucho que le atrajera y se sintiera a gusto con él.

Se asomó a la ventana para ver la calle vacía salvo por las luces de las pocas farolas que había. Una fina capa de niebla, procedente de los canales, se extendía como algodón de azúcar. ¿Qué le estaba pasando?, se preguntó dibujando figuritas en el cristal empañado de la ventana. Apoyó la frente contra este y sintió el frío. Cerró los ojos y suspiró deseando amanecer en otro lugar.

Luc permaneció en su habitación. Quiso salir en pos de ella o incluso subir hasta la suya. Aclararlo todo. Pero le faltó valor para hacerlo. El comportamiento de Marlene lo había dejado sin capacidad de reacción. No esperaba que ella saliera de la cama como si él acabara de echarle un cubo de agua helada. ¿Qué diablos le había sucedido para que cambiara de repente? Había sido ella la que lo había besado de manera efusiva en el salón. La que había accedido a acompañarlo hasta la cama que, entonces, él contemplaba con desánimo. Se había entregado sin presiones porque lo deseaba de igual manera que él. Entonces... Luc se sentó en el borde de la cama con las manos entrelazadas. Necesitaba una explicación a su comportamiento. ¿Se había asustado por qué él le había pedido que se quedara? ¿Era esa la razón por la que se había marchado a su habitación? Se pasó las manos por el pelo de manera desesperada. Lanzó una mirada a la cama pensando en dormir un rato,

pero era consciente de que en ese estado no serviría de nada. No lo conseguiría. Solo podía esperar a por la mañana para poder aclararlo todo.

Capítulo 7

Marlene no tenía el cuerpo para dormir después de lo sucedido con Luc. Todo se había desbordado. Se le había ido de las manos sin que ella lo hubiera evitado porque, en el fondo, estaba a gusto en aquella situación. Había disfrutado con cada minuto que había estado junto a Luc. Y entonces se sentía asustada.

Se puso los auriculares de su *smartphone* para escuchar música mientras el tren seguía su camino hacia Mulhouse. Miró por la ventana el paisaje nevado que se extendía al margen de las vías.

Decidió marcharse un día antes de lo convenido.

Había abandonado el hotel antes de que el día hubiera despuntado, bajó a recepción, donde por suerte no se encontró con Luc. Pagó la factura y entregó la llave. No hubo preguntas de por qué se iba un día antes ni comentarios al respecto por parte del recepcionista. Pagó y se fue. ¿Era una cobarde por marcharse sin despedirse de Luc? Ella prefería decir que era una chica prudente que no pretendía que las cosas se complicaran más todavía.

No debió aceptar ir a Estrasburgo, pensaba en ese momento mientras la música llenaba su mente. No pudo evitar sonreír ante ese pensamiento. Sí, en ese instante, era sencillo pensarlo, pero en el momento lo vio como una oportunidad para escapar de las fiestas de Navidad en Madrid y pasarlas trabajando. Pero mira tú por dónde que lo que menos había hecho había sido precisamente trabajar.

¿Por qué coño tuvo que pedirle que se quedara? Si todo iba bien. Si él sabía que ella se acabaría marchando el día después de Navidad. «¿No podía quedarse calladito?», se preguntó apretando los dientes en un claro gesto de rabia. Por ese motivo, había decidido salir de allí antes de que los besos y las caricias de Luc la ablandaran y le hicieran sentir más de lo que ya había experimentado. Reservó una habitación en un hotel al lado mismo de la propia estación del tren de Mulhouse. De esa manera, no tendría que madrugar demasiado el día de su viaje de vuelta. Y él no sabría dónde encontrarla. Era lo mejor. Pasar página y seguir adelante.

El tren la alejaba de él a toda velocidad, lo que dejaba atrás emociones y sentimientos que era mejor olvidar desde ese mismo momento.

* * *

Luc apareció por recepción cuando su hermana charlaba con Marc. El gesto de ella al verlo pareció indicarle que había sucedido algo. La contempló asentir antes de pasar por detrás de Marc y dirigirse hacia él.

—Iba a recoger lo que dejamos anoche —le dijo Luc a Sophie haciendo un gesto con el pulgar hacia el salón.

—Deberías saber algo. —Sophie entornó la mirada hacia su hermano y apretó los labios temiendo la reacción de él.

—¿Qué sucede? ¿A qué viene esa cara? Me estás preocupando.

Sophie agarró del brazo a su hermano y se lo llevó aparte para que Marc no escuchara su conversación.

—¿Qué tal acabaste anoche? —le preguntó mirando cómo el semblante de Luc se transformaba en un gesto de picardía.

—Ya sé lo que te pasa. Quieres saber... —Luc agitó un dedo delante de su hermana sonriendo.

—¿Qué pasó? ¿Te quedaste a solas con Marlene?

Luc resopló sacudiendo la cabeza. Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Si vas a preguntarme si Marlene y yo acabamos juntos, mi respuesta es sí. Claro que, por otra parte, es algo que tú ya presumías que iba a suceder.

—¿Te acostaste con ella? —Sophie arqueó las cejas con expectación.

—¿A qué viene esa insistencia? Acabo de confesarlo. ¿Qué sucede? ¿No te lo crees? Bueno, no es cuestión de preguntárselo a ella.

—No creo que pudiera hacerlo, aunque quisiera.

El semblante de Luc cambió de expresión.

—¿Por qué? Bueno, supongo que ahora estará en su habitación. O en el comedor tomando el desayuno. —Un extraño presentimiento sobrecogió a Luc al ver a su hermana mover la cabeza en sentido negativo en repetidas ocasiones.

—Ni lo uno ni lo otro.

—Pues habrá madrugado para dar una vuelta por la ciudad. ¿Qué tratas de decirme? —Luc frunció el ceño contrariado por las insinuaciones de su hermana.

—Que Marlene dejó su habitación esta mañana temprano. A eso me refiero. Luc palideció al escuchar aquella información.

—¿Cómo que la dejó? ¿Se ha marchado del hotel?

—Eso mismo te estoy diciendo.

—No. No. No puedes estar hablando en serio.

—Pagó y entregó la llave a Marc —le aseguró mirando hacia este casi antes de que Luc saliera corriendo hacia la recepción.

—¿Han dejado libre la 105?

Marc se volvió hacia el casillero para descolgar la llave y pasársela Luc, quien la contemplaba como si se tratara de un bicho raro.

—La inquilina pagó con tarjeta y se marchó. Aquí tienes la copia de la salida. —Marc le entregó el papel al que iba grapado el recibo del pago con tarjeta—. Tenía que marcharse mañana, pero al parecer tenía prisa.

—¿No te dijo nada más? ¿El motivo por el que se marchaba?

Luc estaba preso de los nervios en ese momento. No podía creer que ella se

hubiera marchado sin despedirse. Sin aclarar lo que sucedió la noche pasada. De haber sabido que iba a dejar el hotel, él la habría encerrado en la habitación.

—Nada.

Luc asintió dando unas palmaditas sobre el mostrador de recepción tratando de pensar de manera rápida y clara qué había sucedido para que ella decidiera irse de aquella manera.

—Gracias, Marc.

Sophie lo vio regresar hasta ella con cara de circunstancia. Sin duda que estaba tan sorprendido como ella. Y como cualquiera que la noche pasada la hubiera visto en la cena. ¿Qué había sucedido entre su hermano y Marlene para que esta saliera poco menos que huyendo?

—Ya te dije que se había ido. Por eso te preguntaba qué había sucedido anoche. Si te comentó algo de que fuera a marcharse un día antes. —Sophie contemplaba a su hermano, quien en ese momento estaba aturdido por las circunstancias. Tenía la mirada fija en un punto en el vacío. Las manos en las caderas y sacudía la cabeza sin comprender la situación—. ¿Me has escuchado?

—Sí, sí —respondió sin mucha convicción—. ¡Joder! ¡Mierda!

—¿Qué más?

Luc levantó la mirada para fijarla en su hermana.

—No lo sé. Anoche estaba bien cuando... —Luc se detuvo en la narración al darse cuenta de que Marlene no estaba bien cuando salió de su habitación. Había sucedido algo que la había hecho reaccionar de aquella manera. Resopló abatido.

—¿Por qué te detienes? Dices que estaba bien cuando qué. ¿Qué sucedió?

—No, no estaba bien. De repente estábamos hablando y hubo algo que pareció molestarle porque salió poco menos que corriendo de mi habitación, la que tenemos para nosotros —le dijo haciendo referencia a la que usaba Luc algunas noches cuando decidía quedarse porque era tarde para irse a su propio

apartamento.

—¿Lo qué? ¿Recuerdas?

Luc asintió tomando aire mientras su hermana parecía impaciente.

—Le pedí que se quedara.

—¿Le pediste que se quedara aquí? ¿Contigo? —Había un toque de extrañeza en las preguntas de Sophie porque sin duda que aquella revelación no se la esperaba.

Luc asintió.

—Sí, le pedí que se quedara unos días más.

—Creo que ese puede ser el motivo por el que ella se ha marchado sin decir adiós —le aseguró Sophie palmeando a Luc en el hombro—. ¿Por qué lo hiciste? Acabas de conocerla y vas y... y le sueltas...

—¿Tal vez fue una estupidez pedírselo? O una locura, como calificó ella el hecho de que nos acostáramos. ¿Qué sé yo? Salió de la cama como un gato escaldado del agua.

Sophie sonrió imaginando la escena.

—¿Y ahora qué piensas hacer? —Sophie arqueó las cejas con expectación e incredulidad. No estaba segura de que su hermano reaccionara con cordura. Claro que, ¿quién era ella para echárselo en cara después de lo que ella había hecho con Vincent?, pensó Sophie.

—No lo sé —respondió abatido por un momento. Sin capacidad de reacción.

—No sabes dónde se ha marchado. De manera que no salgas a ciegas en su busca.

—Tranquila. No estoy tan loco ni tan ciego para darme cuenta de ello. Puede que haya encontrado un vuelo para hoy y a estas horas esté volando de regreso a Madrid —se aventuró a decir—. O puede que esté en un hotel cercano al aeropuerto de Mulhouse. Imposible saber lo que ha decidido hacer en tan poco tiempo.

—Tal vez puedas informarte bien de los horarios de los vuelos a Madrid y

con qué compañías vuelan.

—¿Qué estás sugiriendo? Acabas de pedirme que no sea tan loco de buscarla a ciegas. —Luc se encogió de hombros sin comprender la postura de su hermana.

—Pero no quita que te informes y que mañana te plantes en el aeropuerto por si ella no ha decidido irse hoy. Eso sí puedes hacerlo.

Luc asintió.

—Tal vez no sea mala idea. Total, no pierdo nada por ir mañana al aeropuerto a ver si por casualidad la veo.

—O, de lo contrario, puedes olvidarte de ella y...

La puerta del hotel se abrió en ese instante, lo que hizo que ambos hermanos centraran de inmediato su atención en esta. Por un momento, ambos tuvieron la misma corazonada. Pero no era Marlene la que estaba en el vestíbulo, sino alguien que acababa de dejar sin palabras a Luc. No se atrevió a pestañear al ver a la persona que le devolvía la mirada desde el mostrador de recepción.

—Creo que deberías arreglar un poco tu vida porque desde luego te va a hacer falta. Desconocía que Christine hubiera regresado a Colmar. ¿Y tú?

Luc deslizó el nudo que acababa de cerrar su garganta. Sintió la boca seca y creyó que el corazón se le había parado o saltado un latido, o iba camino de hacerlo. No podía creer que aquello le estuviera sucediendo a él. Imposible que la situación fuese tan hilarante. Su ex estaba, en ese preciso momento, mirándolo a la espera de que se acercara a ella.

* * *

Marlene llegó al hotel en Mulhouse. Un edificio moderno, frío y minimalista de una conocida cadena. La recepción más bien se asemejaba a una cafetería a la que ir a pedir. Pero esta no se encontraba demasiado lejos, ya que a escasos pasos, como le indicó la chica que la recibió, estaban las mesas para desayunar.

Ella asintió complacida ante esta perspectiva. El hotel no era nada hogareño ni cálido ni se respiraba el ambiente navideño de Colmar. No había adornos ni música de villancicos. Prefería un lugar así, como una cafetería de un aeropuerto. Cogió la llave magnética y subió a la habitación para dejar su maleta. Esta era de corte minimalista, como el resto del hotel. Decorada en verde pistacho, con estanterías en vez de un armario y una barra que las unía y servía para colgar las prendas. Se acercó al gran ventanal que daba a uno de los laterales de la amplia plaza en la que estaba ubicado el hotel. Lo había elegido por la proximidad a la estación. No hacía falta que deshiciera su maleta porque iba a pasar una sola noche. A la mañana siguiente, tomaría el vuelo de regreso a Madrid y se olvidaría de todo lo que había vivido.

Permaneció junto al ventanal contemplando el día gris, como era de esperar en aquella época del año. Sin embargo, ya no nevaba, tan solo caía una fina lluvia apenas visible, salvo porque veía a la gente con los paraguas abiertos.

Inspiró hondo y, tras echar un vistazo a la hora en el móvil, se dispuso a salir para dar una vuelta por Mulhouse y buscar un sitio para comer. Aunque por entonces no quería reconocerlo, echaba de menos ciertas sensaciones vividas en Colmar.

Luc se quedó quieto en el sitio contemplado a su ex pareja. Sophie le palmeó el brazo.

—Si pones un circo, te crecen los enanos. Buena suerte. Voy a echar una mano a recoger lo de anoche y, de paso, a preparar todo para la comida de hoy.

Luc contempló alejarse a su hermana que lo dejó frente a Christine. Caminó hacia esta al mismo momento que las palabras de Vincent, al respecto de lo mal que le marchaban las cosas a ella en París, lo asaltaron.

—No esperaba verte —le dijo cuando llegó a la altura de esta.

Christine no había cambiado demasiado desde que se marchó con su amigo

en común.

—Ya. Llegué ayer por la mañana.

—Imagino que has venido a pasar las Navidades con tu familia.

Christine tomó aire, abrió los ojos como platos y asintió.

—Sí, entre otras cosas. —Ella vio cómo Luc fruncía el ceño y sacudía la cabeza como si no le hubiera entendido—. Lo cierto es que he vuelto para quedarme.

Luc pareció sobresaltarse al escucharla. Y la contempló con la lógica expectación por lo que tuviera que añadir al respecto. Pero cuando percibió que ella se quedaba callada, él no pudo evitar preguntar.

—¿Piensas quedarte en Colmar, entonces?

—Así es.

—¿Y París?

Luc no comprendía nada. El día de Navidad había comenzado con la repentina fuga de Marlene y continuaba con la inesperada aparición de su ex de regreso de París para quedarse allí. Él no había pedido nada de aquello a Papá Noel. Luego, ¿por qué narices se lo había traído?

—Estuvo bien al principio. Pero después me di cuenta de que debía regresar a casa y retomar el negocio familiar.

—¿Eso quiere decir que vuelves al salón de té? —Luc alzó una ceja con suspicacia, ya que no terminaba de creer aquella historia.

—Sí. Mañana empiezo.

Hubo un momento de tensa calma en el que los dos continuaron contemplándose. Luc no tenía la más mínima intención de sacar el tema de ellos. De por qué se largó a París con Pierre y lo dejó solo. Bueno, sí lo sabía. Quería dejar Colmar para buscar sus opciones en París. Una ciudad llena de posibilidades en cuanto al trabajo y con más vida social y *glamour*. Pero al parecer no le había ido muy bien. Regresaba a casa y al trabajo que había desempeñado desde que él la conoció.

—Si quieres algo más... Tengo que ayudar a preparar el comedor para la

tradicional comida de Navidad.

—Cierto. Oye, a lo mejor te apetece quedar más tarde y charlar.

Luc percibió cierto sentimiento de culpa en el tono de ella, así como en su mirada y en sus gestos. La había querido. Y mucho. Pero después del tiempo transcurrido... Luc era consciente de que no quedaba nada de lo vivido y sentido junto a ella. Solo esperaba que Christine no pretendiera retomararlo.

—No estoy seguro. Ya sabes que acabaremos tarde.

—Tal vez pueda pasarme yo.

Luc asintió de manera leve. Sus labios eran una delgada línea y su mirada mostraba una mezcla de sorpresa e indignación porque ella estuviera allí, como si no hubiera sucedido nada.

—Ahora, si me disculpas...

—Claro.

Christine había tenido serias dudas a la hora de decidirse a presentarse en el hotel para ver a Luc. No sabía cómo reaccionaría y por entonces le pareció que de manera educada, cordial pero sin mucho interés en ella. Claro que en parte era lo que esperaba. Salió del hotel sin volver la vista atrás para contemplar a Luc una última vez.

Luc permaneció en mitad del vestíbulo, resoplando y sacudiendo su cabeza sin poder dar crédito a lo que estaba viviendo. ¿Era alguna broma del destino o qué narices? ¿Cómo podía ser que, en una misma mañana, la mujer que le interesaba se hubiera largado sin decir adiós y, poco después de enterarse de ello, su ex apareciera como si nada hubiera sucedido entre ellos? ¿Había alguien que pudiera explicárselo? Porque desde luego que él no lo entendía. ¿Dónde coño estaba Marlene?, se preguntó algo desesperado por la situación.

Marlene dejó el hotel para recorrer Mulhouse, aunque no le apetiesiera demasiado, ya que su estado de ánimo estaba algo tocado. Creía que volvería a ser ella una vez que dejara atrás Colmar y a Luc; pero algo en su interior no

parecía funcionar como ella esperaba. Resopló algo agobiada por la situación; y era que no se había sentido de esta manera antes.

Decidió caminar hasta el centro de la ciudad. «Al menos aquí no decoran las casas con peluches», pensó aliviada recordando lo visto en Colmar. El centro estaba repleto de tiendas y cafés de conocidas cadenas. Entró en uno de estos y pidió una café largo. Subió al piso de arriba y buscó un lugar apartado pero con vistas a la calle. Sacó su móvil del bolso y comprobó que tenía varios mensajes y algunos correos, algunos relacionados con su trabajo. Les echó un vistazo por encima, pero se dijo que, hasta que no llegara a Madrid al día siguiente, no pensaría en estos. Dio un sorbo al café y nada más dejarlo sobre la mesa comenzó a vibrar. Marlene lo ignoró durante unos segundos. Luego, ante la insistencia, lo miró de reojo y vio el nombre de su amiga en la pantalla. Deslizó el dedo por esta y respondió.

—Dime, ¿qué quieres? —Marlene intentó parecer animada y casual, pero no le salía. ¡Maldito fuera Luc!

—*Hey, ¿a qué viene ese tono de desgana? ¿Te he despertado?*

Marlene se pasó la mano por el rostro intentando despejarse del todo. Por el momento, el chute de cafeína no estaba cumpliendo su función con ella. Pero le daría tiempo.

—No, no. Me estoy tomando un café.

—*Ah, vale. ¿Qué tal todo? Ya te queda menos para volverte.*

—De puta pena, tía.

—*¿Y eso? ¿Qué ha pasado con el recepcionista?*

—Lo que no debería haber sucedido.

Hubo una pausa en la línea en la que ninguna añadió nada. Marlene volvió su mirada hacia el cristal de la ventana. Tras este, una fina lluvia comenzaba a caer sobre las personas que caminaban por la calle.

—*¡Ups! ¿No irás a decirme ahora que te lo has tirado?*

—Pues eso es lo que trato de decirte, pero no sé por qué no puedo. Anoche acabamos en su cama.

—*Y, esta mañana..., ¿con qué cara te ha mirado?*

Marlene dio un trago largo al café, a ver si la despertaba de una vez y la ayudaba a aclararse.

—Con ninguna porque me he largado de madrugada de su hotel.

—*¿Cómo que...? ¿Dónde coño estás?*

—En Mulhouse.

—*¡Mulhouse! ¿Y qué haces allí?*

—Escapar. No quería pasar ni un día más viendo a Luc. Por eso me he marchado antes de que él se diera cuenta. Claro que supongo que a estas horas es más que probable que ya se haya dado cuenta de que no estoy.

—*Pero ¿por qué narices has hecho algo así?*

—Ya te lo he dicho, no quería verlo de nuevo.

—*¡Joder! Te lo tiras y desapareces. ¡Qué romántico, ¿no?!*

—*¡Qué romántico ni que leches! No vamos a vernos más. ¿Qué importa lo que haya hecho o dejado de hacer?*

—*Mira, no sé qué habrá sucedido entre vosotros, pero huir de esa manera...* —Esther empleó un toque lleno de sarcasmo para referirse a ese asunto.

—Me preguntó si había posibilidad de que quedarme más días. ¿Tú lo ves normal? ¿Para qué? ¡Coño, si no me conoce! —protestó Marlene con una mezcla de enfado e ironía.

—*Bien, pero al parecer estaba dispuesto a hacerlo.*

Marlene desvió la mirada hacia la calle. La gente paseaba abrigada hasta las orejas. Ella misma había notado como si hiciera más frío que en Colmar, o tal vez fuera ella la que se sentía algo más desangelada en el fondo.

—No estoy dispuesta a quedarme en la villa de Noel —le dejó claro levantando el tono de su voz con energía, lo que hizo que algunos clientes se quedaran mirándola. Marlene desvió su mirada de estos y volvió a la calle. Al fondo se distinguían las torres de la catedral, así como la gigante noria que dominaba la plaza donde se distribuían las casas de madera del mercadillo

navideño.

—*Vale, vale. Me ha quedado claro. No hace falta que te pongas así. ¿A qué hora regresas?*

—A media mañana. Cogeré el metro para llegar a casa. ¿Te veré para comer?

—*Podemos quedar. Ya sabes que tengo una hora para hacerlo.*

—Vale, mañana hablamos entonces.

—*Cúidate, cabecita loca.*

Marlene sonrió con ironía al escuchar el apelativo de su amiga. Y tanto que se había comportado como tal. Se había dejado llevar en un arranque de no sabía muy bien qué para después salir huyendo de todo. ¿Qué coño estaba sucediendo? Todo aquello que le había ocurrido en los últimos días era algo irreal, una fantasía. A lo mejor era un sueño y, de un momento a otro, se despertaría en su habitación en el piso que compartía con Esther. O era como al viejo Scrooge en *Cuento de Navidad*. A lo mejor, después de todo, debía dar un giro a su vida, pensó con los ojos entrecerrados y mordisqueándose el labio.

* * *

Luc no pasó un buen día de Navidad. Trató por todos medios de mantenerse ocupado con las conversaciones de los demás, aguantando alguna que otra broma, pero en cuanto tuvo unos segundos a solas, Marlene se adueñó de sus pensamientos. Seguía sin entender el motivo por el que se había marchado sin decirle nada. Pues bien, si ella no pretendía darle ninguna explicación, él intentaría que se la diera. Acudiría al aeropuerto de Mulhouse, al día siguiente, para intentar localizarla en el vestíbulo antes de que cruzara a la zona de embarque.

—¿Todo bien?

Luc se volvió cuando escuchó la voz de su amigo Vincent y sintió su

palmada en el hombro.

—Sí, claro.

—Oye, ya sé que no me importa, pero eres mi amigo desde hace muchos años.

—Ya te digo, fíjate sin son muchos los que íbamos juntos al colegio — corroboró Luc con una sonrisa.

—Pues eso. ¿Dónde se ha metido Marlene?

Luc hizo como que no había escuchado la pregunta en un primer momento, pero cuando vio el gesto de insistencia en su amigo, no le quedó otra que contárselo.

—Será mejor que nos sentemos. Vamos al salón a tomar algo ahora que todo está más tranquilo.

La comida había concluido y algunos huéspedes se habían retirado a sus habitaciones mientras otros habían preferido dar un paseo por la ciudad.

—¿Qué ha sucedido? —Vincent entornó la mirada hacia Luc, intrigado por lo que este tuviera que contarle.

—Marlene se ha marchado esta mañana.

—Bueno, vale. Si tenía que irse... —Vincent se encogió de hombros sin darle mayor importancia.

—No, no tenía que irse —le aclaró Luc volviendo a avivar la curiosidad en Vincent—. Tenía que estar hoy aquí y marcharse mañana.

—Le habrá surgido algo de última hora y ha decidido adelantar el viaje de regreso.

—No, no lo creo.

—Estás muy seguro de ello. ¿Tú sabes el motivo por el que se ha ido? —inquirió su amigo señalando a Luc como si lo acusara. Lo contempló inclinar la cabeza y entrelazar sus dedos al frente. Permaneció en silencio con gesto pensativo.

—Anoche, cuando todos os marchasteis, Marlene y yo nos quedamos solos —comenzó explicándole Luc a un Vincent que comenzaba a cambiar el

semblante de su rostro sabiendo por dónde iban los tiros—. Solo te diré que lo que empezó aquí en el sofá terminó en la cama de mi habitación.

—Vale, te acostaste con ella, ¿y? ¿Qué tiene eso que ver con que se haya ido antes de tiempo?

—No estoy seguro, pero creo que se asustó.

—¿Cómo que se asustó? ¿De qué?

—Le pedí que se quedara aquí unos días más.

—¿Le pediste que se quedara contigo? —Vincent no salía de su asombro mientras escuchaba aquella confesión de Luc, quien entonces se limitaba a asentir. Vincent se pasó la mano por el rostro—. No creo que ese fuera el motivo.

—¿Ah, no?

—Por lo poco que hablé anoche con ella, es una mujer que lo tiene muy claro. A ver, no traga las Navidades y mira tú dónde ha acabado. Creo, más bien, que estaba agobiada de todo este ambiente y decidió irse antes de tiempo. No tenía nada que hacer aquí. Seamos realistas, tío.

—Bien mirado, tienes razón. Pero ¿por qué no me dijo nada?

—Porque lo habrá pensado de repente y decidió hacerlo. Sin más. — Vincent chasqueó los dedos—. Además, un huésped no tiene por qué dar explicaciones del motivo por el cual deja el hotel antes. Y tú, mejor que nadie, lo sabes.

—No lo sé. No es tan fácil.

—Vale, pongámonos en otro extremo. Se asustó porque descubrió que, después de todo, eres un tío que merece la pena. Le gustas y tal vez sintió o percibió algo que la hizo echarse atrás. Anoche me aseguró que no tenía ningún interés en ti.

—¿Eso dijo? —preguntó Luc con una sensación de incredulidad en el tono de sus palabras y en su rostro.

—Sí, me lo aseguró en un momento que estuvimos charlando de manera relajada. Pero de lo que decía a lo que yo percibí en su mirada y en sus gestos

hacia ti, hay una gran diferencia.

—Entonces, tengo razón al pensar que ella se ha marchado porque...

—Es posible. Date cuenta de que ella tiene su vida en España. Descubrir de repente que se siente atraída por ti hasta el punto de irse a la cama... Para empezar no es algo que a uno le suceda todos los días, ¿no crees? —Vincent entornó la mirada hacia su amigo a la espera de que le diera la razón—. Tal vez se sintió culpable consigo misma y decidió partir en retirada antes de tiempo. O solo quería divertirse contigo. No tengo ni puñetera idea, la verdad —le aseguró sacudiendo la cabeza y juntando sus manos.

—¿Divertirse? —preguntó Luc con el ceño fruncido.

—Un polvo y adiós. Ya que estaba aquí de paso... Por cierto, me comentaste que había aparecido el otro día acompañada, pero ayer noche estaba sola.

—Su amigo le dio plantón.

—Bueno... No lo sé, pero tal vez sea una mujer complicada. Que no tiene las cosas claras. Pregúntale a Sophie, seguro que ella puede ilustrarte mejor que yo. Es mujer como Marlene. Sabrá qué cable se le habrá cruzado para irse de esta manera.

—Sophie ha sido muy clara conmigo esta mañana. —Vincent arqueó las cejas con inusitada expectación por saber su opinión—. Marlene no se ha marchado por su propia voluntad, la he echado yo.

Vincent abrió la boca para decir algo, pero al final apretó los labios y asintió preocupado por el estado de ánimo de su amigo.

* * *

El día en Mulhouse transcurría de manera lenta y anodina, para gusto de Marlene. Solo tenía ganas de que llegara el día siguiente y coger el vuelo de regreso a Madrid para olvidarse cuanto antes de esos días en la Alsacia francesa. ¡Y pensar que había ido a trabajar! Había echado un vistazo a un par

de correos sobre trabajos que debía aceptar o rechazar. A simple vista eran poca cosa, aunque uno nunca podía estar seguro hasta que no se metía en serio con el texto. Pensar en aquellos dos encargos de traducción le sirvió para alejar a Luc de sus pensamientos.

Vincent buscaba a Sophie para comentar con ella lo sucedido la noche pasada. Si su amigo Luc estaba confuso por lo que Marlene había hecho, no menos extraño era lo sucedido entre ellos. Todavía no le había comentado nada a Luc y eso que era su mejor amigo; pero también era el hermano de esta. Y ahí radicaba la cuestión. No quería que lo suyo con Sophie saliera mal, bajo ningún concepto. No se lo perdonaría. Conocía a Luc desde niños, como habían recordado momentos antes. Eran como hermanos. Había visto crecer a Sophie y convertirse en la mujer que era en ese entonces y que lo había atrapado. Y, aunque disfrutaba de su compañía y la echaba de menos cuando él se volvía a París, no podía tampoco evitar sentirse diferente cuando la veía en Colmar.

Sophie permanecía sentada en recepción con la atención fija en la pantalla del ordenador y la mano sobre el ratón, que movía allí y allá. Vincent la observó desde la distancia sin que ella se percatara. No pudo evitar sonreír y sentir un ligero nerviosismo, como cada vez que la contemplaba de aquella manera tan... distinta a como lo hacía delante de los demás. Ahí radicaba la diferencia entre verla a solas y en compañía. No creía que nadie estuviera al tanto de la relación tan especial que mantenían ellos dos. Ni siquiera él comprendía qué lo empujaba a seguir así. Había vuelto a Colmar para quedarse y, en aquel momento, nadie lo sabía. Lo había decidido después de encontrarse perdido y diferente cuando regresó a París la última vez. Y es que, cada vez que regresaba allí, más le costaba más irse. Y creía tener claro cuál era el motivo. Por eso mismo, había decidido que debía decirse de una vez por todas. Estaba arreglando sus asuntos de trabajo en la agencia de modelos

para la que trabajaba en la actualidad.

Vincent apoyó los brazos sobre el mostrador de recepción y se inclinó hacia delante con picardía, sin dejar de contemplar la parte de piel que Sophie le permitía ver, gracias a que llevaba varios botones de su camisa desabrochados.

—¿Qué quieres? —le preguntó ella sin levantar la mirada de la pantalla de portátil.

—¿Trabajas la tarde de Navidad?

—Solo estoy echando un vistazo a las reservas que tenemos para la semana que viene.

—Ya, fin de año.

—Tú, supongo que te quedarás en París con tus exuberantes modelos. — Había un ligero toque de enfado, ironía y celos en las palabras de Sophie que provocaron una cínica sonrisa en Vincent. Pero también se sintió, en cierto modo, orgulloso por escucharla hablar así.

—¿Celosa?

Sophie arqueó las cejas sorprendida ante esa cuestión. Miró a Vincent tratando de averiguar si lo decía en serio o era otra de sus bromas. Había momentos en los que no sabía cómo debía tomarse sus comentarios.

—¿Yo? No me ha dado todavía por ahí —le confesó fingiendo que no le afectaba lo que hiciera. Pero era todo lo contrario. Le gustaba Vincent y mucho. Podría asegurar sin temor a equivocarse que se había enamorado de él hacía años y que, a pesar del tiempo y de la distancia, todavía lo seguía estando. Y la prueba concluyente era que la noche pasada se lo había llevado a su apartamento sin pensar en las posteriores consecuencias.

—No seas tan dura. No te pega.

—¿Perdona? —Sophie entornó su mirada hacia Vincent, consciente de que él tenía razón. Pretendía hacerse la dura, la interesante o la mujer fría ante él para hacerle ver que no le interesaba. Que no sentía nada importante por él.

—Sophie, los dos somos conscientes de lo que hay entre nosotros.

—No me vengas con chorradas de este tipo. ¿Quieres?

—No son chorradas, como tú las calificas. ¿Cómo explicas lo sucedido anoche? —Vincent bajó el tono de su voz para evitar que Luc o cualquier persona pudiera escucharlo.

—¿Cómo quieres que lo haga? Pasamos la noche juntos porque me apetecía hacerlo. Ya está.

Vincent no podía dar crédito a la manera en la que ella se expresaba. No era *ella*, la misma mujer que había despertado entre sus brazos esa mañana; la misma que había ronroneado como una gata buscando su calor y sus caricias.

—Bueno, si es así como tú lo ves —le dijo enojado por la manera de ella de afrontar la situación.

—¿Qué quieres que diga? ¿Qué fue una demostración del cariño que nos tenemos? —le preguntó poniendo los ojos como platos y entreabriendo sus labios para tomar el aire que la mirada de él le estaba robando.

—No hablas en serio. Y lo sabes. Pero lo dejaré pasar.

—¿Cómo quieres que lo califique, Vince? —le preguntó empleando una modalidad de su nombre—. ¿Quieres que te diga que todo es maravilloso? ¿Que me importa una mierda cuando te vas o lo que haces en París? ¿Que no me dejas jodida con cada despedida hasta el fin de semana siguiente, o el otro? —le preguntó sintiendo que la angustia comenzaba a oprimirle el pecho—. Me gustaría que estuvieras aquí y que lo nuestro tuviera una base sólida sobre la que construir una relación. Pero no puede ser.

Vincent inspiró hondo al escucharla decir aquello. En el fondo, sabía que ella se sentía de la misma manera que él. Por ese motivo, estaba moviendo los hilos para quedarse con ella todos los días. No tener que regresar a París, salvo para trabajar y quedarse a vivir con ella en Colmar. Pero no se lo diría hasta que todo estuviera bien atado.

—Siento todo esto.

—No hace falta que lo digas. —Sophie volvió a centrar su atención en la pantalla del portátil para no tener que mirarlo a él y para que no percibiera

cómo se sentía en realidad. ¡Maldito fuera el día en que se fijó en él! ¡Y el día que permitió que la besara por primera vez! ¡Y el día que...! Sophie se detuvo en sus pensamientos cuando se dio cuenta de que él ya no estaba apoyado en el mostrador. Se había ido sin despedirse. Era mejor que no regresara jamás. Que se quedara en París de una maldita vez. Para siempre. Cerró la mano alrededor del ratón y lo apretó hasta que sintió como se le clavaba. Estaba furiosa consigo misma por seguir creyendo que Vincent acabaría dejando París para quedarse allí con ella. ¡Qué ilusa y qué romántica era!, se dijo levantándose de la silla para caminar hacia la ventana y mirar como caía la tarde. Apenas si había gente en la calle. La ciudad estaba desierta, gris y silenciosa. El mismo ánimo que sentía ella en ese momento.

Capítulo 8

Marlene estaba levantada antes de que sonara la alarma de su móvil. Tenía tantas ganas de regresar a casa que apenas si había pegado ojo. Quería marcharse cuanto antes, como si pasar allí más tiempo del que debía pudiera afectarle de alguna manera que desconocía. No iba a echarse atrás y a quedarse porque Luc se lo hubiera pedido. No lo conocía lo suficiente como para cometer semejante locura. Ni estaba dispuesta a pasarse el tiempo en una ciudad que parecía sacada de *Cuento de Navidad*.

De manera que dejó su habitación y, con la maleta, bajó a desayunar. Tenía tiempo hasta la salida del tren hacia Saint Louis y luego el autobús hasta el aeropuerto.

Luc había sido de los primeros en aparecer en el comedor del hotel para desayunar.

—¿A qué vienen esas prisas? —le preguntó su madre al verlo desayunar a toda velocidad, como si alguien lo persiguiera.

—¿Tengo que irme?

—¿Irte? ¿Adónde?

—Al aeropuerto.

—¿Al aeropuerto? ¿Para qué? ¿Te marchas? —La mujer no daba crédito a las palabras de su hijo.

—No, no me marchó. Solo tengo que ver a una persona antes de que se vaya.

—¿Te refieres a Marlene?

Luc no dijo nada. Se quedó con la taza levantada en alto mientras observaba a su madre mirarlo con una ceja arqueada y una media sonrisa irónica.

—Eh...

—Déjalo, anda. Ya me lo contarás después.

—Yo te lo explico —le dijo Sophie entrando en el comedor para comprobar que hubiera de todo para la primera tanda de huéspedes que bajarían a desayunar.

—De acuerdo. Luego os veo.

—Conduce con cuidado.

Luc levantó el pulgar para darles a entender que las había escuchado. En ese momento, no tenía tiempo para detenerse y darle detalles a su madre. Había revisado los vuelos que salían ese día con destino Madrid y debía darse prisa si quería llegar al aeropuerto con el tiempo necesario para intentar encontrar a Marlene.

Esta escuchaba música durante el corto trayecto en tren, primero, y en autobús después, hasta el aeropuerto. Pensaba que, de esa manera, lograría distraerse. Cuando se apeó del autobús frente a la entrada de la terminal de salidas, se sintió un poco más aliviada. Cada vez le quedaba menos tiempo para estar en casa y olvidar aquellos días. No era que guardara tan mal recuerdo de su paso por la Alsacia, pero creía que era mejor echarlos a la papelera de reciclaje particular porque no le servían de nada.

Marlene caminó con paso firme, llegó al vestíbulo del aeropuerto y buscó en las pantallas informativas el estado de su vuelo: sonrió cuando comprobó que saldría a la hora. Bien, era el momento de dirigirse hacia la zona de seguridad, no fuera a ser que después hubiera demasiada gente y le tocara

esperar interminables colas. Para evitar que la entretuvieran en demasía, se había desprendido de todos los metales habidos y por haber que llevaba encima. Se dirigió a las escaleras mecánicas, ajena a que en ese momento Luc estaba cruzando las puertas de acceso al vestíbulo.

Luc se detuvo ante los paneles informativos que informaban de las llegadas y las salidas de los vuelos. A Madrid, por entonces, solo había uno. Tenía que ser el que cogería Marlene. Comprobó los números de los mostradores de facturación para ir a echar un vistazo cuando al apartar la mirada del panel, la divisó a ella en las escaleras mecánicas camino del primer piso, donde se encontraba el control de pasajeros. Si ella cruzaba el torno de lectura de billetes, él no tendría nada que hacer. Luc emprendió una frenética carrera en la que chocó con varias personas que lo increparon, alguna maleta que acabó en el suelo ante el estupor de su dueño y subió por las escaleras mecánicas a empujones apartando a las pocas personas que encontraba. Llegó arriba con el pulso acelerado, el corazón retumbando en su pecho hasta el punto en que pensó que le daría un infarto allí mismo cuando por fin logró llegar. La vio junto al torno, dispuesta a pasar su billete por el lector.

—¡Marlene! ¡Marlene! —llamó, pero ella no lo escuchó en ninguna de las dos ocasiones porque no se había desprendido de los auriculares de su teléfono móvil. La luz del torno se puso verde, y ella cruzó hacia el control policial, ajena a lo que sucedía detrás de ella. Luc se detuvo delante del torno. No podía pasar porque no tenía billete y porque la guardia de seguridad lo contemplaba con cara de pocos amigos.

—Si no va a cruzar, apártese. Entorpece el paso al resto de pasajeros. Por favor.

—¡Joder! —se maldijo por haber llegado cinco putos segundos tarde. Allí estaba ella en el momento crucial.

Luc se apartó hacia un lado y, durante un momento, permaneció noqueado,

sin capacidad de reacción. No podía hacer nada porque sabía cómo actuaría el personal de seguridad del aeropuerto. No tenía ganas de que lo detuvieran. Todo su esfuerzo no había servido para nada después de todo. Ella se largaba de regreso a Madrid y no volvería a verla. Resopló abatido y se sentó en uno de los asientos que la gente empleaba para retocar sus maletas y guardar en estas todo lo posible, buscar su documentación y demás. Luc dejó la mirada perdida en el vacío con las manos unidas en alto. Resopló, recuperó las pulsaciones y, por último, se levantó y caminó de regreso al vestíbulo del aeropuerto. Tendría que regresar al hotel y proseguir con el trabajo como si nada.

Marlene echó un vistazo a su *smartphone* esperando el momento para embarcar. Seguía con los auriculares puestos, como si escuchar música la mantuviera abstraída de todo. Respondió a los correos que hacían referencia a sus dos encargos para los próximos días. Si los horarios se cumplían, llegaría a Madrid para comer con Esther como habían acordado. Y todo lo sucedido en esos días en Colmar quedaría atrás como un mero recuerdo que no le convendría guardar. Nunca debió acabar en esa ciudad y menos dar pie a todo lo que sucedió. Pero entonces ya le daba igual, puesto que en un par de horas regresaría la normalidad a su vida. Se prepararía para celebrar el nuevo año junto a sus amistades y punto. Las Navidades habrían acabado ya porque para ella el día de Reyes no significaba nada: la ilusión se la dejaba a los niños. Y la última noche del año era para divertirse hasta el amanecer y, al igual que los vampiros, debía regresar a su morada.

Observó a las auxiliares comenzar a colocarse en el mostrador de la compañía junto a la puerta de embarque.

Luc se subió al coche e inició el camino de regreso al hotel con una sensación de frustración. Había llegado tarde por poco. Y, además, ella no lo había escuchado porque llevaba los auriculares puestos. ¡Joder, qué putada!, pensó

golpeando el volante. Apoyó su cabeza con los ojos cerrados y resopló. ¿Por qué narices el destino ponía a aquella intrigante chica en su camino y luego se la arrebatava?, se preguntó tratando de encontrar una respuesta a ello. ¿Qué significado tenía? Creía que habían conectado y eso no podía negarlo ni la propia Marlene por mucho que saliera huyendo de él. Necesitaba una aclaración de lo sucedido por parte de ella. Y estaba dispuesto a obtenerla.

Sentada en su asiento en el avión, Marlene procuraba relajarse. Cerró los ojos para dormir un rato mientras se iniciaba el despegue y, cuando el avión ganó altura y se estabilizó en el aire, pareció sumirse en un estado de relax que no deseó abandonar hasta que aterrizara. Una parte de ella parecía mostrarse en contra de su determinación de marcharse de aquella manera, de dejarlo atrás sin aclararlo, puesto que él no se merecía ese desplante, la verdad. Sí. Aunque lo intentaba, no podía borrar de sus recuerdos a Luc ni los días pasados con él. Creía que había sido un rollo, un polvo más y que no le afectaría de aquella forma tan rara. Pero le estaba sucediendo pese a la música, a mirar por la ventanilla contemplando las nubes y a tratar de convencerse de que, en cuanto llegara a Madrid, todo habría terminado.

Desconocía el motivo, pero en algún que otro momento había conseguido tocarle un punto en el que ella sintió pavor. Sí, por eso salió corriendo la otra noche de la cama; por ese motivo había desaparecido de Colmar un día antes de regresar a casa. Sintió pánico a lo que percibió en la mirada de Luc cuando le pidió que se quedara con él.

Luc llegó al hotel y, nada más abrir la puerta, se encontró con la cara llena de expectación de Sophie. Sin embargo, su gesto cambió cuando lo vio resoplar y sacudir la cabeza.

—No hace falta que me cuentes lo que ha sucedido. Puedo hacerme una idea

por el gesto que traes en tu cara —le comentó Sophie contemplando a su hermano avanzar con paso cansino hasta el mostrador y apoyar las manos sobre este mientras la miraba.

—La vi —le aseguró haciendo que Sophie abriera los ojos como platos y casi se cayera de la silla.

—¿Cómo que la viste? ¿Y entonces... qué ha sucedido? ¿Por qué no ha venido contigo? —Entornó la mirada hacia su hermano deseando conocer su explicación.

—Llegué justo cuando estaba cruzando el torno hacia la zona de seguridad. La llamé, pero no me escuchó. Llevaba puesto los auriculares del móvil —le aclaró él con un gesto de desesperación.

—Joder...

—De manera que no he tenido manera de hablar con ella.

—¿Y ahora? ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a pasar página? —Sophie entornó la mirada hacia su hermano.

—Debería hacerlo, pero... ahora mismo no puedo. No sé... No entiendo por qué ha aparecido en mi vida para luego desaparecer de esta manera. Sin decir nada ni despedirse. No es normal, Sophie.

—Pues déjame decirte que ya son dos. —Luc frunció el ceño al escuchar aquella explicación de su hermana—. No he visto a Vincent en toda la mañana. Y tan solo he recibido un mensaje que dice, cito textualmente: «Nos vemos. Despídeme de Luc».

Este se quedó pensativo durante unos segundos asimilando la manera de despedirse de su amigo.

—Bueno, ya conocemos a Vincent y que es muy dado a aparecer y desaparecer de las maneras más inesperadas. ¿Algo más?

Sophie tardó en reaccionar, puesto que seguía dándole vueltas a la despedida de Vincent. Ni siquiera la había llamado o se había pasado, ¡qué menos! Pero al parecer esa era la tónica de la gente últimamente: despedirse sin decir nada. Lo de ella con Vincent parecía tener los días contados. Cada

vez que se veían y él se marchaba, ella estaba más convencida de que acabaría sucediendo. Se sentía dolida con la manera de actuar de él. Y encima no se lo podía contar a Luc porque ellos eran amigos desde niños. Estaba segura que de hacerlo la relación de amistad se vería afectada, y eso era algo que ella no pretendía que sucediera. De manera que era mejor centrarse en el trabajo y dejar a Vincent a un lado de su vida.

—No, nada más. Estaba repasando las reservas de las personas que deben irse y las que tienen que entrar de cara a esta última semana del año.

—¿Colgaremos el cartel de completo? —preguntó un esperanzado Luc.

—No. Siento decirte que no lo conseguiremos. Oye, disculpa si insisto, pero ¿has pensado en llamar a Marlene?

Luc pareció dudar al respecto de este hecho.

—No, no por ahora.

—¿Por ahora?

—Necesito unos días para digerir todo esto.

—Bien, pero no te olvides de tu ex.

Luc resopló. No había vuelto a pensar en Christine con todo aquel follón de Marlene.

—Sí, bueno. Tampoco estoy muy seguro de cuáles son sus intenciones.

—Ya, pero ¿qué te dijo el otro día? ¿Te ha aclarado el motivo de su vuelta?

—Al parecer ha regresado para ocuparse del negocio de su familia. París no ha debido ser lo que ella esperaba. —Luc apretó los labios y arqueó sus cejas con total expresividad.

—¡Anda, mira! ¿No era ella la que no quería quedarse aquí a cargo del salón de té que tiene su familia? —Sophie hizo la pregunta empleando un tono sarcástico porque no se le había olvidado que esa fue la excusa que ella puso para irse. Y la mirada de su hermano así se lo constató—. ¿Y Pierre?

—No tengo la más mínima idea de si ha venido con ella. Algo que tampoco me quita el sueño.

—Deja que te diga que si lo que pretende es volver a retomarlo contigo, ya

puedes irle dando una patada en culo. Siempre puedes decirle que te gusta otra.

—Si lo dices por Marlene, lo llevo claro. Ella está en Madrid y yo aquí. Sin ni siquiera tener nada.

—¿Crees que sería la compañera perfecta para ti? —El tono de la pregunta de su hermana cambió de manera radical. Dejó a un lado las bromas y el sarcasmo mirando de manera fija a Luc.

—No podría asegurarlo del todo, Sophie. ¿Lo es Vincent para ti? —Luc lanzó la pregunta sin pensarlo dos veces y con la mirada entornada hacia su hermana, quien como él esperaba se quedó poco menos que petrificada.

Luc la había sorprendido con ese último comentario acerca de la relación que Vincent y ella mantenían. A Sophie no le pillaba de sorpresa del todo, ya que intuía que su hermano sabía algo. Era imposible si era tan buen amigo de Vincent. Se quedó mirándolo con gesto de culpabilidad. En ese momento, no tenía ni idea de qué decir. No podía rebatir la afirmación de su hermano porque era cierto y porque él no le creería si le aseguraba lo contrario.

—Dime, ¿qué piensas hacer con Vincent? Él tiene su vida en París como fotógrafo para la moda. Y tú estás aquí, en el hotel. ¿Has pensado mudarte a París?

—Lo sé. Soy consciente de la situación que atravesamos.

—¿Y? A ver, no te estoy diciendo que tomes una decisión precipitada de la que luego te puedas arrepentir —comenzó explicándole al recordar lo sucedido con Christine.

—Si piensas que va a sucederme lo mismo que a tu ex...

—No tengo ni idea de lo que habéis hablado al respecto.

—¿Qué puedo hablar con alguien que se ha largado esta mañana despidiéndose con un mensaje? —le preguntó ella cabreada por ese motivo.

—Sí, pero ambos conocemos a Vincent y sabemos que no es muy dado a las despedidas cariñosas.

—Si te estás preguntando si esto me afecta, mi respuesta es no.

—Me alegra saberlo. Es curioso que él no me haya contado nada.

—Si no lo ha hecho, es porque no quiere que vuestra amistad se vea afectada. Por eso.

—¿Por qué debería?

—Piensa que si entre nosotros las cosas no marcharan, tú...

—¿Qué? ¿Piensa que le partiría la cara? ¿Qué dejaría de hablarle? — preguntó a una Sophie sorprendida por la reacción de su hermano—. Los dos sois adultos para saber dónde os metéis y cuáles pueden ser las consecuencias de vuestros actos. No me voy a entrometer ni a decirle lo que tiene o no tiene que hacer. Y mucho menos a ti.

Hubo una pausa entre los hermanos en la que ambos parecieron asimilar la información dada y recibida, hasta que Sophie rompió el silencio.

—¿Cómo lo sabías? Él me ha asegurado que nunca te lo ha dicho.

Luc sonrió.

—Cierto. Pero solo tengo que escucharle hablar de ti. Y, que yo sepa, no tiene ninguna relación en París, aunque oportunidades imagino que no le faltan, dado el mundo en el que se mueve. Ah, y para corroborar mis sospechas, anoche os vi marcharos juntos —precisó él con un gesto de complicidad con su hermana.

—¿Cuándo? Si tú estabas...

—Charlando con Marlene, sí. Pero ello no me distrajo de veros salir del hotel. Y, a juzgar por vuestros gestos de complicidad, no me quedó duda alguna de que esa noche acabaríais juntos.

La puerta del hotel se abrió en ese momento para dar paso a una pareja que arrastraba sendas maletas. Luc se situó detrás del mostrador ante la atenta mirada de su hermana. Parecía algo tocada después de la conversación con su hermano. Sin capacidad de reacción. Entonces también lo sabía él. Lo que ni ella ni él podrían saber era en qué derivaría la cosa.

—Buenos días, tenemos una reserva.

Sophie sonrió de manera amable a la pareja mientras Luc tomaba nota de la

reserva. Se giró hacia el casillero y les entregó la llave mientras este terminaba con el registro y entonces la vio sobre el mostrador, junto al teléfono. Extendió la mano con cautela y pasó los dedos por el frío cristal de la bola de nieve.

—¿Qué hace esto aquí? —preguntó cogiéndola con su mano y mirando a Sophie en busca de una respuesta que, por desgracia, él ya conocía.

—Ah, me la entregó Lauren. Estaba en la habitación de Marlene. Al parecer se la ha dejado.

Luc asintió con los labios apretados al tiempo que bajaba la mirada hacia la bola de nieve que él le había regalado. Luego, esbozó una ligera sonrisa llena de añoranza y la dejó donde la había encontrado.

* * *

Marlene permanecía abstraída contemplando las nubes por debajo del avión cuando las auxiliares de vuelo pasaron con el carrito para ofrecerle algo para picar. Ella sacudió la cabeza, por lo que desechó la invitación que le habían hecho.

—Entre tú y yo, estos bocadillos están recalentados. Y el café... —El chico sacudió la mano delante de él y arrugó el gesto de su rostro dando a entender que era mejor no pedirlo.

Marlene escuchó la voz de su compañero de vuelo. Hasta ese momento, no se había dirigido a ella.

—No tengo por costumbre tomar nada en los aviones.

—Yo tampoco. Suelo desayunar bien en el hotel antes de llegar al aeropuerto o, en su defecto, lo hago en este, aunque menudos precios.

—Bueno, se aprovechan de que no te dejan subir comida al avión porque en este te la venden. Y no es de calidad.

Marlene desvió su atención una vez más hacia la ventana. No tenía muchas ganas de mantener una conversación con aquel pasajero, la verdad. Pero al

parecer él no iba a dejarla tranquila, ya que al momento sintió su aliento cerca de su cara. Se había inclinado un poco hacia ella para preguntarle.

—¿De regreso a casa?

Marlene se giró hacia él con cara de pocos amigos. Se limitó a lanzarle una mirada de «No quiero hablar. ¿Te ha quedado claro?» y asintió. Pero su compañero de asiento no parecía darse por enterado, ya que insistió como si tuviera especial interés en ella.

—¿Vives en Basilea o se trata de un viaje de placer?

Ella hizo como si no lo hubiera escuchado. No tenía ganas de hablar y menos de contarle su vida a un completo desconocido. No tenía nada contra él, solo que el horno no estaba para bollos. Y lo único que podría ganarse era una mala contestación. Que ella sacara su parte más borde y despiadada. Por eso era mejor no seguirle el rollo y responder a su pregunta, porque ella estaba segura de que después de esa vendría otra y otra. De manera que se colocó los auriculares y se dejó arrastrar por *Perfect*, de Ed Sheeran. Su mirada permanecía fija en el paisaje que comenzaba a vislumbrar tras las nubes más bajas. Miró el reloj de su *smartphone* para calcular si ya estaban en España. Le quedaba una media hora antes de aterrizar en Barajas y después al metro. Echaba de menos el trasiego de gente corriendo de aquí para allá por el metro. El bullicio del día a día. Sin duda que su breve estancia en Colmar había sido como irse a un *spa* relajante, solo que ella no necesitaba nada de eso. No estaba cansada ni agobiada del día a día. Y, en ese momento, lo que necesitaba con urgencia era dejarse engullir por el ambiente de una gran ciudad como Madrid. Tal vez sonara como una loca por desear ese ritmo de vida, pero era el que necesitaba.

Su compañero de viaje pareció darse cuenta, por fin, de que ella pasaba de mantener una conversación. No obstante, le lanzó un par de miradas de reojo a ver qué hacía. Tenía los ojos cerrados y la cabeza contra el respaldo, como si estuviera echando una cabezada. Marlene sonrió sarcástica. A lo mejor había sido algo brusca con la miradita que le había echado, pero la prefería a una

mala contestación. De repente notó cómo el estómago se le encogía por el repentino descenso del avión. La había pillado desprevenida como a casi todo el resto del pasaje. Su mirada se cruzó con la de su compañero de vuelo. La maniobra del avión lo había despertado y entonces la miraba con los ojos abiertos como platos y una tímida sonrisa. Para suerte de ella, él no dijo nada esta vez. Solo se limitó a mover sus cejas.

Quince minutos después, el avión tomaba tierra. La gente comenzó a desabrocharse los cinturones antes de que la señal para hacerlo se apagara. Y los más inquietos empezaron a levantarse de los asientos para recoger su equipaje de cabina.

—Hay que ver la prisa que tienen algunos —comentó él.

—A lo mejor tienen que enlazar con otro vuelo. Puedo entenderlo.

—Sí, claro. Por suerte ese no es mi caso.

—Ni el mío. —De repente Marlene se dio cuenta de que le volvía a dar conversación cuando minutos antes se la había negado. Tal vez se debía a que se sentía algo culpable de este hecho, o a que una cosa era hablar de cosas banales como los aviones y sus pasajeros, y otra que le hiciera preguntas sobre ella.

La gente comenzó a desfilar hacia la puerta delantera del avión, pero Marlene tuvo que esperar a que el pasillo se despejara para poder acceder a este.

—¿Es esta tu maleta? —le preguntó él cogiendo una del compartimento al tiempo que se la mostraba.

—Sí. Gracias.

Marlene la cogió y enfiló su camino hacia la salida. Se despidió de los auxiliares de vuelo y caminó por la pasarela que la llevaría a la terminal de llegadas. Respiró cuando por fin entró en esta. Se desentendió del que había sido su compañero de vuelo al verlo hablar por el móvil. No quería que la acompañara hasta el metro y demás. De manera que lo dejó atrás sin que este se hubiera dado siquiera cuenta, porque ella se mezcló con otros pasajeros

para pasar inadvertida. Caminó con paso ligero hacia la salida y luego recorrió los largos pasillos hasta llegar al metro. Por fin estaba en un hábitat, pensó resoplando y al pasar la tarjeta del metro por el lector para acceder al andén que la llevaría a casa.

Una hora y media después de haber aterrizado en Barajas, Marlene llegaba al piso que compartía con Esther. Dejaba la maleta en su habitación sin deshacerla y le mandaba un wasap a ella para quedar. Se sentó en la cama esperando la contestación de esta y aprovechó para revisar sus correos. Había respondido a las dos propuestas de trabajo que le llegaron. Las había aceptado a ambas dado que tenía tiempo entre una y otra. Los plazos de tiempo eran lo suficientemente amplios como para que pudiera cumplirlos. Dejó el *smartphone* sobre la mesilla y se quedó con la mirada perdida en el vacío. No quería pensar en ello. No quería que él se deslizara en su mente. ¡No! No era lo que necesitaba en ese preciso instante. No quería sentirse extraña en su propia casa, en su habitación. Ni quería tener una sensación de vacío en su estómago, que ella achacó de inmediato a no haber desayunado lo suficientemente bien. Resopló con dificultad, cogió el teléfono y decidió que se largaría a buscar a Esther. Por entonces, no podía quedarse sola en casa.

Caminó hasta la boca del metro más cercana para cogerlo y poner dirección a la Castellana, ya que imaginaba que quedarían a comer por allí cerca. Esther trabajaba en una consultoría y disponía de una hora libre más o menos. Marlene confiaba en que la compañía de su amiga, su charla y demás le sirvieran de distracción mientras comían. Aunque mucho se temía que la comida y la breve sobremesa girarían en torno a ella y su estancia en Colmar, lo que conllevaría sacar a Luc.

Marlene la esperó en la calle junto a la puerta del edificio de oficinas en el que trabajaba. La temperatura no tenía nada que ver con la de Francia. La había notado más baja cuando salió a la calle procedente de la boca del metro,

pero se había hecho a ella de inmediato. Consultó de nuevo sus correos, como si estuviera esperando alguno en concreto. O una llamada, o tal vez un mensaje. Se sintió algo defraudada en su interior cuando percibió que no había señales de Luc. ¿Esperaba que él la llamara para preguntarle por qué se había marchado de aquella forma tan repentina? ¿O que tal vez le enviara un correo electrónico? No. Ni mucho menos. Esta situación la ayudaba a convencerse de que había hecho lo mejor para ella. Su salida del hotel sin avisarle, sin dejar una nota de despedida. Ni mucho menos iba a llamarlo, o a ponerse en contacto con él de alguna manera. Por eso se guardó el teléfono en el bolso y puso su mejor cara cuando vio aparecer a su amiga toda elegante con su abrigo oscuro, bolso y zapatos a juego.

—Hey, guapa. ¿Llevas mucho esperando? Es que tenía que entregar un informe antes de salir a comer, ya sabes. Todo para última hora en estos días previos a fin de año.

—No, tranquila. Llevaba poco. No te creas, que acabo de aterrizar como quien dice.

—Bueno, ¿qué tal? Espera, ¿dónde quieres que comamos?

—Tú mejor que nadie sabrás. Yo no tengo ni idea por esta zona.

—Vale, vamos aquí cerca. Así no perdemos demasiado tiempo y me pones al día —le dijo moviendo sus cejas con celeridad deseando saber qué narices había pasado con el recepcionista y con ella.

—De acuerdo, pero no te vayas a pensar que...

—No me pienso nada. Ni te daré mi opinión hasta que no me lo cuentes todo.

Minutos después, ambas permanecían sentadas a una mesa en un restaurante cercano a las oficinas donde Esther trabajaba. Y mientras esta picaba el pan a la espera del primer plato, Marlene soltaba la primera bomba.

—Le he pedido a Robert que me borre de la lista de traductores externos del Parlamento.

Esther mordisqueó el trocito de pan correspondiente y asintió.

—¿Crees que es lo mejor para ti?

—Lo creo. De lo contrario, no lo habría hecho. No me apetece seguir viéndolo. Creo que he sido bastante clara esta vez.

—Entonces..., ¿lo haces por él? ¿Para no volverlo a ver? —Había un toque de preocupación en la pregunta de Esther—. Mira que eso significa cerrarte una puerta más que interesante.

—Lo sé, pero es lo que necesito. Además, ya sabes que el trabajo, por suerte, no me falta. Es más, ya tengo dos encargos en el *mail* para entregarlos antes de fin de año —le informó señalando su móvil sobre la mesa.

—Ya sé que no te va a faltar el trabajo.

—Entonces, ¿por qué me lo preguntas? —Marlene enrolló los tallarines carbonara y se los llevó a la boca.

—Porque sabes que lo de Estrasburgo es una muy buena oportunidad.

—Mi felicidad es la mejor oportunidad que tengo.

—¿Y por qué narices te cogiste el avión para ir allí esta vez? ¿Por qué no le dijiste a Robert que no estabas interesada? Te habrías ahorrado una pasta y pasar unos días en Villa Noel, como tú la has calificado —le recordó con sorna moviendo sus cejas arriba y abajo.

Marlene torció el gesto mostrando su disconformidad tal vez. Porque, aunque le costara reconocerlo para no sentirlo, los días pasados en Colmar habían merecido la pena, después de todo.

—Sí, no te lo niego. Pero ya sabes que lo hice para salir de aquí y por la Navidad.

—Saliste de la sartén para caer en el fuego. No me digas que no tiene gracia.

—Ummm.

—La tiene. Pero ¿y Robert? Ese libro está cerrado entonces.

—Sin duda.

—¿Y el del recepcionista del hotel en el que te has alojado estos días? — Esther frunció sus labios y puso cara de expectación máxima.

—También lo he cerrado. —Marlene se mostró resolutiva en ese sentido. Sacudió la cabeza y encogió los hombros sin entender a qué venía aquella pregunta por parte de ella.

—Parece que lo tienes muy claro.

—Cristalino como el agua.

—¿En serio te pidió que te quedaras allí? —Esther adoptó una pose más acorde a la pregunta y a lo que Marlene podría sentir en ese momento.

Esta se limitó a asentir primero. Luego cogió aire y desvió la mirada para recomponer su semblante.

—Es una locura. O una gilipollez, como prefieras —le dijo de mala gana.

—Locura o no...

—No digas nada, por favor.

—Solo pienso que él solo pretendía conocerte. No creo que te dijera que se había enamorado de ti. O que creyera que eres la mujer de su vida —comentó Esther de manera desinteresada, buscando quitar hierro a la situación.

—No.

—Menos mal. Si un tío al que conozco de un par de días me suelta algo así, salgo por piernas de allí y no me vuelve a ver.

—Tú eres alérgica a las relaciones de más de una semana, Esther —le recordó mientras esta fruncía sus labios—. Nunca conseguirás que te lo digan por ese motivo. Los tíos te duran menos que un paquete de tãmpax.

Esther ladeó la cabeza emitiendo un sonido gutural.

—Pero entonces..., ¿te has largado sin más, sin decirle nada? No se te habrá ocurrido irte sin pagar...

—¿Cómo voy a hacer algo así? No, todo quedó en orden. Pero era lo mejor. Si me hubiera quedado otro día, la cosa se habría liado más. Era preferible despedirse como lo he hecho yo.

—Que sepas que eres una auténtica cabrona. —Esther la señaló con un dedo—. ¿Cómo has podido? —Dirigió toda su atención hacia su amiga a pesar de que el camarero llegó para retirarles los platos vacíos. Esther entrecerró sus

ojos, sacudió la cabeza sin poder creer del todo que su amiga lo hubiera hecho.

—Pues no creo que sea para tanto. Muchos huéspedes se marchan de los hoteles antes siquiera de terminar su estancia. Una vez conocí a uno que lo hizo porque se aburría.

—Ya, pero tú tenías un ligue navideño. No podías decir que te estaba aburriendo precisamente.

—¿Cómo puedes decirlo? No estabas allí para ver lo que hacíamos — protestó Marlene irritada porque Esther pretendiera saberlo todo, incluso cómo se sentía ella en ese preciso momento.

—Casi mejor que no estuviera —ironizó esta alzando una mano, como si estuviera deteniendo algo.

—Pues es mejor así. Lo que pasó en Colmar se queda en Colmar.

—Lo has hecho porque en el fondo él te gusta. Te lo noto en la mirada, en tus gestos y en el cabreo del quince que traes. Vienes cambiada y apuesto a que ese joven recepcionista ha tenido toda la culpa.

Marlene quiso replicarle, pero o no encontró las palabras adecuadas para hacerlo, o bien no sintió las fuerzas necesarias. Fuera lo que fuera, se quedó callada contemplando el segundo plato que había pedido.

—Claro que vengo cambiada. Te acabo de decir que he dejado la bolsa de empleo externa del Parlamento. Y que he mandado a paseo a Robert. Que pretendo empezar de cero el nuevo año, para el que quedan muy pocos días.

—¿Qué piensas hacer en Nochevieja? Y no me digas que quedarte en casa como una aburrida —le advirtió Esther esgrimiendo un dedo delante de su amiga. No estaba dispuesta a que Marlene se la pasara sola y más después del bajón que tenía. Sí, porque, aunque ella no se lo confesara de una manera abierta, los días que había pasado en Francia la habían cambiado. Y todo tenía que ver con su ligue navideño.

—No lo había pensado todavía.

—En ese caso, lo haré yo por ti. Nos vamos de fiesta —le dijo de una

manera directa contemplando el gesto de indiferencia en su amiga.

—Vale. Lo que tú digas.

—Algunos compañeros de la oficina han reservado una cena en un hotel con barra libre y todo eso incluido para pasarlo bien.

—Un momento. ¿Has dicho que han reservado en un hotel?

—Sí, y no tienes que preocuparte, ya que cuando me preguntaron si iría y si lo haría sola o acompañada, decidí apuntarte. De manera que ya puedes ir buscando un vestido para la ocasión.

—¿Cómo que me has apuntado a una cena de Nochevieja? ¡Sin contármelo!

—Si lo hubiera hecho, te habrías negado en rotundo. Por eso no te lo dije y ahora no te queda otra que ir —le resumió Esther con una sonrisa de oreja a oreja—. De ese modo, te quitas de la cabeza a tu recepcionista francés —le aseguró con un toque de retintín.

—Deja de recordármelo a cada momento, ¿quieres?

—De acuerdo, pero a la cena te vienes. Tenemos que salir por ahí a buscarte un vestido, ¿no?

Marlene ladeó la cabeza, frunció los labios y se encogió de hombros.

—Creo que no tengo otra solución.

—Perfecto.

—Oye, ¿tú no tienes que regresar a la oficina? Lo pregunto porque te noto muy relajada con el café y no es que yo tenga mucho que hacer, salvo ponerme con los dos encargos de traducción que me han hecho. Ni tampoco pretendo echarte.

—Sí, ahora nos vamos. Tú vete pensando en el vestido de Nochevieja.

Marlene asintió más porque su amiga dejara aparcado el tema que porque en realidad este le apasionara. Quería ir a divertirse y comenzar el año de una manera divertida, diferente y que no tuviera que ver con lo vivido en Colmar.

Acompañó a Esther de regreso a las oficinas y, tras acordar que se verían en el piso, Marlene caminó por la Castellana sin prisa ni rumbo fijo. Le apetecía pasear un poco, sumergirse en el bullicio del tráfico, ir a paso ligero para

cruzar las calles, en resumen, todo aquello que no había tenido en Colmar. Levantó la mirada hacia las fachadas de los edificios y, salvo los centros comerciales, el resto no tenía luces ni árboles y mucho menos ositos de peluche colgados de las ventanas. De la decoración, se encargaba el ayuntamiento. No se imaginaba los grandes edificios de la avenida adornados de igual forma que en Colmar. Por un momento, sonrió imaginando esta estampa. Ese pensamiento la llevó a otro que tenía relación con Luc. Y, en ese momento, Marlene cerró los ojos y apretó los dientes porque no pretendía volver a pensar en él. De ninguna manera, pero su imagen y los recuerdos estaban ahí, como si lo estuviera viendo delante de ella, dispuesto a acompañarla en un paseo por los mercadillos. Gracias a Dios, en Madrid solo estaba en la Plaza Mayor, y ella no tenía la más mínima intención de acercarse por allí. Ya había tenido suficiente dosis los días pasados y eso que no tenían nada que ver estos con el de Madrid. Siguió su camino algo distraída cuando su móvil vibró en el interior de su abrigo. Marlene pensó que era Esther que se le había olvidado comentarle algo, pero el número que aparecía en pantalla le era desconocido.

—¿Diga?

—¿*Marlene*?

No fue una cuestión de escuchar su nombre la que hizo que se detuviera en mitad de la calle; sino más bien reconocer la voz que lo pronunciaba y que sacudió todo su cuerpo sin poder evitarlo.

—¿Luc? —preguntó humedeciéndose los labios primero y deslizó el nudo que acababa de formarse en su garganta.

—*Sí, soy yo. Te sorprende escucharme, ¿eh?*

—Pero... Sí, bueno... —Ella estaba aturdida por aquella inesperada llamada. Incapaz de reaccionar. Los recuerdos en torno a él la estaban acosando cuando de repente... escuchó su risa al otro lado de la línea.

—*Si te estás preguntando de dónde he sacado tu número, te diré que de la ficha de alojamiento. Quédate tranquila que no la usaré más.*

Marlene cerró los ojos, cogió aire y se dispuso a enfrentarse a aquella embarazosa situación porque ella estaba segura del motivo por el que la llamaba. Su corazón comenzó a latir más y más deprisa sin que pudiera relajarse.

—Eh... Vaya... ¿Qué tal todo?

—*Bueno, ahora mismo esto está muy tranquilo. Ya tenemos todas las reservas para esta semana de fin de año.* —Luc se detuvo un segundo, como si cogiera aire antes de proseguir—. *De manera que he aprovechado para saber qué tal estabas.*

Marlene esbozó una tímida sonrisa.

—Bien, acabo de comer con mi amiga y ahora estaba dando un paseo por Madrid. Me iré a casa y me pondré a trabajar en dos encargos que me han llegado.

—*¿Por qué te marchaste de repente? Ni si quiera te despediste. Entiendo que te surgió algo inesperado.*

Ella aguardaba esa pregunta. Inspiró hondo y reunió el valor necesario para hacerle frente a esa cuestión. No esperaba que él la llamara y se lo preguntara, pero por si ello sucedía, la había ensayado y memorizado con tiempo.

—Sí. Me llamaron para unos trabajos y decidí adelantar un día el regreso. Así podría disponer de más tiempo.

—*Entiendo. Lo primero es el trabajo y teniendo en cuenta que tú odias la Navidad.*

Marlene escuchó la entonación irónica de la voz de Luc.

—De verdad que lo pasé muy bien los días que he pasado allí contigo...

—*Es algo de agradecer por tu parte. Al menos me queda el consuelo de que conseguí que no odiaras tanto esos días.*

Marlene se mordisqueó el labio para evitar decir lo que en ese momento estaba pasando por su cabeza. Y que si lo hacía, se estaría condenando a sí misma y reconocería ante él lo que sentía. Era consciente de que no había respondido a su pregunta. O, al menos, no le había dado la respuesta que él

estaría esperando por parte de ella. Sintió un intenso hormigueo por todo su cuerpo mientras cerraba los ojos para evocar la imagen de Luc una vez más.

«Conseguiste algo más que hacerme pasar buenos ratos».

—*¿Qué vas a hacer en Nochevieja?*

—Oh, bueno, Esther me ha apuntado a una cena en un hotel. Iremos con los compañeros de la oficina donde ella trabaja. En tu caso, me imagino que tendrás que currar y todo eso. Haréis una cena especial para los huéspedes, ¿verdad?

Hubo un momento de silencio en la línea. Marlene esperaba que Luc se lo confirmara o que le dijera algo más, pero parecía que le estaba costando hacerlo. Lo escuchó resoplar antes de seguir hablando.

—*Sí, sí, claro. Es la costumbre. En fin no quiero entretenerte más, ya que me has dicho que tenías que trabajar.*

—Sí —murmuró Marlene sin apenas fuerzas.

—*Ah, por cierto, te dejaste algo olvidado. Me gustaría podértelo llevar... o enviártelo si me mandas tu dirección postal.*

Marlene sabía perfectamente a lo que él se refería. La bola de nieve que le había regalado por Navidad. La había dejado en la habitación adrede. No quería llevarse con ella ningún recuerdo físico de aquellos días. No quería recordar a Luc cada vez que viera la bolita en casa. Por eso no quiso llevársela con ella.

—Sí, ya sé a qué te refieres. Con las prisas... Me he dado cuenta al deshacer la maleta. Ya lo miro y te digo.

—*Claro. En fin, ahora sí te dejo. Que disfrutes del año nuevo.*

—Sí, igualmente. —Marlene cortó la llamada en el mismo momento que pronunció la última sílaba y guardó su teléfono en lo más hondo del bolso, como si no quisiera que sonara más. Luego cerró los ojos y resopló un par de ocasiones antes de conseguir serenarse. Aquella llamada no solo la había alterado más de lo que ella esperaba, sino que además había removido todos sus recuerdos. ¿Por qué quería saber cómo se encontraba? ¿Qué más le daba a

él? No iban a volverse a ver. De eso estaba segura porque no pretendía regresar a Villa Noel, como ella la calificaba. No le gustaban las Navidades, el consumo excesivo, la hipocresía de las personas que fingen desearte un buen año y luego te están dando por el saco durante este, el materialismo de esos días. ¿Dónde había quedado la ilusión para ella? Tal vez, sin darse cuenta, la encontró hacía días, pero entonces la había dejado atrás sin predisposición a recuperarla.

Luc se quedó escuchando el sonido de la línea cuando Marlene colgó. Resopló y dejó su mirada fija en el vacío.

—¿Cómo está? —La pregunta de Sophie lo obligó a levantar la vista hacia su hermana—. Porque estoy segura de que estabas hablando con Marlene.

Luc se limitó a asentir sin mediar palabra en un principio. Estaba aturdido por la conversación. Sabía que ella había mentido cuando le aseguraba que había tenido que marcharse un día antes por cuestiones de trabajo. Y, por otra parte, que se hubiera olvidado la bola de nieve. Algo le decía que no había querido llevársela con ella para no tener un recuerdo de su paso por allí.

—Bien.

—¿Y tú?

—No lo sé. En parte me gustaría pasar página y olvidarme de todo.

—¿Pero...? —Sophie entornó la mirada hacia su hermano sabiendo que había algo más.

—Pero no puedo porque estoy seguro de que ella mintió cuando me aseguró que se marchó por trabajo, cuando me dijo que estaba bien o que se olvidó por descuido de mi regalo por Navidad. No me creo que no sintiera nada cuando la besé, cuando la tuve desnuda en mis brazos, bajo mis manos que la acariciaron.

—¿Y? ¿Cuál es la solución?

Luc permaneció pensativo contemplando la bola de nieve que le regaló.

Levantó la mirada hacia Sophie con determinación y con una sonrisa bastante reveladora acerca de cuál era su propósito.

Capítulo 9

Vincent había regresado a París con la agria sensación de no confesarle la verdad de lo que estaba haciendo allí. Sin embargo, prefería esperar a tenerlo todo solucionado antes de darle la noticia. Llevaba tiempo sin poderse quitar de la cabeza lo que había entre ellos. Era consciente de que Sophie esperaba más de él y por supuesto que se lo merecía. Pero él parecía no muy dispuesto a arriesgarlo todo por ella, consciente de que estaba jugando con fuego. Podía llegar el día en que un desconocido se cruzara en la vida de ella y se quedara para siempre. Y él la perdería por su falta de determinación. La había visto convertirse en la preciosa mujer que era en aquel momento. Y, aunque en repetidas ocasiones se había dicho, o mejor, jurado que no pondría los ojos en la hermana de su mejor amigo..., el destino parecía tener otros planes para él porque, cada vez que recordaba su primer beso, su primera caricia, su cuerpo desnudo junto al de él, sentía una sensación diferente en su interior.

Llegó a las oficinas de la revista de moda para la que trabajaba con el firme propósito de dar un giro completo a su vida.

—Quedan tres días para fin de año y necesito las fotos en mi mesa ya —le espetó Monique mirándolo por encima de la montura de sus gafas azul turquesa.

—Las tienes en tu mesa desde hace dos días —le indicó Vincent acercándose para coger el portafolio que las contenían.

Monique lanzó una mirada de desconcierto a Vincent al mismo tiempo que

cogió el portafolio.

—Podrías habérmelo dicho.

—Se lo dije a Claire, tu mano derecha.

Monique comenzó a pasar las fotografías y a dejarlas sobre la mesa eligiendo aquellas que incluiría en el primer número de la revista para el nuevo año.

—Son muy buenas. El trabajo al que nos tienes acostumbrados es excelente —asintió ella frunciendo los labios en un mohín de aprobación—. Se las daré a Vecchio para que las incluya en el próximo número. Dime, ¿qué vas a hacer el fin de año?

—Me marcho de París —dijo de manera directa observando el gesto de contrariedad que mostraba la directora de la revista.

—Pero si acabas de llegar...

—No me has entendido, creo. Dejo París. Regreso a Colmar.

La cara de Monique le dio una idea aproximada de lo que esta pensaba de su decisión.

—¿Significa que dejas de trabajar para la publicación?

—Vendré cuando me necesites.

—Tenemos un acuerdo para que estés disponible para la revista siempre que se te necesite. No puedes estar a kilómetros de distancia si te necesitamos para una sesión de urgencia o para un evento de la alta sociedad parisina —le recordó Monique elevando la voz en un intento de mostrarse dura y determinante. Pero sabía que con el hombre que tenía delante no le valdría porque este estaba de vuelta de la vida. Se las sabía todas. Y no esperaba que a estas alturas él se echara atrás porque ella le recordara el acuerdo que firmaron en su día.

—No me niego a venir, te lo estoy diciendo.

—¿Y qué pasa si te necesito aquí y ahora mañana?

—Que vendré tan pronto como pueda.

—No estoy segura de que vaya a funcionar.

—Entonces, cancelo el acuerdo y renuncio a mi posición en la publicación.
—Vincent cruzó los brazos sobre el pecho y miró de manera directa a Monique para dejarle claro que no estaba dispuesto a cambiar de parecer.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo que cancelas el acuerdo?

—Lo que has escuchado. Si me vas a exigir estar aquí cuando tú quieras, cancelo mi contrato con la revista. Redactaré mi dimisión para que la presentes al Consejo Editorial. A primeros de año, me gustaría ser un *freelance*.

Monique entrecerró los ojos al tiempo que abría la boca para rebatirlo.

—¡Eres un grandísimo hijo de...! —Monique se abstuvo de pronunciar la última palabra. Sabía que él tenía la sartén por el mango porque era bueno en su trabajo. No, era muy bueno. El mejor en su campo. Y tanto las agencias como las revistas se lo rifarían en cuanto supieran que había quedado libre de su actual empleo—. De acuerdo. Se lo plantearé al Consejo de Dirección y te daré una respuesta. Pero hasta entonces nada de dimisiones. —Monique esgrimió un dedo ante él a modo de advertencia mientras entrecerraba los ojos mirándolo con frialdad.

—Nada —asintió él con las manos en alto y una mueca irónica.

—¿No tendrás un as en la manga? Me refiero a una oferta mejor o algo así... —Monique entornó la mirada hacia Vincent, que sonreía.

—Tranquila, la oferta que tengo no tiene nada que ver con el trabajo. Pero también te digo que nunca podrías competir con ella —le aseguró empleando una sonrisa cínica.

—Veré qué puedo hacer para que puedas hacer lo que pides. Pero no te aseguro nada.

—Entonces yo tampoco. Si me necesitas, estaré por la redacción —le dijo, y dejó a su jefa con la boca abierta sin poder decir nada más.

En ese momento, ya tenía vía libre para volver a Colmar y pedirle a Sophie lo que hacía tanto tiempo deseaba.

* * *

Faltaban dos días para fin de año y Marlene no encontraba nada que ponerse. Cuando no era la talla, era el color o el diseño o sus propias ganas de asistir a la fiesta de Nochevieja. La verdad era que, desde que había recibido la llamada de Luc, ella parecía más tocada que cuando regresó de Colmar. No le había dicho nada a Esther para que esta ni se preocupara ni le diera la tabarra con la misma canción. Pero no hacía falta porque su amiga estaba al tanto de todo.

Esther recibió un mensaje la mar de curioso e interesante a través de una red social. Luc se había puesto en contacto con ella para explicarle cuál era la situación y lo que había previsto hacer. Y, aunque en un principio a Esther aquello le parecía una tomadura de pelo, accedió a que él la llamara para poder explicárselo mejor por teléfono.

Ella confirmó sus sospechas acerca de que Marlene estaba cambiada. Y todo se debía a que él la había llamado el día en que llegó a Madrid. Pero esta no se lo había contado. ¿Pretendía olvidarse de Luc cuando él iba a demostrarle lo que le importaba? Por eso accedió a que él la llamara para aclarar la situación entre ellos.

«—Marlene no se fía de ti —le soltó después de las presentaciones y demás temas introductorios.

—*¿Por qué? Le he demostrado que me gustaría intentarlo con ella. ¿Por ese motivo salió huyendo de Colmar? ¿Por qué le pedí que se quedara? Porque no me trago lo del trabajo ni que odie la Navidad después de haber pasado conmigo estos días en Colmar.*

—Yo también soy consciente de que su escapada ha tenido algo que ver contigo por mucho que ella se esconda detrás del trabajo que le han encargado. Pero los dos últimos tíos que le he conocido le han hecho un flaco

favor al amor, aunque te suene cursi.

—¿Robert? ¿Su compañero en el Parlamento?

—Sí, el mismo. ¿Lo conoces?

—*Vino desde Estrasburgo para estar con ella en Colmar. Pero no sé qué sucedió porque se marchó el mismo día en que llegó.*

—Robert es un completo capullo. He perdido la cuenta de las veces que le ha estado dando largas cada vez que ella iba a Estrasburgo. Robert es un tío que no quiere comprometerse y punto. Y no me refiero a que fueran a casarse, ya me entiendes. Pero cada vez que ella regresaba de verlo lo hacía hecha polvo. Y el otro que tuvo... Bueno, mejor no te aburro con malos rollos.

—*Ya, ninguno quiso comprometerse a intentarlo con ella.*

—Eso mismo. Marlene está escaldada de tíos que no saben lo que quieren en realidad. Por ese motivo, pensó que tú también...

—*Pensó que no estaba dispuesto a hacerlo. Escucha, Esther, no sé si esto es una locura o una gilipollez, pero los días que pasé con Marlene merecieron la pena. Todos y cada uno de los momentos que compartimos.*

—Bien, pero no quiero saber ciertos detalles.

—*Ya, claro. Descuida. Nunca algo fue tan perfecto.*

—Espero que lo digas en serio porque, de lo contrario, pienso ir a Villa Noel y cortarte las pelotas.

—*Si estoy dispuesto a hacer lo que voy a hacer...*

—De acuerdo. Te escucho. ¿Qué coño piensas hacer?».».

Esther recordó la conversación con Luc y su arriesgada locura que pretendía llevar a cabo. Ella le había advertido que podría esperar cualquier cosa de Marlene, desde que se echara a sus brazos y ella misma lo besara a que lo mandara por dónde había ido. Esa era su amiga, la misma que entonces posaba delante de un espejo con un vestido de tirantes en azul y un escote de vértigo.

Esther la observaba dar un paso hacia delante y dos atrás. Girarse, mirarse

el trasero, colocarse el escote.

—Parece que voy pidiendo guerra.

—Mujer, una tiene lo que tiene —le dijo haciendo referencia al pecho de ella—. A mí me gusta cómo te queda, la verdad.

—Necesito una chaqueta.

—Bien, pues la busquemos.

—¿Crees que me queda bien? —insistió contemplando su imagen en el espejo una vez más.

Esther se acercó a ella por detrás. Le recogió un poco el pelo, salvo por algunos mechones que dejó libres a ambos lados de su rostro.

—Pareces una divinidad clásica.

Marlene la miró de reojo y sonrió.

—Estás como una puta cabra. Que lo sepas.

—Sí, tal vez. Pero nos llevamos el vestido. Puedes permitírtelo —le dijo mirando el precio primero y le guiñó un ojo a Marlene.

—No sé si, después de todo, sea buena idea que vaya. Si no me hubieras apuntado...

—Pues claro que tienes ganas de ir. A ver si consigo quitarte ese apatía que tienes desde que llegaste. Ahora que te veo, pienso que en el fondo solo hay una persona que podría quitártela —le dijo arqueando una ceja con suspicacia, consciente de que su amiga echaba de menos a Luc. Pero si todo salía como ella creía, no tardaría mucho en verlo.

Marlene sintió el rostro arder de manera repentina al pensar en Luc. Resopló y decidió desaparecer en el interior del probador. De ese modo, dejaría de escuchar a su amiga hacer comentarios acerca de Luc, y ella lograría tranquilizarse. Él no iba a aparecer por arte de magia. Ella le había dejado claro a Esther que no iban a volver a verse. De modo que no sabía a qué narices venían sus puyas.

* * *

—¿Piensas hacerlo? ¿Te marchas a Madrid a por ella? ¿Y si no la ves? ¿O si es ella la que no quiere verte?

—Su amiga Esther me ha enviado una invitación para asistir a la fiesta que habrá después de la cena. Solo tengo que enseñarla en la puerta y estaré dentro.

—Pero ¿y si no la encuentras? Imagina por un momento que haya demasiada gente.

—La buscaré. Tengo que hacerlo, tengo que verla y preguntarle si siente lo mismo que yo, Sophie. No puedo seguir adelante sin saberlo. Entiéndelo —le pidió Luc terminando de preparar la maleta para el viaje.

—Es una locura.

—Solo sé que tengo que hacerlo.

—¿Y si te dice que no? ¿O si la encuentras con otro? ¿Te has parado a pensar en todas las posibilidades que se pueden dar?

Luc miró a su hermana con el semblante serio.

—Las he considerado. Y de ser lo que tú dices, entonces regresaré y continuaré con mi vida aquí. No te preocupes. Ahora tengo que darme prisa si no quiero perder el vuelo. Por cierto, ¿sabes algo de Vincent? —Luc entornó la mirada hacia ella.

—Sé que llega hoy mismo para pasar el fin de año.

—¿No se queda en París? —preguntó Luc extrañado por este hecho. Sophie entreabrió los labios para tomar aire, iba a responder, pero finalmente se limitó a negar con la cabeza—. En ese caso, os deseo un feliz comienzo de año. No te olvides de pedir tus deseos con fuerza para que estos se cumplan —le dijo antes de besarla en la mejilla y marcharse.

—Lo mismo te digo.

Luc salió camino del aeropuerto sin querer darle más vueltas a lo que podría suceder esa noche. Cuando llegara el momento, se vería. Por lo pronto, debía llegar a Madrid y alojarse en el hotel. Pasaría el día siguiente y regresaría el segundo del año. O tal vez no tuviera que hacerlo. Solo pretendía

saber qué pensaba ella. Si sentía lo mismo que él y si estaba dispuesta a intentarlo. De lo contrario, él regresaría a Colmar y a su trabajo en el hotel. Había cerrado por completo el libro de Christine, su ex, al dejarle claro que no quedaba nada en él de lo que sintió por ella. Pero no estaba dispuesto a cerrar otro.

Marlene y Esther salieron con tiempo de casa para ir al hotel donde cenarían y después celebrarían la llegada de un nuevo año. La primera no parecía del todo dispuesta a pasárselo bien porque aquella situación le trajo el recuerdo de lo sucedido en la Nochebuena pasada. Suspiró cuando sintió el ahogo en su pecho. Esther volvió su mirada hacia ella, sorprendida por este gesto.

—¿Estás bien? Vaya suspiro que has dado, chica.

—Ah, no. No me pasa nada.

—Pero estás bien, ¿verdad?

—Sí, claro.

Aunque una parte de ella pretendía celebrar a tope la llegada del Año Nuevo, no podía evitar que la otra sintiera cierta nostalgia. La situación en Madrid nada tenía que ver con la vivida en Colmar. El bullicio de la calle, el tráfico, la gente caminando con prisas por llegar a sus lugares de destino. Marlene tuvo la sensación de que la vida pasaba demasiado deprisa en la gran ciudad. Pero ¿a qué venía fijarse entonces en todos esos detalles? No entendía por qué. Madrid era la ciudad en la que vivía desde hacía años. Siempre le había gustado su estilo de vida, su bullicio, sus atascos, la gente caminando con prisas por sus calles.

Unas luces adornaban las principales calles de la ciudad y poco más. Madrid no era Villa Noel, se dijo esgrimiendo una sonrisa. Ni Luc iba a cenar con ella esa noche ni iba a hacerle un regalo. Recordó que lo dejó en la habitación porque no pretendía tener ningún recuerdo físico de su estancia allí. No quería que, cada vez que la mirara, la bola de nieve le recordara a él. Para

eso, le bastaban sus recuerdos emocionales. ¿Por qué narices había permitido que sucediera si sabía que no tenía ningún sentido? Lo cierto era que había sido una putada lo que hizo. Pero ya no se podía remediar. Debía mirar al futuro, al nuevo año que estaba a punto de comenzar. Lo que sucedió en Colmar se quedó allí, ¿no?

Llegaron al hotel donde se celebraba la cena. Mostraron sus invitaciones como que había abonado la entrada y caminaron al guardarropa.

—Buenas noches —las saludó una de las chicas que les cogieron los abrigos.

—Me siento desnuda sin el abrigo —comentó Marlene sintiendo una corriente de aire frío recorrer su espalda.

—Será un momento. Hasta que entremos en calor.

Marlene asintió esperando que su amiga tuviera razón. Se dirigieron al bar donde estaban algunos de los compañeros de Esther. Se acercaron a saludarlos y, entre piropos y bromas, Marlene pareció irse relajando poco a poco. Tal vez, después de todo, lo que necesitaba era entrar en la fiesta y todos sus nervios y miedos se pasarían al momento.

—Así que tú eres la famosa compañera de piso de Esther —le comentaba uno de estos compañeros. Alto, de pelo moreno, la contemplaba con los ojos entrecerrados y asentía.

—¿Famosa? —preguntó Marlene contrariada por aquel calificativo.

—A ver, mujer, es porque no deja de decirnos lo buena amiga y compañera de piso que eres. Ya tenía yo ganas de conocerte en persona.

—Ah.

—¿Qué tomas?

—Un copa de vino. Tinto.

—En seguida te lo pido.

Marlene sonrió agradecida por el gesto.

—Así que hablas de mí en tu trabajo, Vaya... —le susurró a Esther en cuanto la tuvo a tiro.

—Mujer, siempre me están preguntando por ti cuando menciono tu nombre. Pues alguna explicación tengo que darles. Les he dicho que vivo contigo. Pero en plan amigas, para que no piensen cosas raras. Ya me entiendes. Veo que has conocido a Tomás —le dijo haciendo un gesto con la mirada hacia este, que venía con la copa de vino de Marlene—. Ten cuidado si no quieres acabar en sus garras —le advirtió desviando la atención hacia una compañera que acababa de llegar—. Mira, aquí llega Bea.

Pero Marlene no pudo verla porque Tomás parecía querer acapararla para él solo. Le entregó la copa y se situó delante de ella contemplándola con demasiado interés para gusto de Marlene. Entre lo que Esther le había contado de él y la manera de mirarla, ella tenía bastante para saber la clase de hombre que era.

—De manera que eres traductora *freelance* y en ocasiones acudes al Parlamento en Estrasburgo a hacer de intérprete —resumió Tomás erguido ante ella, con una mano metida en el bolsillo del pantalón mientras con la otra sujetaba la copa. Una pose algo chulesca, se dijo Marlene, quien comenzaba a tener la ligera impresión de que aquel no era su sitio.

—Sí —contestó más por educación que porque tuviera interés en hacerlo para que él supiera lo que hacía. ¿Cuánta información personal les había pasado Esther?, se preguntó Marlene sin poder creer que su amiga fuera aireando su vida.

—¿Cuántos idiomas controlas?

—Cuatro —le respondió desviando por un momento su atención de la mirada de él. ¿No se daba cuenta de que ella no tenía ningún interés? ¿Que estaba respondiendo a sus preguntas por meros formalismos?

—Pero apuesto a que los controlas de pasada, ¿no? Me refiero a que no los hablarás bien del todo y eso. Esther cuenta que traduces para el Parlamento Europeo, ¿eso debe ser la hostia!

—No creas. Acabo de dejarlo —le comentó encogiendo los hombros y bebió un sorbito de vino—. Y, en cuanto a lo de los idiomas, no tengo por qué

demostrar mis conocimientos lingüísticos aquí y ahora para ti. Soy franco-italiana. Como ves, hablo castellano a la perfección por la conversación que estamos teniendo. Y me gradué en traducción en inglés.

—¡No jodas! ¿Has dejado un puesto en el Parlamento Europeo? —le preguntó Tomás mirándola con los ojos como platos sin poder creer que ella estuviera hablando en serio.

—Te lo acabo de decir.

—Lo debes tener muy claro para tomar una decisión así, ¿no? Vamos que, o los tienes cuadrados, o tienes una peña de curro para renunciar a algo así —le sugirió contemplándola con admiración.

—Más bien lo segundo —le aclaró entrecerrando sus ojos y asintiendo—. Si me disculpas, tengo que ir al baño.

—Claro.

Marlene resopló y puso los ojos en blanco cuando se dio la vuelta y enfiló el camino hacia el aseo. Esther se dio cuenta del gesto que había puesto su amiga y poco menos que acudió en su ayuda.

—Por la cara que te acabo de ver poner, entiendo que ya has tenido bastante por ahora con mi compañero.

—Por ahora y por toda la noche —rectificó Marlene lanzando una mirada por encima del hombro a su amiga al tiempo que empujaba la puerta del aseo—. Si no quieres que me largue antes de tiempo, no te separes de mí en toda la noche. Quedas advertida. Eso y que te agradecería que no fueras aireando mi vida personal entre tus compañeros de oficina. A este paso van a saber cómo me gusta la ropa interior.

—¿Cómo que te vas a marchar después de pagar el cubierto? Ni lo sueñes. Al menos aguanta hasta las doce. Luego puedes convertirte en la Cenicienta si te place. Y descuida, que no hablaré más de ti.

—No sé si aguantaré.

Marlene se quedó apoyada contra el granito en el que se desplegaban los lavabos mientras Esther entraba al baño. Permaneció con gesto pensativo. ¿En

verdad deseaba estar allí?, se preguntó mordiéndose el labio con gesto distraído.

—¿Qué te sucede? ¿A qué viene esa cara?

—No sé si hice bien en hacerte caso.

—Sí, ya lo verás —le aseguró Esther guiñándole un ojo al pensar en que Luc aparecería después de la media noche y que la cara de Marlene cambiaría.

Luc permanecía en su habitación en el hotel reservado en Madrid. Había estado en la capital de España un par de ocasiones, pero hacía ya algunos años, lo que le hizo ponerse al día en cuanto a los cambios que la ciudad había experimentado. De eso se había encargado durante el vuelo. Tendría que cenar algo antes de dirigirse a la fiesta a la que Esther lo había invitado. Había puesto el dinero y le había dejado la invitación en el *hall* del hotel en el que Marlene y ella estarían. La amiga de Marlene se había mostrado entusiasmada con aquella ocurrencia de Luc y no había podido negarse a echarle una mano. Y todo porque, como Esther le había comentado en su charla telefónica, Marlene no era la misma que se marchó. Había regresado de la Alsacia muy cambiada, y creía que el motivo había sido él y su visión de la Navidad. Luc solo confiaba en que todo se desarrollara como esperaba y que, al menos, Marlene quisiera verlo después de su manera de salir huyendo de Colmar.

Los nervios ante un futuro encuentro lo atenazaban. Se sentía como un adolescente ante su primera cita. Esa sensación lo aterraba, pero al mismo tiempo le hacía concebir buenas perspectivas. Ella no podía negar que entre ellos existía una química. Un «algo» que había hecho que conectaran casi nada más verse. Los días transcurridos en Colmar habían sido perfectos, ¿qué diablos había fallado para que ella se marchara de aquella manera?, no dejaba de preguntarse camino del hotel donde se celebraba la fiesta. En el interior del bolsillo de su abrigo, Luc apretaba con fuerza y cariño la bola de nieve que él le había regalado y que ella olvidó.

Las doce estaban dando y la llegada del nuevo año era inminente. En el hotel donde Marlene y Esther se encontraban, todo eran risas, gritos, aplausos

y felicidad.

Luc entró en el vestíbulo desde el que se percibía el ambiente de fiesta. Cogió aire tratando de controlar sus nervios camino de la recepción donde Esther le había dejado su invitación para la fiesta.

—Buenas noches, ¿qué desea?

—Buenas noches, vengo a recoger una invitación que han dejado a mi nombre: Luc Gaultier.

—Un momento. —La recepcionista intercambió unas palabras con otro compañero que asintió indicándole dónde estaba. Se volvió hacia un mostrador a su espalda y cogió un sobre que entregó a Luc—. Aquí tiene. Feliz año y que disfrute.

—Gracias. Igualmente.

Luc caminó hacia el ropero para dejar su abrigo. Lo entregó al encargado a cambio de una ficha que guardó de camino al salón donde la música y las risas lo inundaban todo en ese preciso instante. En una mano llevaba la invitación y en la otra el regalo de Marlene. Entregó la primera a la puerta donde le pusieron una pulsera para que pudiera entrar y salir las veces que necesitara sin que tuvieran que pedirle descuentos. Luc inspiró hondo dando un paso adelante, buscando a Marlene entre la gente. Se deslizó entre las decenas de invitados que había allí en ese momento. Algunos lo saludaron de manera efusiva, otros con una leve inclinación de cabeza, alguna chica le colocó una guirnalda, otra un sombrero, mientras Luc asentía. Sería complicado encontrarla en aquella marabunta de personas bailando, gritando, alzando las copas al aire para brindar. Pero entonces la vio y permaneció clavado en el sitio. La contempló con aquel vestido tan sexi, tan ideal para su cuerpo, tan... Sonreía y brindaba con las personas a su alrededor. Luc reconoció a Esther a su lado. Sin duda era ella, pensó recordando la imagen suya en las redes sociales. Iba a acercarse a Marlene cuando la visión de algo lo retuvo de golpe.

Marlene había conseguido que Tomás se despegara de ella durante la cena

gracias a Esther, pero en esos momentos de jolgorio, de celebración y demás, él había vuelto a acercarse a ella, en principio para felicitarla por el nuevo año con dos besos en sus mejillas; pero cuando él la retuvo entre sus brazos sujetándola por la cintura y buscó sus labios, ella no pudo reaccionar. No encontró fuerzas o sus reflejos tardaron más de la cuenta en verlo venir. ¡La estaba besando! Pero... Pensaba que le había quedado claro que no tenía la más mínima intención de pasar la noche con él. No obstante, al parecer, era de los que no se enteraban, o bien no quería hacerlo. Se quedó contemplándolo confundida mientras él sonreía.

Luc apretó los labios y sacudió la cabeza. De repente todo acababa de perder su sentido. Todo. Cerró la mano en torno a la bola de nieve y su mirada quedó suspendida en el vacío sin capacidad de reaccionar en un primer momento. Hasta que la gente comenzó a moverse a su alrededor empujándolo y zarandeándolo y él se volvió para salir de allí cuanto antes.

Marlene estaba tan ocupada en sacarse a Tomás de en medio que no se percató de la presencia de Luc y mucho menos de cómo la había contemplado durante ese momento.

—¿De qué coño vas? —le espetó empujándolo con cara de pocos amigos.

—Vamos, es Nochevieja. Bueno Año Nuevo ya. ¿Qué problema hay porque nos besemos? —le preguntó él divertido por la situación.

—Lo hay. Para mí, sí lo hay —le recalcó furiosa por aquel atrevimiento de su parte.

—Esther me ha dicho que no tienes pareja.

Marlene arqueó las cejas y abrió los ojos estupefacta.

—¿Y eso te da derecho a meterme la lengua hasta la garganta? —le preguntó irritada por el comportamiento de él—. Yo decido quién puede tocarme y mucho más besarme. Que te quede claro por si se te ocurre de nuevo.

—¿Qué sucede? —preguntó Esther cuando se percató de la pequeña bronca que mantenía su amiga, pese al ruido que había en el salón.

—¿Por qué coño le dices que no tengo pareja? —le preguntó mirando a su

amiga con el ceño fruncido sin comprender nada.

—Salió en una conversación casual. ¿Qué ha pasado?

—Tu colega se ha pasado de la raya. Así que me largo.

Esther se vio asaltada por la repentina huida de su amiga. ¿Dónde coño estaba Luc?, se preguntó de repente buscándolo entre la gente que había a su alrededor.

Este recogió el abrigo del vestidor, pero antes de irse jugueteó con la bola de nieve en su mano sin saber muy bien qué hacer.

—¿Le importa que la deje aquí? —El hombre se sintió turbado ante la propuesta—. Para mí carece de valor.

—¿Qué quiere que haga con ella?

—Alguien la querrá. —Luc asintió y le guiñó un ojo al hombre camino hacia la salida del hotel. Se aflojó el nudo de su corbata y resopló. Había fracasado. Algo que no esperaba, a pesar de que entraba dentro de sus posibilidades, como le recordó su hermana. Había visto a Marlene besarse con otro. ¿Su pareja actual? ¿Qué importaba ya? Todo daba igual. Todo, se dijo saliendo a la fría noche de Madrid.

Esther seguía a Marlene hasta la salida. Estaba algo cabreada porque Luc no había aparecido hasta entonces y tenía que conseguir que Marlene esperara hasta que él apareciera.

—¿Dónde vas? ¿Quieres esperarme?

—No hace falta que te vengas conmigo. ¡Me largo! —le dijo de manera tajante. Marlene llegó al ropero para recoger su abrigo sin prestar atención a nada en concreto ni si quiera a su amiga, que se había quedado clavada en el sitio junto a ella al ver algo sobre el mostrador del guardarropa—. No soporto más a tu colega. ¿Pero quién coño se cree que es para comerme la boca? ¿Eh? ¿Qué coño estás mirando? —le preguntó encarándose con él mientras juntaba sus dedos y agitaba la mano en el aire en un gesto típico italiano.

Marlene era presa de una agitación que no había experimentado antes. El compañero de su amiga la tenía calentita toda la noche y el beso había sido el

culmen.

De repente vio a Tomás caminar hacia ella.

—Dile a tu colega que se largue por su propio bien o sabrá lo que es ver a una italiana cabreada, *¿capisci?* —le advirtió a una Esther que entonces pareció reaccionar al volverse hacia su compañero de oficina en busca de una aclaración a su comportamiento.

Marlene sacudió la cabeza sin comprender nada de lo que estaba sucediendo esa noche. Y cuando se volvió para recoger su abrigo el escalofrío la invadió por completo al fijar su atención en una pequeña bola de nieve sobre el mostrador. Se quedó inmóvil. Había dejado de prestar atención a todo lo que sucedía a su alrededor. No escuchaba nada de lo que Esther y su compañero hablaban. Ni siquiera lo que el encargado del guardarropa hablaba con otras personas.

Marlene cogió la bola de nieve en su mano. La contempló sin poder creer que fuera cierto.

—Colmar —leyó en la base. Abrió la boca ahogando la exclamación. Sentía toda la piel de su cuerpo erizada con el mero pensamiento de que él hubiera estado...

—Bonito recuerdo —expresó el encargado del guardarropa señalando la bola de nieve que Marlene todavía retenía en su mano.

—¿Quién la ha olvidado?

—Nadie. La ha dejado ahí un cliente que ha venido hace unos instantes. ¿Sabe? —Marlene seguía en trance. Miró al hombre y sacudió la cabeza—. Dejó su abrigo y entró en la fiesta. Pero a los diez minutos regresó por él y me pidió si podía dejarla aquí.

—El hombre que la dejó era extranjero...

—Tenía acento francés.

—¡Joder! ¡Mierda! ¿Se fue hace mucho? —Marlene sintió los nervios atenazarla por momentos. Cogió el abrigo para ponérselo sin soltar la bola de nieve.

—Hará como unos quince minutos.

—¡Gracias! —Marlene salió poco menos que corriendo hacia la salida del hotel sin tan siquiera despedirse de Esther. No podía perder más tiempo si quería localizar a Luc, pero ¿dónde? Salir a la calle en ese momento de la madrugada, sin un destino fijo, era una completa locura. ¿Estaba en Madrid? ¿Por qué no se lo dijo? Ella... Ella... Lo habría recibido con los brazos abiertos porque... lo había echado tanto de menos que no creía que nadie pudiera ocupar su lugar. ¡Malditas Navidades! ¿Por qué tuvo que enamorarse en esas fechas?, se preguntó rebuscando su *smartphone* en el bolsito para llamarlo. Sí. Estaba segura de que lo localizaría.

Vincent caminó con paso decidido hasta la entrada del hotel. Sabía que a esas horas estaría cerrado y que Sophie, sus padres y algunos huéspedes estarían celebrando la llegada del nuevo año. Sus asuntos en París lo habían entretenido de más pese a que él no pretendía que fuera así. Y a eso había que añadir el tráfico para salir de esta. Pero por fin había llegado a su destino.

Sophie se levantó de la mesa cuando escuchó que alguien tocaba a la puerta.

—Ya me encargó yo —dijo mirando a su padre.

—¿Quién puede ser a estas horas? —preguntó este intrigado por el hecho que alguien tocara a la puerta en ese momento.

Sophie apareció en el pasillo que conducía a la misma puerta. Sintió el vuelco en el pecho cuando reconoció a la persona que permanecía en la calle con la nieve cayendo sobre él. Pateaba para que sus pies no se quedaran fríos al tiempo que se frotaba las manos. Por un instante, Sophie pensó en dejarlo un poco más ahí fuera, sufriendo un poquito.

Vincent la vio caminar hacia la puerta con el rostro iluminado por su sonrisa, las mejillas encendidas y la mirada cargada de expectación. Sin duda que ella no esperaba que él apareciera a esas horas. Detuvo sus pasos y se quedó parada con los brazos cruzados sin dejar de contemplarlo.

¿A qué diablos estaba esperando para abrirle la puerta?, se preguntó un Vincent que comenzaba a sentir el intenso frío de esas horas.

—Me estoy congelando, Sophie. ¿Quieres abrir?

La respuesta de ella fue una cascada de carcajadas. ¿Podría cumplirse su deseo esa noche, después de todo?, se preguntó mordisqueándose el labio para ahogar su sonrisa y al tiempo que abrió la puerta para dejarlo pasar.

—¡Pero ¿qué demonios pretendías?! —le preguntó sacudiéndose la nieve del cuerpo y de las botas.

—Me dijiste que vendrías el año pasado. Y ya estamos en el nuevo —le recordó frunciendo el ceño y mirándolo en busca de una explicación.

—Lo siento. Sé lo que te dije. Pero tenía que dejar todo atado en París antes de salir de allí.

Sophie sintió una punzada de celos al escucharle decirlo.

—¿Algún encargo de última hora? ¿Alguna de tus modelos que pretendía tener una última sesión en privado contigo antes de acabar el año?

Sophie se mostró irónica en todo momento. Miró a Vincent con una ceja arqueada y frunció sus labios. Sacudió la cabeza y se alejó de él sin querer escucharlo.

—Noooo. Estaba...

Vincent se apresuró a detener su avance sujetándola por la muñeca, lo que la obligó a volverse hacia él. La mirada de ella chispeaba y tenía los labios entreabiertos. Vincent sintió la respiración de Sophie más agitada de lo normal. Su cuerpo tan cerca del suyo. Sus labios como un reclamo ineludible...

—Ah, Vincent. Eres tú —exclamó el padre de Sophie saliendo en su busca al ver que tardaba en regresar a la pequeña fiesta improvisada a esas horas—. Feliz año, Vincent. Ven a tomar algo. Te echábamos en falta, ¿verdad? —preguntó mirando a su hija con toda intención y picardía.

Sophie se humedeció los labios pensando que él la besaría. Pero Vincent la soltó en cuanto apareció su padre. La ocasión tendría que esperar. Ella se

quedó en mitad del pasillo con la decepción reflejada en su rostro. ¿Qué iba a decirle Vincent antes de que apareciera su padre? No le interesaba lo más mínimo el motivo por el que se había presentado tarde, si este tenía que ver con su trabajo o con alguna modelo. Él tenía su vida en París y podía hacer lo que le diera la real gana. Pero que no le viniera con el cuento de sus historias, se dijo Sophie con una mezcla de desilusión y rabia pensando en que a Vincent no faltarían admiradoras. Esperaba que él no se quedara hasta tarde. Ni le pediría que la acompañara a casa porque pensaba quedarse en una de las habitaciones del hotel. Empezaría el año con un nuevo propósito: olvidarse de Vincent de una vez por todas.

Luc caminaba de regreso al hotel con la mente vacía. No quería pensar en nada en ese momento. La gente pasaba a su lado celebrando el nuevo año. Lo felicitaban entre risas, bailes y bromas que él soportaba lo mejor que podía. Pero la verdad era que no tenía el cuerpo para mucha celebración después de lo visto minutos antes. De repente el móvil comenzó a sonar, no tenía ni idea que de quién podía ser. ¿Su hermana para desearle un feliz Año Nuevo y para saber qué tal le marchaban las cosas? ¿Vincent? ¿Sus padres? ¿Algún amigo? Tal vez incluso alguien que se había confundido. Lo sacó del bolsillo y sacudió la cabeza cuando reconoció ese número. Se vio obligado a detenerse con el teléfono en su mano y la mirada fija en su pantalla.

—¡Marlene! —expresó con expectación por aquella inesperada llamada.

Había guardado su número en su propio móvil para tenerlo siempre a mano, por lo que pudiera suceder. Pero entonces... ¿Qué diablos quería? Parecía ser urgente porque insistía e insistía. Luc resopló. Levantó la mirada hacia lo alto pensando si lo mejor sería dejar que sonara hasta que ella se cansara, o bien rechazar la llamada. Lo devolvió al interior de su abrigo y siguió caminando. No tenía ganas de hablar, nada que decirle después de haberla visto besándose con otro. Ya nada tenía sentido.

El tono de su móvil volvió a sonar una segunda vez. Luc intentó abstraerse de esa llamada. Estaba convencido de que sería ella en vista de que él no lo había cogido antes. Luc vaciló entre apagarlo para que no siguiera intentando hablar con él o contestar. «De ese modo, también me dejará en paz», se dijo deslizando el pulgar por el icono de descolgar.

—¿Marlene? ¿Qué quieres? —Su tono sonaba sin atisbo de ilusión. E incluso con algo de desdén hacia ella.

—*Saber qué haces en Madrid* —le dijo con un tono que sonaba a desesperación.

—¿Cómo sabes que estoy en Madrid?

—*He visto la bola de nieve en el mostrador del ropero cuando he pasado a recoger mi abrigo para irme a casa. El hombre que estaba allí me ha contado lo que has hecho. Pero ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no...? Escucha, me resulta ridículo estar hablando por el móvil. ¿En qué hotel te alojas? Iré a verte y hablaremos.*

Luc permaneció callado reflexionando sobre esa propuesta. ¿De verdad quería verla? Pero ¿y la fiesta en la que estaba? Por un momento, Luc escuchó voces, algún claxon y ruido de petardos. Marlene estaba en la calle.

—No creo que sea buena idea. Tú estás en una fiesta y yo no...

—*No, no estoy en ninguna fiesta. Estoy caminando por la calle, buscándote. Me marché porque no era mi lugar. Porque no me apetecía estar allí y... cuando encontré la bola de nieve, supe que estabas aquí. Y que habías ido al hotel. ¿Dónde podemos quedar? Necesito verte, Luc.*

Él inspiró primero y después soltó el aire pensando si sería buena idea quedar con ella. ¿Qué tenía que perder? ¡Maldita fuera, no podía dejar que su orgullo marcara el devenir de los acontecimientos! Debería dejar que se explicara. ¿Y si lo que vio no era lo que él llevaba pensando desde ese momento? Debería darle una oportunidad para charlar.

—De acuerdo.

Marlene respiró aliviada por primera vez en esa noche cuando él le dio la

dirección del hotel en el que se alojaba. No le quedaba muy lejos de dónde ella estaba. Necesitaba que le dijera por qué había volado hasta Madrid para verla. Y por qué se había marchado de repente de la fiesta de Año Nuevo sin saludarla. ¿Qué había sucedido?

Capítulo 10

Sophie controlaba de refilón a Vincent en todo momento, pese a que se había prometido pasar de él. Pero no podía evitar mirarlo cuando se dirigía a los allí presentes, cuando alguien le preguntaba qué tal en París con su trabajo de fotógrafo. Sophie no podía evitar sentir el cosquilleo por todo el cuerpo a pesar de que se decía que esa noche no se dejaría llevar por el deseo que sentía por él. Vincent era una quimera que ella no estaba dispuesta a seguir, de manera que lo mejor sería que esa noche, con el nuevo año, dejaran claro que entre ellos nunca podría existir nada más allá del sexo. Y eso le producía una mezcla de irritación y rabia al mismo tiempo.

Vincent solo deseaba que llegara el momento en el que pudiera quedarse a solas con Sophie. Quería explicarle todo de una vez. Que estaba dispuesto dar forma a aquello que compartían, aparte del sexo. Que pretendía quedarse allí con ella para siempre, salvo cuando tuviera que viajar a París por trabajo. Que no quería pasar ni una sola mañana más sin poder contemplar su rostro al abrir los ojos. Todo eso y más que se llevaba guardando desde hacía tiempo. Cada vez que la contemplaba, se daba cuenta de cuánto la necesitaba, de lo equivocado que estaría si la dejaba escapar porque con ella todo cobraba sentido. Solo esperaba que Sophie accediera y que no fuera demasiado tarde.

Luc llegó al vestíbulo del hotel sin poder creer que ella estuviera allí,

esperándolo. ¿Cómo había podido llegar antes que él? Se suponía que ambos habían salido del mismo lugar con una diferencia de tiempo favorable para él. Cuando él se fijó en ella, no pudo controlar la sacudida que experimentó todo su cuerpo. Quiso decir algo, pero las palabras se le habían quedado atascadas en su garganta. La sequedad siquiera le permitía expresar un sonido. Solo podía mirarla sin que, al parecer, ella se diera cuenta. Ella estaba sentada en un sillón del vestíbulo chateando por su móvil de manera frenética. Su pelo estaba algo revuelto, el vestido bastante arrugado; en apariencia, padecía una mezcla de nerviosismo y cansancio. Pero también debía reconocer que esa imagen de ella, que tenía frente a él, no la cambiaría por ninguna otra que recordaba.

Marlene estaba absorta en la conversación que mantenía con Esther. Ajena a que Luc se encontraba a escasos metros de ella. Tecleaba con rapidez debido al estado de agitación que le había provocado descubrir que Luc estaba en Madrid. Creía que no se le pasaría hasta que no lo viera en carne y hueso. Durante unos segundos, permaneció quieta. Cerró los ojos y sacudió la cabeza pensando en qué poner. Pero no llegó a hacerlo. No. Porque, en ese preciso instante, alguien se había detenido a escasos pasos de ella. Marlene levantó la mirada para encontrarlo allí de pie vestido para la celebración de esa noche. Apuesto. Intrigante. Seductor. Marlene se humedeció los labios y se levantó para quedar a la misma altura que él. Cogió aire y esbozó una tímida sonrisa de la que Luc deseó apoderarse. Pero no podía dejarse llevar por el deseo que ella conseguía despertar en él una y otra vez. ¿Cómo diablos podía sentirse de aquella forma después de haberla visto con otro? Debería pedirle que se fuera, que no quería verla ni saber por qué lo hizo. En cambio, estaba esperando una explicación.

—¿Por qué no me dijiste que venías?

Luc sonrió.

—Quería darte una sorpresa, aunque más bien creo que la que me la ha dado has sido tú —le refirió contemplándola fruncir el ceño desconcertada.

—¿Yo? No te entiendo. ¿Qué te he hecho? En el guardarropa me dijeron que llegaste a la fiesta, pero que la abandonaste a los pocos minutos —le explicó contrariada por su comportamiento. ¿Qué había sucedido para que actuara de esa manera?

Luc inspiró hondo antes de responderle. Se le hacía complicado imaginarla en brazos de otro. Pero si era lo que ella quería, él no se opondría. Cogió aire y le confesó la verdad. No quería perder más tiempo con ella.

—Vi cómo te besaba tu acompañante para esta noche.

Marlene tuvo la impresión de que acababan de echarle un cubo de agua helada por encima. Se quedó pálida en un primer momento, pero cuando reaccionó, no pudo evitar sonreír de una manera que encendió a Luc.

—Ya veo que te hace gracia —le espetó él apretando los labios y sacudiendo la cabeza. Hizo ademán de volverse y dejarla plantada. Pero entonces sintió la mano de ella retenerlo y obligarlo a volverse.

—Me la hace, sí. Porque viste el importuno gesto del compañero de mi amiga Esther. ¿Me viste acaso rodearlo con mis brazos y devolverle el beso?

Luc se mostró contrariado ante aquella pregunta. No, claro que no la había visto porque en el preciso instante en que aquel tipo la besó, él se dio la vuelta sin querer ver más.

—¿Esperabas que me quedara a verlo? Ya tuve suficiente con la primera impresión, créeme —le aclaró sin dejar su estado de confusión y rabia.

—Pues, de haberte quedado un minuto más, habrías visto cómo lo aparté de mí con un empujón. Dudo de que, con el jolgorio que había en ese momento, pudieras haber escuchado las cuatro cosas que le dije. Ni como mi amiga se encaró con él por haberlo hecho. Ni tampoco que abandoné la fiesta de malhumor por él y por todo lo que me rodeada porque comprendí que aquel no era mi lugar, aunque Esther se empeñara.

Luc sacudió la cabeza.

—Pero...

—No he besado a ningún hombre desde que vine de Colmar. Ni tengo

pareja. Ni nada por el estilo —le confesó extendiendo sus brazos a los lados con las palmas de sus manos hacia arriba. Parecía abatida por este hecho o, al menos, esa impresión le dio a Luc—. Viniste a darme una sorpresa y puedo asegurarte que me la has dado.

Luc sonrió de manera tímida acercándose de nuevo a ella.

—En realidad, vine porque te olvidaste tu bola de nieve —le dijo señalando la mesita en la que Marlene la había dejado junto a su *smartphone*.

—Cuando la vi, me dio un vuelco el corazón. No podía creer que estuvieras aquí.

—¿Por qué no podría venir?

—Porque no quería creer que tú fueras distinto al resto de los hombres que he conocido. Me asusté, Luc.

—Me alegra saber que no soy lo que esperabas.

—Quise olvidarme de todo, pero no pude hacerlo, Luc —le confesó relajando los hombros, sintiendo que ya nada tenía importancia.

—¿Por qué?

—Porque me di cuenta de que te echaba de menos. De que me estaba enamorando.

Luc quiso decir algo, pero sin duda que la confesión de ella acababa de robarle la cordura. Pensó que el corazón se le detenía o que tal vez se saltaba un latido porque que aquello que sentía sí que era en realidad perfecto.

—Bueno, ya está. Lo he dicho. ¿Y tú? ¿Por qué me miras de esa manera? —comentó Marlene, atacada por lo que pudiera suceder a continuación. Y vio a Luc acercarse más e inclinarse de manera lenta sobre sus labios. Sentía su aliento rozar su boca, por lo que entonces dejó escapar un gemido.

—No lo sé. De verdad. Tal vez porque no esperaba que dijeras algo así. Pero es perfecto. —Él se inclinó para rozarlos de manera tímida, entrelazando sus manos con las de ella, por lo que sintió el calor y la suavidad de estas. La escuchó gemir cuando él la soltó y enmarcó su rostro para profundizar el beso hasta hacerle creer que podría derretirla.

Marlene sentía flaquear sus piernas y pensaba que se derrumbaría allí mismo si no se sujetaba a él. Porque de verdad que aquel beso sí que era perfecto.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? —le preguntó ella al dejar que sus manos jugaran con las solapas del traje, que su cuerpo se apretara más al de él ansiando su contacto, su calor. Levantó la mirada hacia él con la esperanza de que se quedara con ella el mayor tiempo posible, ya que intuía que tendría que regresar a la Alsacia.

—El que sea necesario para demostrarte lo que me importas. —Marlene frunció el ceño contrariada por esa respuesta—. Verás, solo saqué un billete de ida porque esperaba a ver qué te parecía que me quedara una temporada.

Marlene abrió los ojos hasta su máxima expresión sin creer en aquellas palabras. No quería hacerse ilusiones hasta que no se lo repitiera para asegurarle que se quedaría de verdad con ella.

—¿Cómo qué solo sacaste billete de ida? Pero ¿es que no piensas volver? ¿Y el hotel? ¿Y tu hermana? ¿Y...?

Luc acalló sus infinitas preguntas al rodearla por la cintura para volverla a besar como se merecía. Escuchó un gemido de sorpresa ahogado por el beso. Y sintió cómo ella se inclinaba contra él.

—Acabo de decirte que he venido a quedarme. ¿En qué idioma prefieres que te lo diga? ¿Inglés? ¿Francés? Italiano no hablo, tendrás que disculparme. Aunque podrías darme unas clases particulares. —Luc arqueó una ceja con suspicacia mientras su sonrisa se volvía pícaro.

—*Certo, amore.*

—He venido con un billete de ida porque quería ver tu reacción a mi propuesta.

—¿Te habrías marchado si te dijera que no? —Ella dio un paso atrás con cara de sorpresa e incredulidad por lo que le acababa de decir.

—No. —Marlene se sobresaltó al escucharlo. Entrecerró los ojos y sacudió la cabeza sin comprenderlo—. No me habría marchado sin pelear, aunque al

verte esta noche... reconozco que quise hacerlo. —Luc soltó el aire pensando que había estado a punto de dar ese paso. Por suerte, el destino parecía haberse aliado con él después de todo.

—Apuesto a que lo habrías conseguido dada tu tenacidad después de haber hecho que no odie tanto las Navidades —le confesó con una media sonrisa burlona.

—De manera que al final lo conseguí.

—Digamos que cambiaste mi perspectiva y mi vida durante esos días. ¿Qué piensas hacer ahora? Estamos compartiendo las primeras horas del nuevo año.

—Tal vez podríamos celebrarlo los dos solos en mi habitación —le susurró inclinándose sobre su cuello para aspirar la fragancia de su perfume—. Y ya nos pondremos al día mañana.

Le explicaría todas sus maquinaciones para sorprenderla y cómo estuvo en complot con Esther, pero para ello tenía todo el año nuevo por delante. En ese momento, solo quería hundirse en el brillo magnético de la mirada de ella y reconocer que nada fue tan perfecto como conocerla.

* * *

Eran las tres de la madrugada cuando Sophie y Vincent por fin tuvieron un rato a solas. Las risas, las miradas, las celebraciones y demás por fin habían quedado atrás, lo que dejó el salón en completo silencio, salvo por el leve ruido de los tacones de Sophie al caminar. Vincent permanecía apoyado de brazos cruzados contra una columna. Estaba relajado, contemplando a la mujer que lo traía de cabeza. Esperando el preciso instante en el que poder contarle todo lo que había estado haciendo durante los pasados meses.

Sophie parecía estar demorando su partida. Estaba nerviosa porque, en esta ocasión, Vincent y ella se habían quedado los últimos. Sophie soltó el aire que llevaba tiempo acumulando al ver que tendría que enfrentarse a Vincent. Ella prefería que él se hubiera largado hacía tiempo. De ese modo, esa situación no

se le haría tan complicada.

—Es tarde. Deberías dejarlo todo para mañana, ¿no crees? —le preguntó él entornando la mirada hacia ella.

Sophie inspiró sintiendo acelerarse el corazón.

—¿Qué haces aquí todavía?

—Te estoy esperando. ¿Qué otra razón podría retenerme? —Vincent extendió los brazos como si la estuviera invitando a acercarse para que luego pudiera abrazarla.

Sophie sonrió irónica. Ya sabía que la estaba esperando para marcharse con ella y... Ella prefirió no seguir por ahí.

—Puedes irte cuando quieras.

—¿Y tú?

—Oh, pienso quedarme aquí esta noche. No voy a salir a estas horas para irme a casa teniendo habitaciones libres aquí.

—Bien.

—Supongo que tú tendrás que irte mañana. —Ella le lanzó una mirada furtiva antes de volver centrarse en recoger los restos de la celebración.

—No.

—Entonces, ¿piensas quedarte unos días? —Sophie arqueó sus cejas en sentido de deducción.

—De eso quería hablarte.

—¿Por qué? —Lo vio acercarse a ella sin perderle la mirada. Vincent caminaba con paso firme, seguro, convencido de lo que estaba haciendo.

—Sophie, estoy cansado de que no podamos estar juntos. De que, cada vez que vengo a Colmar, me cueste más irme después de verte, de estar contigo, de charlar, de pasar juntos la noche... —comenzó a decirle contemplando el gesto de incredulidad en el rostro de ella. Vincent cogió aire antes de decírselo de manera clara y directa—. No voy a regresar a París. Me voy a quedar aquí... contigo si es lo que deseas.

—¿Conmigo? Pero... ¿y tu trabajo? ¿Y las fotos para las revistas? ¿Y tu

vida en París? ¿Y tus fiestas? —Sophie sacudía la cabeza sin poder creerlo mientras soltaba una retahíla de excusas para evitar que él se acercara más a ella, que la tocara una vez más porque era consciente de que volvería a sucumbir a él porque llevaba mucho tiempo queriéndolo.

—Seguiré trabajando, por supuesto. Me desplazaré cuando tenga una sesión de fotos, pero el resto del tiempo estaré aquí en Colmar. Era mi condición para seguir con la revista o me establecería por libre, y créeme, aunque puede sonarte pretencioso que no faltarían propuestas —le aseguró sonriendo con ironía.

—De eso no me cabe la menor duda. Pero todo este cambio, tan repentino.

—Llevo tiempo haciendo las gestiones necesarias.

—¿Para qué? —Sophie arqueó una ceja con suspicacia. Sentía los nervios adueñarse de ella. La cercanía de Vincent la ponía nerviosa. No podía relajarse ni un solo momento.

—Porque quería estar seguro del todo de que podía llevarlo a cabo. No pretendía darte falsas esperanzas diciéndote que iba a quedarme para después no poder cumplirlo. Nunca me ha gustado confundirte, Sophie. Llegué tarde porque cerré el tema del apartamento en París. No porque estuviera en una sesión de fotos con las modelos o por celebrar el nuevo año por ahí. Eso solo me apetece hacerlo contigo. —Le acarició la mejilla despacio, con delicadeza, y dejó que el pulgar trazara el contorno hasta llegar a los labios para quedarse allí.

Sophie dejó escapar un leve suspiro fruto de su estado.

—Yo...

—¿Qué quieres? Dime. Si consideras que no es acertado, que llego tarde, que no merece la pena intentarlo...

—Solo quiero que me prometas que no te marcharás de la noche a la mañana de vuelta a París porque la vida aquí no es lo que creías. Que no me romperás el corazón. Solo eso. No soportaría que lo hicieras. —Sophie enmarcó el rostro de Vincent en un arranque de fuerzas. Se quedó

contemplándolo de manera fija, buscando la respuesta en los ojos de él. Vio su reflejo en estos y sintió el calor invadirla.

—Si lo hiciera, Luc me partiría la cara —le dijo sonriendo. Este gesto provocó en Sophie una mueca de desconcierto—. Vale, vale, esa era la explicación absurda. En serio, si te lo estoy contando, es porque estoy seguro de ello. Si he dejado mi vida en París y he amenazado a la revista con irme si no accedía a mi petición, es porque no tengo intención de separarme de ti ni un solo día más. Ah, y si tengo que desplazarme a París, quiero que vengas conmigo.

—¿Has amenazado a la revista? —le preguntó con los ojos abiertos como platos sin poder creerlo.

—Fui igual de claro con ellos que contigo ahora. Quiero quedarme a tu lado, ya te lo he dicho. Sin importarme los riesgos que ello suponga. Los correré encantado sabiendo que estás conmigo.

La sonrisa iluminó el rostro de ella antes de que Vincent se la borrara con un beso, la atrapara entre sus brazos como ya iba siendo hora y la hiciera soñar con que junto ese año que comenzaba también lo hacía su nueva vida.

* * *

Luc contemplaba dormir a Marlene. Acababa de despertarse cuando la luz del día inundó la habitación del hotel. Era la primera vez que comenzaba el año enredado con una mujer entre las sábanas, desatando el deseo acumulado durante los días que habían estado separados. Luc aspiró cada uno de los gemidos y suspiros de ella. Recorrió cada poro de su piel, cada recoveco de su cuerpo hasta marearse. ¡Joder, Marlene tenía más curvas que una carretera de montaña!, se dijo contemplándola desnuda bajo la ropa de cama. Pero adoraba perderse y marearse en estas. Echó un vistazo al móvil para ver que eran más de las doce del primer día del año. Por suerte, se había acordado de colgar de la puerta el cartelito de no molestar porque él intuía que necesitarían

descansar después de esa noche. Y tampoco pensaba que el hotel fuera a echarlos ese día porque se quedarán un poco más.

Luc le recorrió la espalda con su dedo hasta adentrarse en el territorio prohibido que ocultaba la sábana. Sonrió al levantarla y asentir ante la visión que tenía. Volvió la vista hacia el rostro de ella y la vio sonreír primero y quejarse después.

—¿Quieres que coja frío? —le preguntó sin abrir sus ojos todavía.

—Solo estaba entreteniéndome. Ah, y no creo que cojas más frío que en Colmar. —Luc se inclinó sobre ella para rozarle el rostro con la nariz. A lo que Marlene ronroneó complacida—. Por cierto, son más de las doce.

—¿Y? Imagino que no necesitarán la habitación, si no ya estarían llamando a la puerta.

—Sí, eso parece. ¿Piensas pasarte el primer día del año en la cama?

—¿Qué sugieres?

—Bueno, ya que pretendes aprovecharte de esta...

Marlene sintió la mano de él descender por su espalda en dirección a su trasero y cómo esta se quedaba allí detenida por un momento para después volver a ascender hasta su nuca, lo que le provocó el suspiro. Luc se recostó a su lado sintiendo la suavidad y el calor que desprendía el cuerpo de ella y decidió que, ya que el hotel no iba a echarlos, aprovecharía la cama un rato más.

—¿De manera que te pusiste de acuerdo con Esther? —le preguntaba Marlene con los ojos abiertos como platos y su labio inferior desafiando la gravedad. En sus manos, sostenía una taza de chocolate caliente. Habían tenido que desayunar por ahí dado que la hora para hacerlo en el hotel había pasado hacía ya algunas horas.

—No quería que supieras que iba a venir a verte.

—¡La muy...! Podría habérmelo dicho. Tener amigas para esto... —

Marlene sonrió con malicia e ironía.

—Yo le pedí que no lo hiciera. Ella solo se limitó a seguir mis indicaciones.

—¿Te pasó una invitación para la fiesta? —le preguntó al dejar la taza e inclinarse hacia Luc. Este se limitó a asentir—. Y entonces te presentaste y... —Marlene no quiso seguir recordando lo sucedido. Esa parte la conocía muy bien.

—Ahora que estamos relajados tomando un chocolate caliente y nos hemos puesto al día, ¿me dirás por qué te marchaste del hotel un día antes de terminar tu reserva? No pienso devolverte el dinero, llévatelo por cuenta —le advirtió señalándola con un dedo y sonriendo como un cínico. ¿Qué importancia podía tener para él el dinero cuando la tenía a ella?

Marlene asintió.

—No hace falta. Tampoco iba a reclamarlo.

—Entonces, ¿por qué tu repentina huida?

Marlene se humedeció los labios y sonrió con cariño.

—Ya te lo dije ayer. —Marlene apoyó su mentón sobre la palma de su mano y miró con determinación a Luc—. Me estaba enamorando de ti. Y no creía que eso fuera lo más acertado.

—¿Por qué? Marlene, los días que pasamos juntos fueron extraordinarios. Nos divertimos, nos reímos, congeniamos... Fuiste la culpable de unas Navidades inolvidables, de verdad.

—En eso tienes razón, pero reconoce que yo tenía que regresar a Madrid y tú...

—¿No te paraste a preguntarme qué pensaba de todo aquello? Ya sé que te pedí que te quedaras, pero ni siquiera me diste una explicación. O me preguntaste si yo estaría dispuesto a seguirte, Marlene.

—Di por supuesto que no lo harías. No tenía sentido alguno preguntártelo cuando sabía que...

—No, no sabías mi respuesta. Creías conocerla porque era la más socorrida

en estos casos. Pero deja que te diga que la lógica no existió desde que tú pusiste un pie en mi hotel. —Luc se acercó a ella y la besó despacio, con delicadeza y ternura, como el chocolate que estaban tomando. La escuchó ronronear y gemir mientras él le pasaba el pulgar por su mejilla.

—Ya me he dado cuenta —le comentó humedeciéndose los labios para retener el sabor del beso que él acababa de darle—. ¿En serio tienes pensado quedarte en Madrid conmigo? —Marlene quería desterrar el temor a que él terminara por irse para dejarla sola y rota. Lo vio asentir muy seguro de ello—. ¿Y tu vida en Colmar? ¿El hotel?

—Mi hermana puede encargarse de gestionarlo con la ayuda de mis padres y del resto del personal. Yo no soy imprescindible, Marlene.

—Celebro escucharte decir eso, de verdad.

—Buscaré un empleo en un hotel aquí en Madrid. Digo yo que, después de haber gestionado el mío durante años, malo ha de ser que no encuentre un puesto de recepcionista en alguno.

—No me cabe la menor duda de que lo harás.

—Vine para quedarme y no para acabar huyendo un día porque descubra que esto no es lo que quiero.

Marlene siguió contemplándolo de manera fija mientras la chispa de la felicidad brillaba en su mirada. Y en su interior se instalaba una calidez que no sabía si la había provocado el chocolate caliente o el beso de él.

—No me puedo creer que estés aquí, la verdad. Pensé que no volvería a verte.

—Vuelves a equivocarte.

—Sí, aunque no me he equivocado contigo —le susurró en sus labios antes de besarlo—. Mi Marley personal.

—Vaya, ¿ahora soy cómo el espíritu del amigo del viejo Scrooge? —le preguntó fingiendo estar ofendido.

—Algo así porque conseguiste que mis Navidades fueran las primeras que he logrado disfrutar en muchos años.

—Te dije que no todo era como tú decías. Sabía que al final lo conseguiría. De manera que celebraremos las próximas.

—Siempre y cuando no cuelgues un osito de la ventana de la casa... —
Marlene volvió a besarlo entre risas por imaginar la escena.

—Lo prometo —asintió, y se dejó envolver por la calidez y la suavidad de los labios de ella.

Epílogo

Días antes de Navidad

—Vamos o perderemos el vuelo —insistía Luc metiendo prisa a Marlene que caminaba con tranquilidad por la terminal del aeropuerto.

—Tenemos tiempo. Además, los osos no se van a caer de las ventanas —le aseguró entre risas.

—Si sigues con ese vacile, prometo poner uno en cuanto regresemos a Madrid.

—Imposible. Para cuando volvamos, la Navidad casi se habrá acabado —le soltó con autosuficiencia.

—Pienso llevarte a recorrer todos los pueblos de la Alsacia para que te hartes de la decoración navideña. E incluso puede que marchemos a Estrasburgo —le dijo en seria amenaza que no pareció surtir efecto en Marlene—. ¿No lo has echado de menos durante este año? Me refiero al trabajo en el Parlamento.

—¿Bromeas? Si no he parado de trabajar —se quejó mirando a Luc con los ojos abiertos como platos.

—Lo sé, lo sé. Pero solo quería saber si...

—No. No lo he echado de menos —le aseguró alzándose para rozar sus labios—. Y ahora vamos a la puerta de embarque, anda. No vaya a ser que perdamos el vuelo.

—Eres increíble.

—Lo sé. Por eso te fijaste en mí —le dijo guiñándole un ojo en complicidad.

Se quedó clavado en el sitio para verla caminar unos pasos delante de él. La quería, pensó. La quería como jamás imaginó que lo haría. Ella se había convertido en una parte esencial de su día a día. Algo tan perfecto que, a veces, le costaba creer que fuera real.

* * *

—Hoy llegan Marlene y tu hermano, ¿no? —le preguntó Vincent a Sophie.

—Eso es. Tengo ganas de verlos. Y saber cómo le va a Luc con su nuevo puesto de recepcionista en un hotel de Madrid.

—¿Cómo quieres que le vaya? Igual que le iba a aquí. Ha gestionado su propio hotel durante años con tu ayuda y la de todos los demás.

—Por cierto, ¿qué tal tu campaña navideña? Olvidé preguntarte.

—No ha podido ir mejor. Monique está encantada con las fotografías —le aseguró Vincent apoyando sus brazos sobre el mostrador de recepción para contemplar más de cerca de Sophie.

—Genial.

—Y, además, puedo disfrutar de unos días para compensarte por el exceso de trabajo que he tenido últimamente.

—No importa. Ya lo haces cada día cuando te veo. ¿Qué más podría pedir, eh? —Sophie se levantó de su asiento para aprovechar el momento de calma en el hotel y besar a Vincent.

Sin duda que ese año estaba siendo todo menos monótono y aburrido a su lado.

* * *

—Lo sabía. ¡Nieve! —exclamó Marlene con cierto retintín cuando salió de

la terminal del aeropuerto de Basilea—. Espero que podamos llegar a Colmar.

—¿Temes quedarte atascada en la nieve por segundo año? Vamos, tú eres experta en ello —le vaciló Luc pasando su brazo por los hombros de ella para atraerla hacia él.

—Pues da gracias a que el tren se paró en Colmar, de lo contrario, no me habrías conocido. —Marlene sonrió.

—Siempre tienes que quedar encima, ¿eh?

—Pero si eso es lo que más te gusta. —Marlene le guiñó un ojo y lo besó antes de coger el autobús para Saint Louis. La respuesta de él fue un azote cariñoso que provocó que ella lo mirara con fingido enfado.

Cuando el tren se detuvo en la estación de Colmar, Luc no pudo evitar regocijarse por ese hecho.

—¿Lo ves? Hemos llegado y el tren continúa hacia el fin de la línea en Estrasburgo —le hizo saber una vez que hubieron bajado del tren y permanecían parados en el andén—. Yo creo que tú fuiste algo gafe el año pasado.

—Vale, también es mala suerte.

—¿Lo dices por lo que te tocó a ti? —Luc arqueó una ceja mirándola entre la confusión y la diversión. Sabía que lo estaba vacilando. Su humor lo traía loco, pero lo agradecía.

Marlene se encaró con él, se humedeció los labios y, sujetándolo de las solapas de su abrigo, lo atrajo hacia su rostro.

—Ese día tenía que quedarme aquí. Porque aquí encontraría mi destino. No me arrepiento lo más mínimo de ello, es más, ahora que ha pasado un año de aquel día, tengo que reírme si echo la vista atrás.

—Tenías que detenerte aquí y llegar a mi hotel para que yo te encontrara. No sé si estaba escrito en alguna parte, pero sin duda que fue lo mejor que se le ocurrió al destino. —Luc la besó al rodearla por la cintura y la elevó unos palmos del suelo para júbilo de ella. La depositó en el suelo y le colocó su gorra antes de coger la maleta y caminar hacia la salida—. Date prisa, los

osos te esperan para darte la bienvenida.

Marlene resopló sabiendo lo que le esperaba, pero no le importaba porque Luc estaba a su lado. Hacía un año él se había prometido cambiar la opinión de ella acerca de las Navidades y, en parte, lo había logrado. Pero lo que sí había conseguido era que ella cambiara su opinión respecto de las relaciones.

Caminaron por las calles engalanadas para recibir la Navidad. Marlene, aferrada a la mano de Luc contemplando todo aquello con otros ojos. Después de todo, no era tan malo, ¿no?

—Mira tu casa preferida —le dijo él señalando una cuya fachada estaba adornada con gigantescos osos de peluche de color blanco.

Marlene puso los ojos en blanco y prosiguió su camino hasta el hotel.

El sonido de la puerta al abrirse captó de inmediato la atención de Sophie, quien con una amplia sonrisa salió del mostrador para abrazar a su hermano y a Marlene.

—¡Ya habéis llegado! —exclamó llena de júbilo.

—Por suerte, este año la nieve ha permitido circular al tren hasta Estrasburgo —comentó mirando a Marlene con una sonrisa de triunfo y la atrajo hacia él para besarla en el pelo.

—Pero mira quién ha llegado —dijo Vincent acudiendo a saludar a su amigo y a Marlene.

—¿Cómo va todo por aquí? —preguntó Luc recorriendo el vestíbulo del hotel con la mirada.

—Como puedes ver, tenemos la decoración puesta y todo listo —dijo Sophie señalando a esta.

—¿Y vosotros? —preguntó mirando a los dos—. No podía creerme que te quedaras aquí —comentó mirando a Vincent.

—Tenía que hacerlo, amigo, o tu hermana me acabaría odiando.

—Bueno, por fin te decidiste, ¿eh?

—Sí. Llevó su tiempo, pero lo hice y la verdad es que siento no haberlo hecho antes —le aseguró mirando a Sophie.

La conversación se vio interrumpida con la llegada de nuevos huéspedes, lo que obligó a Luc y a Marlene a apartarse al salón.

—¿De qué te ríes? —le preguntó ella.

—Hace cosa de un año, entraste por esa puerta cubierta de nieve de la cabeza a los pies con un cabreo de mil demonios porque el tren no avanzaba más —comenzó a decirle mientras Marlene sonreía sintiendo su rostro arder—. Nunca te agradeceré lo suficiente que lo hicieras. Que eligieras este hotel para quedarte porque, sin darte cuenta, yo te estaba eligiendo a ti para que te quedaras conmigo.

—Esta vez no voy a rebatirte. Solo voy a pedirte que no me beses porque tus padres están mirando —le dijo mordiéndose el labio.

Luc volvió el rostro para comprobarlo y, tras asentir a modo de saludo, volvió a centrar su atención en Marlene, enmarcó su rostro entre sus manos y se inclinó sobre sus labios pese a la ligera protesta de ella.

—Lo siento, pero nunca habrá un momento tan perfecto como este para decirte que te quiero.

Marlene sintió el golpe de calor en el rostro mientras su mirada parecía humedecerse por lo que aquellas palabras significaban. No le importó que los padres de él los miraran desde el umbral de la puerta, que conducía al patio donde estaba el comedor. No le importó que hubiera huéspedes registrándose ni que la hermana de Luc y Vincent pudieran haberse quedado contemplándolos. No. Solo le importó saber que él la quería. Y que el sentimiento era recíproco cuando ella se alzó sobre la punta de sus botas para devolverle el beso.

—Yo también te quiero —susurró en sus labios mirándolo de manera fija.

Agradecimientos

Dar las gracias a Penguin Random House Grupo Editorial y a Selecta por dar cabida a la nueva historia de Laimie Scott.

A Lola Gude, por su incansable labor. Por estar siempre ahí cuando te surgen dudas. De manera que, aunque ya lo sabe, lo repito: ¡Lola, eres una *crack!*

A la correctora, indispensable para que la trama gane enteros y sea más atractiva al lector/lectora. ¡Gracias!

A mi lectora cero particular. Siempre a mi lado. Gracias, Maribel.

Y, como es habitual, agradecerte a ti, lector/a, por estar ahí detrás participando de las aventuras y desventuras de mis personajes. Y sí te digo que sigas confiando en Laimie y en sus historias siempre desde la legalidad, por favor.

Laimie Scott

Si te ha gustado

Nunca fue tan perfecto

te recomendamos comenzar a leer

La flor que nunca se marchitó

de *Luna Dueñas*



—Lo he visto, Martina —confieso mientras bebo un sorbo de agua de mi vaso.

Su rostro palidece. Nunca había corrido tanto con el coche, pero estaba deseando llegar a su casa y aclarar algunas de los cientos de dudas que llenaban mi vida de sinsabores. Y el que un misterioso tío me estuviese persiguiendo era uno de mis mayores problemas, entre otros que esperaba aclarar.

—¿A quién? —pregunta extrañada mientras bebe también de su refresco.

La miro intentando mantenerme serena.

—Al hombre que me está persiguiendo —confieso mientras la miro fijamente.

El sonido de una tos aguda hace que mi amiga se ponga roja. Tose sin parar. Me levanto para ayudarla de alguna forma, pero ella me detiene e intenta recuperar la compostura. Ha escupido parte de su refresco en la alfombra gris de su salón. Indica que me siente de nuevo.

—¿Estás bien? —pregunto muy preocupada.

—Sí —contesta con la voz ronca y los ojos llenos de lágrimas—. Se me ha ido por otro lado. —Señala el refresco y vuelve a beber.

Su cara vuelve a su color habitual. Y respiro, aliviada. Ya solo me faltaba que muriese ahogada una amiga enfrente de mis narices y no poder hacer nada. Sería como ponerle la guinda a la vida escabrosa de Adriana Villela.

—Me has asustado. —Ella me vuelve a mirar, recuperada — Te estaba diciendo que he visto a ese chico, el del centro comercial. Estabas tan rara anoche... ¿Tú también lo viste?

—Para nada —niega y deja la lata en la mesa, desistiendo de beber más.

—Pensé que actuabas de manera extraña porque también te asustaste un

poco como Andrea y yo...

—Pues ni idea de lo que me hablas. No vi a nadie que nos persiguiese —no vacila en su respuesta—. Me encontraba mal: la hamburguesa no me había sentado bien. Eso es todo. Solo quería llegar a casa y descansar.

Yo asiento y suspiro. Supongo que tenía razón. Como ella aún no sabe nada de la historia (al igual que Andrea) ni de lo acontecido anoche en mi casa, se lo cuento todo resumidamente. Su cara vuelve a estar del color de las paredes.

—¿Y dónde lo has visto hoy? —pregunta, preocupada.

—En el cementerio.

Juraría que está más nerviosa de lo habitual, pero lo atribuyo a que ella es así: se preocupa fácilmente por cualquier cosa. Una ironía total, cuando es una cabra loca en todos los aspectos de su vida.

—¿Te ha hecho algo? ¿Te ha herido? —Sus preguntas salen una tras otra, sin control.

—No, no. —Me levanto y camino hacia el balcón. Pierdo la mirada en la calle—. Ha sido tan extraño, Martina...

—¿El qué? —Puedo sentir sus ojos clavados en mi espalda. Yo me concentro en observar a una pareja que pasea su perro por la acera.

—Lo del chico.

Me doy la vuelta y la miro fijamente, abrazándome el cuerpo con los brazos de modo protector.

—Sé que va a sonar a locura total —río con tristeza— pero, cuando me acerqué a él...

—Pero ¿tú estás loca? —Se levanta de pronto, irritada—. ¿Cómo se te ocurre acercarte? ¡Te podría haber hecho algo!

—Tranquilízate —le pido—. No ha pasado nada. Déjame que te lo explique.

Se vuelve a sentar y espera atenta mi explicación, con sus grandes ojos azules.

—Está bien, te escucho. —Se cruza de brazos. (Una clara señal de que no

me va a interrumpir más). O al menos lo va a intentar.

—Como te iba diciendo, me acerqué a él y le pregunté quién era —sigo contando mi historia.

—¿Y te respondió? —pregunta.

—No, no abrió la boca ni una sola vez.

—Pues mejor.

La miro extrañada.

—Iba vestido exactamente igual que el otro día y, en mi empeño por saber quién se escondía tras esa bufanda y esas gafas, alcé la mano para quitárselas. Pero él fue más rápido y me lo impidió.

—Mejor —repite seca.

—Y luego, cuando creía que me iba a partir el brazo por mi atrevimiento, no se le ocurre otra cosa que acariciarme la mano. Te juro que me quedé a cuadros. ¿Qué clase de delincuente hace eso?

No me contesta. Juraría que está sumida en sus pensamientos. Pero luego, cuando estoy a punto de llamarle la atención, ella vuelve a mirarme y suspira.

—Vas a pensar que estoy loca. —Me agacho frente a ella—. Pero, en esos instantes en los que sentí su roce —la miro a los ojos—, me recordó muchísimo a Daniel. Incluso usaban el mismo perfume. Lo reconocería en cualquier parte: ese olor tan peculiar...

—Adriana. —Se levanta de pronto y camina de un lado a otro, haciendo como que recoge el salón, cogiendo los vasos vacíos que descansan sobre la mesita de cristal—. Daniel está muerto.

La miro atónita, a causa de sus crueles palabras.

—Ya lo sé, no soy estúpida —le contesto algo borde.

—No te vuelvas a acercar si lo ves, ¿vale? —me ruega en tono maternal.

—Tengo que saber quién es.

—Por favor, prométemelo. Es mejor que no lo sepas. Te puedes poner en peligro...

Le vuelvo a cortar.

—No me pasará nada. El quedarme sin hacer nada y que ese loco tome el control de mi vida es más peligroso que enfrentarme a él.

Ella me mira como si hubiese perdido el juicio y se va a la cocina a llevarse las latas y el vaso. Y, justo en ese instante, siento la necesidad de hacerlo.

—Martina. —Su nombre me sabe amargo en los labios.

—¿Sí? —responde ella mirándome fijamente.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Las que quieras.

Estoy segura de que no le va a sentar demasiado bien lo que tengo que preguntarle.

—Prométeme que me vas a contestar con sinceridad —le ruego.

—Claro, suéltala ya —dice impaciente. Está claro que quiere que me marche, y desconozco el motivo.

—Tú... —comienzo.

—¿Yo qué?

Trago saliva y me armo de valor para hacer lo que estoy a punto de hacer. Esto podría romper nuestra amistad, pero es algo que siempre me ha atormentado y que necesito sacarlo cuanto antes.

—¿Tuviste alguna aventura con Daniel mientras él salía conmigo?

Se queda petrificada ante mi descarada pregunta.

—¿Qué pregunta es esa, Adriana? —Claramente le ha molestado.

—Contéstame por favor —la apremio, de manera dura.

—¡Claro que no! —Su respuesta es brusca e inmediata—. ¿Quién te crees que soy? ¿Crees que le haría eso a una de mis mejores amigas? —Suspira ofuscada—. Tienes tantos problemas que pienso seriamente que se te está yendo la pinza. Perdona que te lo diga...

—¿Entonces por qué estabais comiendo juntos la tarde de antes de que te marcharas a Inglaterra? —Apenas dejo que se explique y escupo más preguntas.

Necesito una respuesta. Necesito que mi mente deje ir esas absurdas ideas. Necesito que ella me lo niegue una y otra vez. La otra persona que podía contestarme a esa pregunta está muerta. Y no voy a dejar pasar la oportunidad.

—¿Nos viste? —es lo único que pregunta.

La miro algo desesperada.

—Respóndeme.

—¿Por esa tontería te creías que yo y él...? —Echa a reír—. No es lo que tú crees, Adriana. Es una soberana tontería...

—Pues explícamelo, por favor. Así nos podemos reír las dos. —Sueno más dura de lo que quiero.

Ella me mira como si no tuviese remedio y pone los ojos en blanco, antes de comenzar.

—Ese día yo fui con mi madre a ultimar las compras para el viaje, pero ella se tuvo que marchar. Cuando fui a entrar al restaurante, vi a Daniel y su hermana Camila en una mesa y me invitaron a sentarme con ellos para que no comiera sola. Eso es todo. —Deja caer sus brazos a ambos lados de su cuerpo, derrotada por pensar que una amiga suya la acaba de acusar de liarse con su novio—. ¿Contenta ahora? Adriana, esto es una...

—¿Y por qué Camila no estaba con vosotros cuando os vi? —No puedo parar a mi boca. Necesito más y más información. Unir todos los cabos sueltos.

—Estaría en el baño, ¡yo que sé! —suspira molesta—. De verdad que lo último que esperaba de ti era que algún día me armases una escenita de celos, en serio. Adriana, pasa página. Deja de alucinar y de pensar en estupideces. Y rehaz tu vida con alguien más.

Su respuesta me sorprende. Es la misma respuesta que en su día me dio Daniel cuando le pregunté lo mismo. Así que tengo que admitir que todo eran paranoias mías y que he sido una amiga horrenda por someterla a tal interrogatorio. De repente, me siento fatal con ella.

—Perdóname por desconfiar de ti, pero necesitaba saberlo. No te enfades,

por favor —le ruego—. Estoy muy nerviosa, y cualquier cosa me saca de quicio. Lo siento.

Ella duda entre si echarme de su casa o perdonarme, seguramente. Al cabo de unos segundos, rompe el silencio.

—No pasa nada. Me alegro de que todo se haya resuelto.

Asiento con la cabeza, y decido marcharme y dejar de importunarla con mis tonterías. Ella me pide que la mantenga informada sobre el tema del extraño acosador y me ofrece su ayuda incondicional si alguna vez la necesito. Luego, me subo en el coche de nuevo y pongo rumbo a casa, esta vez a una velocidad normal.

¿Qué puede ablandar el corazón de una persona que no soporta las Navidades?



Marlene odia las Navidades. Por ese motivo, está dispuesta a trabajar esos días. Sin embargo, con lo que no cuenta es con que la nieve va a dejarla tirada a medio camino de Estrasburgo y sin posibilidad de continuar.

Luc es el dueño de un pequeño hotel en Colmar, que no puede evitar sentir curiosidad por la historia de Marlene cuando la conoce. Pero sobre todo que no disfrute de las navidades. En un lugar idílico como Colmar, donde la Navidad es lo más en esas fechas, Marlene irá descubriendo de la mano de Luc, que su perspectiva de esas fechas puede llegar a cambiar de la misma manera que la nieve cae sobre ella. De vuelta en Madrid, Marlene tratará de convencerse de que lo vivido en Colmar ha sido una especie de sueño del que se ha despertado a tiempo como el viejo Scrooge. Pero ¿estará a tiempo de salvar su corazón? Igual que el viejo avaro de *Cuento de Navidad*, ella recibirá una última y esclarecedora visita con la llegada del año nuevo.

Laimie Scott cursó estudios de Filología Inglesa en la Universidad de Salamanca para posteriormente doctorarse en el campo de la novela histórica y la obra del escritor escocés Sir Walter Scott. Comenzó su carrera literaria publicando diversos relatos en revistas y blogs hasta que se lanzó a escribir novela romántica, género en el que lleva ya unos años publicando. En el campo de la investigación literaria colabora con varias revistas y participa en diversos eventos académicos relacionados con su especialidad.

Edición en formato digital: julio de 2019

© 2019, Laimie Scott

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-95-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Nunca fue tan perfecto

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Laimie Scott

Créditos